Carlos Efe
Más allá
del otro
Lado

«Víctor no puede imaginar que cuando entre en el dormitorio alcanzará una nueva dimensión de sí mismo, que va … a sufrir una nueva conmoción como cuando se introdujo en aquella casona hace ya casi tres lustros, momento en que su mente se abrió a una vivencia paralela y accedió al mundo del otro lado, al espacio de la muerte. Ahora, a partir del instante en que acceda a aquella estancia va a enfrentarse a una nueva realidad, a una zona inaccesible y desconocida, a un paisaje críptico e ignorado del mundo común, cotidiano, habitual, que únicamente él va a ser capaz de alcanzar».

El asesinato de una mujer es el catalizador para que Víctor Deper viva experiencias insólitas que conducirán, finalmente, a la resolución de un antiguo misterio, presente entre nosotros desde hace miles y miles de años. Su singular trayectoria vital se inicia en una oscura mansión de su ciudad de origen; allí es donde se le revela su capacidad de trascender el ámbito de la realidad cotidiana. Su notable facultad dará lugar a que interfiera críticamente con el mundo de la videncia y de la parapsicología, incluso en su desempeño sentimental, condicionando a seguir itinerarios personales no siempre deseados.

Carlos Efe

Más allá del otro lado

ePub r1.0
Titivillus 13.03.2021

Título original: *Más allá del otro lado*
Carlos Efe, 2018

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Capitulo 1

Capitulo 2

Capitulo 3

Capitulo 4

Capitulo 5

Capitulo 6

Capitulo 7

Capitulo 8

Capitulo 9

Capitulo 10

Capitulo 11

Capitulo 12

Capitulo 13

Capitulo 14

Capitulo 15

Capitulo 16

Capitulo 17

Capitulo 18

Capitulo 19

Capitulo 20

Capitulo 21

Capitulo 22

Capitulo 23

Capitulo 24

Capitulo 25

Capitulo 26

Capitulo 27

Capitulo 28

Capitulo 29

Capitulo 30

Sobre el autor

A Carlos, Esmeralda, Esther, Javier, hacedores de espacios de generosidad y esfuerzo.

Se cree con la mayor firmeza en lo que menos se conoce.
Michel Eyquem de Montaigne, Ensayos

El misterio es la cosa más hermosa que podemos experimentar.
Albert Einstein, Lo que creo

1

El hombre golpea con enorme violencia la cabeza de la infortunada mujer, que cae al suelo casi inconsciente. Con el semblante deformado por la ira, se arrodilla a horcajadas y continúa percutiendo con sus puños el rostro de la víctima. Al cabo, se detiene, atenaza el cuello y comienza a presionar cada vez con más intensidad clavando sus pulgares en la carne. Su alteración mental no le impide advertir cómo bajo sus dedos cede la tráquea, que aplasta y hunde hasta anular cualquier conato aun de mínimo aliento. Después, retira sus manos ensangrentadas del cuerpo exánime, se levanta bruscamente, da unos pasos hacia el balcón, lo abre y se lanza al vacío huyendo de sí mismo.

Pudo ser otro, pero lo cierto y verdad es que este es el crimen que va a permitir acceder a una realidad oculta y secreta presente en nuestro mundo desde hace milenios. En puridad, a tenor de las conclusiones, se revelará un antiguo arcano a costa de la aparición de un enigma nuevo.

Cuesta respirar. El aire se afila aún más por el intenso frío. Son las horas tardías de una noche de invierno. El ámbar de las farolas se derrama por la calle desierta, cuyo silencio (recuperado tras el estruendo habitual del camión de la basura, presente minutos antes) es interrumpido por la sirena del vehículo policial. La mayoría de las ventanas, ya con las persianas recogidas, no se atreven a abrirse, y sólo se adivinan en algunas de ellas rostros medio ocultos tras los cristales empañados. Un balcón, que detiene la monotonía de una fachada con sus hojas abiertas de par en par, muestra un rectángulo de luz en lo alto del edificio.

2

Cuesta respirar. El aire se afila aún más por el intenso frío. Son las horas tardías de una noche de invierno. El ámbar de las farolas se derrama por la calle desierta, cuyo silencio (recuperado tras el estruendo habitual del camión de la basura, presente minutos antes) es interrumpido por la sirena del vehículo policial. La mayoría de las ventanas, ya con las persianas recogidas, no se atreven a abrirse, y sólo se adivinan en algunas de ellas rostros medio ocultos tras los cristales empañados. Un balcón, que detiene la monotonía de una fachada con sus hojas abiertas de par en par, muestra un rectángulo de luz en lo alto del edificio.

Son dos los cadáveres que encuentran los policías al llegar al lugar de los hechos. En la comisaría han recibido la llamada de un vecino, alarmado por los gritos que profería una mujer en el piso contiguo al suyo. El primer cuerpo que ven se halla en la calle, delante del edificio que señala el aviso. Es el de un hombre con la cabeza destrozada y los brazos fracturados. El otro cadáver que reportan es el de una mujer —con el rostro sanguinolento, tumefacto, deforme— caído en el suelo del único dormitorio de una vivienda situada en la octava y última planta de un edificio, en la periferia de Madrid.

Una mujer asesinada a golpes en su domicilio. Su marido destrozado en la calle, en un punto algo desviado de la perpendicular al balcón de su dormitorio. La trayectoria parabólica seguida, que implica velocidad inicial no nula ni vertical, sugiere un salto voluntario. Todo parece indicar que el hombre se ha suicidado lanzándose desde el balcón a la vía pública después de cometer el crimen. Ha caído de cabeza, que queda fragmentada por el impacto.

Los cuerpos son los de Quesada —el varón— y Silia Olivares, un matrimonio sin hijos, no mal avenido según casi todos los testimonios recogidos posteriormente por la policía.

Ella, una mujer atractiva, de buen carácter, muy apreciada por sus vecinos y conocidos. Él, un hombre seco, poco afable, irascible, todo lo contrario que su esposa. Parecían formar una pareja en la que no se complementaban, no engarzaban, como si el desconocimiento que en realidad tenía uno del otro hubiera sido lo que propició su unión. Sin embargo, en apariencia al menos, no existía conflicto entre ellos, hasta el día de los hechos.

Horas más tarde, la calle se inunda de densa niebla que ningunea al sol que pugna por hacerse visible. Los agentes comienzan a indagar entre los vecinos: nadie se explica lo ocurrido, no se conocen disensiones públicas del matrimonio. ¿Qué ha sucedido? ¿Es posible que Quesada cometiera tal crimen? Golpear a la mujer hasta matarla no es comparable con una bronca, que no es extraño pueda surgir en un matrimonio; por el contrario, es un salto cualitativo de violencia que supone predisposición a la ira descontrolada y agresiva. Y Quesada, aunque algo arisco y de fácil combustión, no daba la impresión de poder ser autor de un crimen de tan extrema brutalidad.

Para la policía, habituada a intervenir en casos similares, no es nada extraño que un marido mate a su mujer, de hecho parece que en este inicio del siglo XXI se han incrementado tales asesinatos. Sin embargo, *a priori* no se descarta la posibilidad de que ambos cónyuges hayan sido víctimas de una tercera persona y que pretendiera dar al crimen apariencia de drama conyugal, si bien es cierto que no hay, hasta el momento, indicio alguno que sostenga tal hipótesis: ni cerradura forzada, ni signos de robo, ni señales de pelea, ni lesiones en el marido diferentes de las que puedan atribuirse a la caída

Higinio Ríguez, el vecino que ha llamado a la policía, es interrogado en primer lugar. Cuarentón, de mediana estatura, sólida complexión con algo de sobrepeso, poseedor de una alopecia que se desarrolla sin complejos arrasando el cráneo —salvo pequeños islotes pilosos sobre las orejas—, tiene la mirada huidiza, que no consigue dominar excepto cuando se ve obligado a mirar de frente, o con mayor precisión, en la frente, pues no fija sus ojos en los de su interlocutor sino en su entrecejo. Ríguez vive solo y casi aislado; poco frecuenta la calle, lo imprescindible para realizar algunas compras o tomar un café en el bar y de paso echar un vistazo al

periódico, sin necesidad de acudir al trabajo, acogido a continuas bajas laborales por dolencias ficticias la mayor parte de las veces. Afirma que su relación con el matrimonio —vecinos de su misma planta— era normal, y que está enormemente sorprendido por lo acaecido; no obstante, había escuchado varias discusiones muy subidas de intensidad en las últimas semanas. Tal afirmación es el único testimonio de desavenencias conyugales que reciben los agentes, si bien procede del vecino más próximo dado que la distribución del edificio es de dos viviendas en cada planta; los ocupantes de los pisos inferiores no han escuchado nunca nada anormal, excepto, quizá, la noche pasada.

Cuando dice haber escuchado «varias», Higinio Ríguez sabe que debía haber dicho «otra» bronca solamente, además de la que motivó el aviso a la comisaría. Pero más vale presentar los antecedentes con la suficiente inclinación como para que no lo molesten más, y, ante todo, para que no se les ocurra la idea de considerarlo sospechoso como autor de las muertes, incluso aunque llegaran a enterarse del incidente que tuvo con Silia, si bien, «¿cómo podrían averiguarlo?» se dice. En cualquier caso, quiere a la policía lejos de él, evitar que les diera por remover su pasado; «sí, de eso hace ya muchos años pero no hay que tentar a la suerte, hay que ser precavido».

3

Víctor Deper tiene dieciséis años, sobrepasado el ecuador de la década de los ochenta del pasado siglo. Es un muchacho delgado, pálido y algo soñador. Le cuesta cierto esfuerzo mantenerse en la realidad diaria y, con frecuencia, su imaginación viaja a considerables distancias de espacio y tiempo. Y aunque su mente divaga con asiduidad es capaz de fijarla cuando lo precisa; es buen estudiante. Dispone de poco tiempo para sí mismo —el que le dejan los estudios— y es entonces cuando se aleja de calles y plazas, cuando alcanza los límites de la ciudad en donde se siente más libre, allí donde la tierra, en algún punto cultivada pero en su mayor parte empedrada y estéril, es frontera entre desechos de la actividad humana y la naturaleza que arriba agotada al paisaje de asfalto y cemento. Junto a su inseparable amigo Alejo Sánchez patean los descampados en busca de cualquier cosa que encienda su imaginación, entre escombros, caparazones de electrodomésticos, cubiertas de neumático rajadas y ropa podrida. Les atrae en especial entrar en casuchas abandonadas en medio del erial, aunque habitualmente el hedor a orina, mierda y rata muerta es insoportable, si bien el afán explorador y su fantasía se sobreponen muchas veces al asco.

Ese olor nauseabundo seguramente no existe en el viejo caserón de las afueras que todos conocen, abandonado y bastante deteriorado —la «casa encantada», de la que siempre se ha dicho que es morada de fantasmas—. Deshabitado, su silencio es tan denso que crea una atmósfera a su alrededor que lo aísla de depredadores, manteniendo puertas y ventanas con apariencia de cumplir todavía con su función. Víctor ha pasado por delante de la verja un sinnúmero de veces sin prestar apenas atención a la casona, mirando distraídamente el escudo nobiliario —cornamenta en campo de gules— que preside la señorial puerta de su fachada

principal: siempre ha considerado el edificio como algo excluido de sus correrías. Pero, sin saber muy bien por qué, desde la última vez que se aproximó a aquella zona Víctor se ha fijado en el caserón de una manera especial, como si la palabra «encantada» tomara densidad, como si ahora el viejo palacete se envolviera de misterio, de intriga, de lo prohibido, y le excitara la idea de averiguar qué hay en su interior, qué es lo que esconde.

Un día y otro mantiene la misma inquietud en su cabeza, le atrae el plan, le excita la aventura, pero el riesgo implícito que comporta y que no se atreve a concretar le origina dudas, hasta que finalmente, obviadas estas, decide intentar introducirse en el caserón. Se lo sugiere a Alejo, quien se niega a acompañarlo en esa peripecia. Pero Víctor presiona una y otra vez.

—¿Es que crees en los fantasmas?

—No lo sé. Pero te digo que yo no entro en la casa. Además está cerrada. Y hay que saltar la verja, y no es nada fácil, tan alta y puntiaguda.

En un inútil intento de cerrar el reiterativo diálogo que mantiene con su amigo, como si realizar un brusco movimiento pudiera abortar la conversación, Alejo se agacha, coge una pequeña piedra, da unos pasos, la lanza con fuerza hacia adelante y sigue su trayectoria hasta caer en un distante algarrobo sito en el pedregal que se extiende delante de él.

—No sería la primera vez que saltamos una verja. Y puede que encontremos alguna cosa interesante.

—¿Cómo qué?

—Quien sabe. Pero algo tiene que haber, seguro.

Tanta porfía termina por vencer la resistencia de Alejo quien, a regañadientes en un principio, pronto alcanza a animarse con la aventura. Ya dispuestos, al anochecer para ocultarse mejor, un sábado los dos chavales saltan la verja del caserón y se aprestan a abrir la puerta principal. La hoja de gruesa madera está sólidamente cerrada y no cede a los débiles intentos de Alejo, a pesar de ir provisto de un destornillador de considerables dimensiones, préstamo de la caja de herramientas de su padre. Abandonan el primer asalto, rodean la casa, y tienen fortuna con una puerta trasera medio desvencijada, aunque de apariencia todavía sólida. Con el corazón golpeando con intensidad, agitados y en tensión, se

quedan muertos de miedo con el primer crujido de la madera cuando fuerzan su apertura. Quietos, a la escucha, inspirando profundamente a fin de recobrar el ánimo, con cautela saltan la cerradura, dejan el vano libre de obstáculos y acceden —empujándose entre sí para que el otro entre primero— a una estancia que a la luz de sus linternas reconocen como cocina. Vacía de utensilios, apagado por el polvo el reflejo de sus blancos baldosines, todavía se marca por contraste la negrura del horno y de la grasienta suciedad de las juntas del alicatado. Los muchachos progresan lentamente, con manotazos para desprenderse de las telarañas que como cortinas sucesivas insisten en envolverles, manotadas muchas innecesarias pero útiles como descargas de tensión nerviosa. Así acceden, pasado el primer recinto, a un habitáculo menor que les conduce a un largo pasillo cuyo final no alcanzan a ver, oculto por el tejido de las arañas que luce brillante a los focos de luz. Avanzan y a la izquierda hay una puerta. «Aula 4» indica un rótulo por encima del marco. Víctor le hace una seña a Alejo anunciándole que va a entrar, gira el pomo y empuja.

La puerta del Aula 4 necesita de algún esfuerzo para que gire sobre sus pernios, hecho lo cual Víctor enfoca al frente la linterna. De súbito queda paralizado de espanto: es un instante lo que ha tardado la linterna en caer de sus manos. Profiere un grito, da media vuelta y sale de estampida tropezando con Alejo que se encuentra detrás de él. Alcanza la puerta de la cocina, de un brinco llega al jardín y trepa como un gato por los hierros que lo separan de la calle. Salta, y ya en la acera se endereza tras recobrar parcialmente el aliento, a la par que se vuelve para ver llegar al compañero.

—¿También tú lo has visto? —pregunta, casi sin resuello.

—¿El qué?

—El hombre —responde Víctor, que recrea lo sucedido: cómo antes de caer la linterna, en el tapiz de telarañas que ocupaba su campo de visión, pudo distinguir la figura difusa de un hombre muy alto y mal encarado, que se le quedó mirando.

—¿Un hombre? Al único hombre que he visto se estaba cagando y salía corriendo. Y yo detrás.

Y es entonces cuando Víctor se toca el emplasto que porta en la culera. La vergüenza y la inmediata preocupación — para no

quedar en evidencia ante su madre— por liberarse del paquete y de su extendida huella sobre el tejido que lo protege, le libera parcialmente del pavor que la experiencia del Aula 4 le genera. Más tarde, sin volver todavía a casa, parcialmente resuelto el problema del olor y del color de sus pantalones —solucionado de aquella manera, en una charca de un descampado—, cuando anda ya solo y sin rumbo dando tiempo a que seque algo la tela sucia, sus pensamientos retornan con fuerza a la casona.

Lo que ha experimentado en la mansión ha alterado profundamente a Víctor. Transcurren los días y el miedo ha ido dando paso a la intranquilidad, al desconcierto. Se hace preguntas que no sabe responder; esto le inquieta aún más. Y lentamente va forjando la idea de que quizá todo fue resultado de su imaginación, que las luces y sombras generadas en las telarañas por el foco de su linterna jugaron a tomar la apariencia del hombre que él vio, pero no Alejo. ¿Y por qué no lo vio: porque estaba detrás y él lo tapaba, porque todo fue muy rápido, o es que realmente no había tal hombre? Le es urgente resolver la duda, lo necesita para eliminar su inquietud, para retornar a la tranquilidad que antes disfrutaba. Y para conseguirla entiende que sólo existe una vía: repetir la experiencia, volver al Aula 4.

4

Higinio Ríguez se quedó en el piso de sus padres cuando éstos se fueron a vivir a Rescañada del Valle, pueblo de donde eran originarios. Tenía una hermana, cinco años menor, que murió en un accidente de tráfico hace ya algún tiempo. A pesar de la diferencia de edad estaban muy unidos. Su hermana era la única chica a la que se acercaba sin sufrir parálisis general, y se consideraba y enorgullecía de ser su protector. Se crio solo, sin compañeros de juego, sin amigos. En la escuela siempre estaba aislado de los otros, en parte porque les provocaba un cierto rechazo por sentirlo raro, en parte porque él mismo no buscaba ningún tipo de asociación o de complicidad con nadie. Era un gran tímido, y no gustaba del trato con los demás por la tensión que le producía. La timidez se le acentuó en la pubertad. Cuando su cuerpo le impulsaba hacia las muchachas sentía erigirse una barrera que le impedía aproximarse, y si la iniciativa procedía de alguna moza la impresión era tal que le ahogaba y le hacía huir. Ese trauma lo arrastraba en la edad adulta, y su soledad no era tanto buscada como impuesta por su incapacidad de sobreponerse al gran timorato que era. Excepto en una ocasión, más exactamente cuando tenía diecisiete años, su timidez no fue freno para que tomara —como un insensato, con frialdad y determinación impensables en él— la decisión que consideraba justa y definitiva para con su hermana. Era su protector, se repetía obsesivo; debía velar por ella. Su obligación le forzaba a reparar el daño con independencia del coste a pagar. Y aplicó su propia justicia, mas nadie tuvo conocimiento de la identidad del brazo ejecutor salvo ella, que lo supo sin mediar palabra, bastó una mirada.

Cuando Quesada y su mujer ocuparon el piso contiguo y Ríguez la vio, se quedó imantado de Silia Olivares. No a causa de ser una gran belleza, sino por su atractivo de hembra en plenitud, difícil de

definir, atracción acentuada por su simpatía como constató más adelante. Cuando coincidían en el descansillo siempre cruzaba una palabra amistosa con él amén del saludo: que si el tiempo, que si le molestaban los ruidos que podían haber producido, que si también se le había ido la luz… Ríguez se quedaba bloqueado, miraba al suelo, y sólo era capaz de contestar con monosílabos. Sin embargo, a pesar de la aflicción que le suponía no poder responder con fluidez a cualquier comentario de la mujer, disfrutaba de su presencia, y los encuentros de casuales se volvieron intencionados, buscados por su parte, de modo que permanecía tiempo en el vestíbulo de su vivienda en las horas mediadas del día y de la tarde, presto a abrir la puerta en cuanto sospechaba que la vecina iba a salir de la casa. Unas veces simulaba que marchaba a la calle, otras que volvía de ella.

Dentro, siempre que podía la observaba a hurtadillas cuando se acercaba a la ventana de la cocina, que asomaba al patio común. Y cuando Silia accedía a la terraza desde el salón, agachado y pegado a la pared medianera que limitaba con la suya, mediante un pequeño espejo con mango a modo de retrovisor —difícil de localizar por parte de la persona observada— buscaba su imagen con impaciencia.

La obsesión, que empezaba a ser enfermiza, la frecuencia de los encuentros, y un cierto control emocional que consiguió después de repetidos y agotadores ensayos, le permitió encarar el desafío que se había propuesto, sobre todo después de los gritos de Quesada a su mujer que escuchó una noche. Aunque no llegó a discernir el tema de la bronca, las voces del hombre eran en extremo violentas, a las que ella poco replicaba.

Lo cierto es que la atracción que le producía Silia, y su comportamiento amigable en el trato con él, le hizo imaginar que quizá la pulsión sexual fuera recíproca, y madurada esta ocurrencia fue capaz de insinuarse a ella una tarde, en esos encuentros de puerta a puerta, como cuando un inexperto se sube al trampolín de una piscina y, en el borde, al mirar abajo, comienza a temblar de miedo y trata de recular, y en un golpe de amor propio temiendo el ridículo repentinamente cierra los ojos y se lanza al aire sin más.

Pero Silia Olivares no era agua de la piscina que acoge al saltador. Por el contrario, la insinuación no fue bien recibida,

moduló la respuesta en bofetón, y se metió en su casa dando un portazo. Desde entonces, la semana anterior a su muerte, Higinio no había vuelto a ver a Silia.

Y ahora ella es un cadáver.

5

Pasó una infancia muy dura. No conoció a sus padres, y desde muy pequeño fue rebotando de casa en casa entre familiares que no tenían suficiente para su propio sustento. Hasta que se puso en funcionamiento en la ciudad portuaria un internado para niños abandonados o en extrema miseria. Y allí llevaron a Mauro con pocos años. Tendría asegurado techo, comida y cama, aunque en realidad únicamente lo primero estaba garantizado con certeza.

El régimen disciplinario estaba diseñado por el director del centro, un profesor déspota y atrabiliario. Una de las disciplinas que impartía con mayor empeño, generosidad y sapiencia era sadismo, de la que no se libraba ningún pupilo. El infortunado Mauro no sólo era alumno de aquella escuela sino, para el director, un objetivo preferente en el que hacer prácticas. De esta suerte, casi desde el momento en que fue recluido en aquel edificio, era raro el día que no recibía palmetazos en las manos; difícil que en la semana no se quedara al menos una vez sin comer (y ya era poco el alimento cuando lo hacía); extraño que en un mes no se hubiera pasado más de media noche en vela, de pie delante de la puerta del dormitorio común; todo ello condimentado con pescozones, tirones de pelo, bofetadas, reveses como retoques al paso, y algún que otro puñetazo cuando estuvo más crecido. Y así un año y otro y otro.

A pesar de ese calvario era un alumno que cumplía regularmente con sus deberes escolares, no por responsabilidad o por gusto, sino porque el estudio le permitía evadirse, era una vía de escape de la cotidianidad agresiva que soportaba de continuo, apenas sin juegos, sin fines de semana liberadores, sin vacaciones, sin descanso de la tensión permanente que le agotaba. De hecho, ni siquiera acudían a su mente estos pensamientos; su única preocupación era sobrevivir cada día con la mínima ración de castigos que de modo insistente sobrevolaban casi de sol a sol.

Pasaban los años y todo el mundo de Mauro se reducía al internado, no había nada al otro lado de sus paredes, no porque no supiera de la existencia del entorno vivo que observaba por las ventanas del dormitorio, sino porque para él era un espacio vital tan inaccesible como el que describían los libros de historia. Jornada tras jornada permanecía encerrado en aquel caserón, que se expresaba no como su hogar de acogida sino como un recinto de reclusión denso de penalidades; y ese padecimiento claustrofóbico se iba afianzando e incrementando a la par que aumentaban su talla, su edad y su conocimiento. El mayor tamaño del niño —en altura y algo en peso: el que daban los huesos y poco más— acrecentaba la fijación que el director sentía por él, obsesión que se manifestaba en un criterio muy simple: todo lo que hiciera estaba mal, era incorrecto o violaba las estrictas reglas del internado. Y lo que no hiciera, también. Y para recompensarle por su comportamiento allí estaba él, su corrector («por tu bien, no lo olvides»), que de vez en cuando renovaba el catálogo disciplinario introduciendo novedades imaginativas —como la utilización de guantes de conducir de cuero que, dejando los dedos libres, cubrían los nudillos y los protegían de heridas cuando repartía reveses o puñetazos— si bien mantenía las disciplinas clásicas que habían demostrado su eficacia.

Ocurrió un mal día de enero, en el recinto que dedicaban a gimnasio. Mauro era un negado para casi cualquier actividad física, y el símbolo de su incapacidad era el aparato de gimnasia denominado potro, que se erigió en un elemento terrorífico. Las clases de gimnasia, con el potro como centro de actividades y con la inquina del profesor —que en su pésima suerte no podía ser otro que el director—, eran continuamente materia de sus pesadillas.

Si bien el salto exterior del potro —que era como jugar al pídola — no tenía dificultad, el salto interior debía haberlo concebido una persona de mente retorcida y paticorto: previa carrera, con las manos apoyadas en los extremos del aparato se trataba de saltar y pasar al otro lado, por entre los brazos y con las piernas juntas. Y Mauro nunca conseguía encogerlas tanto como para que sus pies pudieran sobrepasar el obstáculo, con la consiguiente caída de bruces y a veces, también, la del aparato. Ciertamente no sólo Mauro era incapaz de realizar el salto interior, pero sí que no hacía

nada para superar la dificultad, mientras que algún otro que se encontraba en su misma situación, por la noche al acostarse —que era cuando únicamente se permitía el acceso al dormitorio— apagada ya la luz, ensayaba el salto colocando las manos sobre el somier de la cama y brincando con los pies juntos para subirse en él, hasta conseguir la elasticidad necesaria.

El caso es que aquel día, después de algunos ejercicios de gimnasia sueca, estaba programado el salto del potro, como era bastante habitual. Primero una ronda de salto exterior. Bien. Después comenzó el suplicio. Mauro hizo tres intentos. En el primero, lanzado en carrera, al llegar al potro se paró en seco y la inercia le hizo chocar con él y casi tirarlo.

—¡Cobarde de mierda! ¿Es que no tienes huevos para saltar? —lo estimulaba el director.

En el segundo intento ya no paró. En el salto los pies del muchacho se quedaron a media asta, tropezó y lanzado de boca besó la asténica e irregular colchoneta que se extendía a continuación de las patas del potro.

—¡Hijoputa! ¿Me estás tomando el pelo? ¡Tú vas a saltar el potro si no quieres que te corte los cojones! —añadiendo motivos de ánimo.

El tercer intento superó el anterior; esta vez sí derribó el aparato en su caída. En realidad, con ligeras variantes, la secuencia anterior se repetía todas las veces que el potro se convertía en protagonista de su clase de gimnasia, pero aquella tarde algo cambió después de la realización de la serie de intentos. No lo castigó sin cenar, como era costumbre; esta vez hizo gala de inventiva. Lívido de ira, sin decir palabra, el director lo cogió del cuello, lo llevó al aseo del gimnasio y lo encerró; luego marchó a la cocina. Volvió rápidamente, entró en el aseo, ató las manos de Mauro al pomo de la puerta del retrete, le bajó los pantalones y los calzoncillos, y lo obligó a mostrar el culo en pompa. A continuación, acompañado por los gritos y retorcimientos del chaval, le introdujo por el ano una buena porción de una zanahoria que previamente había untado con jabón. Después, abrió la puerta del aseo y mostró al niño de esta guisa al resto de compañeros que esperaban en el gimnasio.

—¡Mirad, un cerdo con el rabo colorado! —gritó el director, dirigiéndose a los alumnos.

Se escuchó entonces un conato de risa, rápidamente abortada por un compañero al propinar un oportuno codazo en los ijares del risueño.

—¡La próxima vez te meteré todo el rabo dentro! —volvió a gritar el energúmeno.

Mauro, encorvado, con lagrimones que se descolgaban de su barbilla y mojaban el suelo, con el culo helado y tiritando de frío, ardía de humillación, de vergüenza, de ira. Fue entonces cuando concibió la idea; surgió de forma espontánea y natural como lógica respuesta a su degradante situación, como único bálsamo con el que atenuar, siquiera en parte, el insoportable escozor de sus heridas. Una idea que se asentó de forma permanente en su cerebro: venganza.

Los castigos y humillaciones que continuó recibiendo el muchacho eran combustible que alimentaban su odio y el deseo irrenunciable de reparar su dignidad; y fue tomando forma una consecuencia ineludible, necesaria, insoslayable: su venganza implicaba la muerte. En los dos años que siguieron no cesaba en imaginar escenarios y procedimientos de llevar a cabo el ajuste de cuentas de modo que él no se viera implicado; y después de rechazar utensilios mortíferos y accesibles como cuchillos, destornilladores o martillos, llegó a la conclusión que entendió más idónea, aun cuando su venganza no se hiciera pública: la muerte del director debía ser un accidente.

Y el accidente efectivamente se produjo. Una noche el director se partió el cuello al caerse cuando intentaba bajar por la escalera. Sin duda, al encontrarse solo en ese momento, suponer que él mismo se había trastabillado era la posibilidad más plausible, siempre que nadie descubriera la aportación al fatal desenlace de una tensa cuerda desplegada un palmo por encima del escalón de inicio del descenso que —inesperadamente— se encontraba allí, y que se rompió en el momento del percance. Aquella noche Mauro había sido castigado a permanecer de pie delante de la puerta del dormitorio, castigo que deliberadamente había buscado y conseguido sin apenas esfuerzo. Tal ubicación le permitió seguir las andanzas del director por la planta alta —cumplía la rutina de supervisar que todo se hallara en orden—; atar un extremo de la guita en la base de la balaustrada y el segundo cabo a la pata de un

pesado mueble situado muy próximo a la escalinata en el lado opuesto; y finalmente, después de la caída del director, acudir con rapidez a eliminar la prueba del delito, lo que consiguió con enorme nerviosismo y precipitación, cortando con una cuchilla las lazadas y guardando los trozos de la cuerda en uno de sus bolsillos aunque, más tarde, solamente pudo encontrar en su interior uno de los fragmentos.

Después de la muerte del director se cerró el centro. Mauro pasó algún tiempo en una casa de acogida de religiosos —que pretendieron inculcarle la idea de la llamada de Cristo, del despertar de la vocación sacerdotal— hasta que escapó y marchó a Madrid en busca de una mejor vida.

Ya maduro, lastimosamente enteco, como si la hambruna antigua estuviera siempre al acecho para devorar toda la ingesta sin dejar excedente alguno con el que acrecentar sus carnes, con un perenne hálito de tristeza que emanaba de sus poros y afilaba su rostro, conoció a Silia Olivares, mujer agradable y bastante más joven que él. De manera incomprensible al decir de la gente, se casaron después de un breve noviazgo. Pero su secreto permaneció en él, ni siquiera Silia lo supo, nunca mencionó al director, y si en alguna ocasión se refirió al internado fue de mala gana, cuando no tenía otra posibilidad de explicar aquellos ocho años de infancia y adolescencia.

Pasados casi dos lustros desde el enlace, Mauro Quesada es consciente de su prematuro declinar físico, que acentúa su falta de estima y confianza en sí mismo. Su mujer, en cambio, permanece casi inalterable en su juventud madura, o en su madurez en sazón, que la hace aún más atractiva, foco de atención de la mayoría de los varones cuando se encuentran en su proximidad. Además, si se añade su amigable trato — simpatía espontánea que ha devenido en forzada con los años de matrimonio, como si abrirse a los demás fuera el asidero que precisa para transitar por una convivencia árida de afecto y desarrollo áspero—, se tiene un conjunto de elementos propicios para desencadenar celos en Mauro, que toman consistencia con el cambio reciente de domicilio, y acrecen con cualquier incidente banal en el que se encuentre implicada su

esposa y algún hombre.

Las sospechas infundadas de Quesada envenenan progresivamente la relación, y dan lugar a numerosas discusiones en las que acusa a Silia de exhibirse, de mostrarse con agrado a las miradas de todos los hombres, de vestir faldas con poca tela y mucho vuelo o tan prietas que parecen una segunda piel, de ofrecer escotes que demoran la vista de los otros, de incitar al «jodido calvo» (como llama al vecino, que la escanea con los ojos de continuo) permaneciendo tiempo delante de la ventana de la cocina; disputas que han desembocado, por primera vez, en una trifulca de considerables proporciones. La segunda, ahora, en una bronca terrible que descompone a Mauro, quien en su estado de ira desbordada ya no distingue si su furia procede de la supuesta infidelidad de su esposa con el vecino o del violento y retorcido odio hacia el género humano que incubó en el internado.

Sin control alguno comienza a golpear a la mujer. Con el primer puñetazo la derriba, sin darle apenas tiempo a gritar de dolor. Ya en el suelo, a horcajadas, sin freno sigue golpeando el rostro, deformándolo hasta que pierde por completo su identidad. Antes de agotar sus fuerzas de tanto percutir anilla el cuello con sus manos. Es entonces, al ver cómo sus pulgares se hunden en la garganta, cuando toma conciencia de haber perpetrado su segundo asesinato. Pero a diferencia del primero, que sintió como una liberación y del que jamás se arrepintió, ahora le sobreviene un violento dolor, un dolor consternado, arrepentido, un dolor tan abrumador y angustioso que se funde en espiral y se potencia con aquel padecimiento antiguo, reseco, persistente que hace mucho tiempo, desde que tenía pocos años, se infiltró en lo más profundo de sus huesos. Una vorágine de dolor que enturbia de nuevo su mente y que estalla en una desesperación suicida, obligándole a incorporarse y, vacilante, abrir el balcón, apoyando un pie en el macetero subir a la barandilla, y con un salto lanzarse al vacío.

6

Con el propósito de realizar un segundo intento en el Aula 4, una semana después del inicial, más ansioso que tranquilo, Víctor insta a su amigo a que lo acompañe en su nueva visita al palacete: precisa saber si realmente allí se encuentra el fantasma de un hombre o fue todo figuración suya. Alejo no está por la labor, él no vio nada y no tiene ningún interés en ver algo. A pesar de su resistencia al fin consigue convencerlo otra vez, y una tarde vuelven a introducirse en la casona. Desde el instante en que franquean la puerta trasera el corazón de Víctor galopa sin control, un sudor frío se extiende por su espalda y le invade un vehemente impulso de girarse y huir a toda velocidad. Necesita realizar un enorme esfuerzo de voluntad para serenarse y reconducir la situación: «Sólo falta que después de traer a Alejo casi a arrastras ahora sea yo quien se raje», piensa. «Además, es imprescindible que aclare si es real o no la visión que tuve». Acceden al pasillo, y se repite la escena: al abrir Víctor la puerta del Aula 4 sufre un sobresalto, una figura se le enfrenta. Es borrosa, con perfiles poco definidos pero que configuran —no obstante su terror, es capaz de sostener y mantener horizontal la linterna— un hombre alto, erguido, con una extraña cara en sombras. Atenazado por el miedo es incapaz de mirar alrededor y ver una habitación grande, varios pupitres desordenados, y una pizarra en la pared del fondo. Con una delgadísima voz que en vez de propagarse hacia fuera parece que se enrosca y aborta en el paladar, como la espiritrompa de una mariposa, conecta con Alejo:

—¿Lo ves? —pregunta al amigo, con el refuerzo de un codazo.

—¿El qué? —contesta este en un susurro.

—Pues al hombre, ahí delante —dice nervioso Víctor; y es al decirlo cuando comprende que la figura que se le muestra únicamente la percibe él.

—Sólo veo telarañas. Venga, vámonos. No me gusta esto —le urge Alejo, tirándole del brazo.

Ahí finaliza la segunda incursión de los dos amigos. No vuelven a repetir el asalto al caserón. Muy pocas veces comentarán entre ellos estos episodios, y nunca se lo dirán a sus familias. Tampoco Alejo, que se irá distanciando de Víctor, comentará en el instituto las visiones de este, evitando quizá la mofa y la marginación de los compañeros.

La conmoción sufrida por Víctor lo trastorna sobremanera, perturba sus estudios y su relación con sus padres con los que se muestra irritado y desabrido, volcando en ellos la exasperación que siente consigo mismo y con el mundo por hallarse en una situación que no controla y que le atemoriza, y únicamente el suceder de los días propicia que la opresión interna que soporta vaya suavizando sus aristas más afiladas, si bien no cesa la inquietud y el desasosiego. Encerrado en su ámbito interior él es su propio interlocutor, se imagina respuestas que no conoce o se figura sujeto a influencias extrañas o busca explicaciones arbitrarias, todo lo cual le confunden y perturban aún más. Cansado de agotadores interrogantes sin resolver, de enfrentarse a algo que le sobrepasa, decide asomarse al exterior buscando información, intentando salir del laberinto en el que se encuentra. Y entiende que esa nueva vía comienza por saber de la casona, por si en el pasado del palacete encuentra sentido su visión. Con ese fin, solicita en la biblioteca municipal algún libro que trate el tema. Le entregan *Leyendas y certezas de mi ciudad*, escrito por el cronista de la villa Ezequiel Justino hace ya bastantes años. En él, Víctor puede leer:

> *La Mansión de los Robles, como se la llama, era la casa solariega no de los Robles como podría suponerse ("robles" no proviene de su titular, deriva de los especímenes de ese árbol que enriquecen su entorno), sino de los Mancuernas, nobles venidos a menos y que se esforzaban siempre por parecer ser más. El palacete fue edificado a principios de este siglo y en una zona, de acuerdo a la sensibilidad del propietario, alejada del centro plebeyo de la ciudad, lejos del ajetreo y de los miasmas del puerto.*
>
> *Es curioso señalar que, hacía más de una centuria, los*

Mancuernas habían modificado su apellido sustituyendo por una M la GR original de su gentilicio Grancuernas, cuyo origen se atribuía a la afición cinegética de tales nobles, pero que con el tiempo fue motivo de chanza al ser de dominio público las andanzas que gustaban de realizar algunas de sus esposas, correrías que no eran bien vistas por la alta sociedad de su tiempo y menos aún por sus maridos. El cambio de consonantes les pareció adecuado; después de todo, la palabra mancuerna también estaba asociada a cuernos —a su amarre para tirar de una res con la mano— por lo que mantenía la raíz del linaje y la simbología de su escudo (cornamenta en campo de gules) y evitaba los malentendidos (o eso creían, pues las burlas siguieron imaginando a la esposa tirando de las protuberancias del esposo, si bien con el transcurso del tiempo la palabra «mancuernas» designaría preferentemente unas pesas de halterofilia).

Por la Mansión de los Robles (y por ninguna de sus otras propiedades) los Mancuernas tributaban impuesto alguno, exentos de los arbitrios municipales y estatales que castigaban a la gente. El origen de tal privilegio se remonta a la meritoria acción que un antepasado Grancuernas realizó: parece ser que ayudó a subir a su caballo al que habría de ser el infame y nefasto rey Fernando VII, después de que el equino lo lanzara por encima de sus orejas sin malograrlo, para desgracia del reino. Pero los Mancuernas gestionaron tan mal su patrimonio que en el año 1952 se vieron obligados a vender este bien entre otros.

Compró la casona un empresario filántropo, Gencio de la Torre, —enriquecido por la explotación de sus minas de casiterita— que la destinó a internado de niños pobres, acogidos a la beneficencia. Allí se les daba —o decían dárseles— comida, cama y formación física e intelectual. Como director del centro eligió (no se conoce la razón) a Elisendo Remegido, un maestro de fuerte personalidad, mal carácter y peor contenido, que con el cargo desarrolló un delirio de poder, de disciplina, de castigos físicos, engendrando un auténtico infierno para los pobres niños

allí recluidos; fuera no tenían a nadie y dentro sólo padecimiento. Es cierto que había personal de servicio y cuadro de profesores (pocos) si bien, seleccionados por Remegido, estaban sometidos a él. La vida en el colegio se desarrollaba dentro de un entorno aislado del exterior por una cobertura de silencio, de complicidad. Así funcionó el internado durante ocho años, hasta que un trágico suceso destapó aquella locura.

Una noche, la policía recibió una llamada desde la Mansión de los Robles comunicando que el director había caído por las escaleras, y que parecía muerto. En efecto, Remegido había descendido por la escalinata desde la planta alta accediendo a los peldaños de manera anómala, y había sufrido una fractura cervical que resultó fatídica. La investigación determinó que la caída se produjo al iniciar el descenso, posiblemente al tropezarse él mismo, ya que no se pudo comprobar que se debiera al impedimento de una cuerda tendida de lado a lado, como allí se rumoreaba, pues alguien encontró cerca de la escalinata —y no entregó a la policía— un trozo de cuerda con una lazada seccionada en uno de sus extremos, y otros comentaron sin demasiado entusiasmo que la última palabra que oyeron al finado, a voz en grito, fue: «¡cabrones!». Después de conocer todo lo que se había cocido en el internado, la investigación fue breve, no se dio relevancia al supuesto grito del finado, y concluyó atribuyendo la muerte del director a una caída accidental producida por un traspié.

Después, la casona quedó vacía, el empresario, sin herederos, se arruinó por su filantropía y el agotamiento de sus minas, y la casa quedó varada en un limbo en el que no se sabía a ciencia cierta si había sido donada al Ayuntamiento, si era del Estado, o si se estaba a la espera de cumplir los plazos ya caducados por si hubiera reclamación de herencia. En resumen, la Mansión de los Robles pertenece a la Administración pero, como en tantos otros casos, no se sabe quién tiene las competencias específicas sobre ella, y así sigue, en esa nube

administrativa. En la actualidad permanece deshabitada y abandonada.

La historia del internado, piensa Víctor, puede explicar la aparición del Aula 4. De ahí que trate de obtener la imagen del tal Remegido en el periódico que noticiaba la muerte del director, para confirmar o no si es su ánima la que aún permanece en el caserón. Aunque la foto buscada y que figura en el diario corresponde a varios años antes de su muerte, y la impresión en el basto papel es casi un manchón negro, resulta suficiente para que Víctor confirme sus sospechas de a quién corresponde aquel rostro tenebroso.

La identificación del fantasma como el espectro del director de aquel antiguo internado no le proporciona tranquilidad alguna al muchacho; muy al contrario, le produce tanta zozobra, tanta ansiedad que le arrastra a un preocupante estado depresivo.

7

Oley Castro abandona la oficina agotado por la tensión del trabajo, que no se ha reducido en ningún momento de la mañana. Una dificultad tras otra. Está deseando llegar a su casa y tomar una ducha para relajarse. Al salir a la calle, el viento frío de finales del invierno le obliga a protegerse la cara con la bufanda, al tiempo que fugazmente deplora la ocurrencia de no utilizar el coche para ir al trabajo en aras de mejorar su forma física.

—Te han llamado desde una notaría de Madrid —le dice Nola, su mujer, poco después de cerrar la puerta de entrada y dejar las llaves sobre la repisa del espejo de pared—. Es un asunto personal, y quieren hablar contigo directamente.

Intrigado, a primera hora de la tarde Oley toma contacto con el despacho madrileño. Le notifican el fallecimiento de su tía Silia Olivares, asesinada, parece ser, por su marido. A su requerimiento, le comentan las dramáticas circunstancias en que se han producido las muertes —de ella y de Mauro Quesada— sin ahorrarle ningún detalle del informe policial. Al tratarse de fallecimientos violentos, ambos cadáveres fueron trasladados a la morgue para realizar la preceptiva autopsia, hecha la cual ya puede disponer del cuerpo de su familiar para el entierro. Se dirigen a él como pariente vivo más próximo y único heredero de la fallecida, según consta en el testamento depositado en aquella notaría. Le proporcionan el número de la póliza del seguro de decesos contratado por la mujer, así como dirección y teléfono de la compañía aseguradora.

Oley queda impactado por la noticia. Por el crimen, por su crueldad. Por la pérdida de Silia, pese a que apenas ha tenido relación con ella. Hermana de su madre, casi diez años menor, la diferencia de edad primero y luego la enemistad entre sus maridos desde siempre fueron causa de una débil relación entre las dos mujeres, distanciamiento que se acentuó con la lejanía geográfica.

De ahí que Silia ocupe muy pocas imágenes en su memoria. Excluida la última hace pocos meses, la que recuerda con detalle es la visita que su tía, aún soltera, realizó a sus padres cuando vivían en la antigua casa y él era un muchacho. Después, no fue a su boda, no volvió a verla. No supo más de ella hasta el pasado año, en el entierro de su madre —perdió la vida de forma repentina por un cáncer virulento, cuando ya sus padres vivían separados—. Fueron pocas las horas que estuvieron juntos, pero le permitieron conocer a una mujer muy cariñosa, próxima, que trató de ofrecerle consuelo y calor de manera espontánea, y que lamentaba la frialdad afectiva que las dos hermanas habían mantenido.

De vuelta su pensamiento a la exigente actualidad, de inmediato tiene que preocuparse del sepelio. Llama a la compañía aseguradora de la póliza de decesos de su tía, y consigue que el acto religioso y la inhumación se realicen en el cementerio de La Almudena dos días después, a media mañana. A continuación, pone al corriente a su mujer de la triste noticia, y es entonces cuando cae en la cuenta de que desconoce en qué consiste la herencia, incluso si es positiva o las deudas lo devoran todo. De acuerdo ambos en que es mejor que únicamente viaje Oley ante la imposibilidad de dejar a sus niños con los abuelos —se encuentran ausentes—, de inmediato adquiere un billete para volar a Madrid dos días más tarde, a primera hora.

Oley Castro aterriza en la capital con amplio margen de tiempo, por lo que decide desayunar con tranquilidad en el aeropuerto mientras ojea el periódico. En el diario elegido figura la esquela —servicio incluido en la póliza contratada con la aseguradora— que da noticia del fallecimiento de su tía, con fecha y lugar del entierro. Más tarde toma un taxi que lo lleva al cementerio. Sube la cuesta que le conduce a la capilla modernista y allí espera la llegada del vehículo fúnebre con los restos mortales de su familiar. Se presenta a los empleados de la funeraria, quienes le solicitan la firma en algunos documentos y le entregan otros; a continuación introducen el féretro en la reducida capilla y lo depositan delante del altar, mientras él se sitúa en el primer banco. Poco después aparece un sacerdote y da comienzo el oficio religioso. Pasados unos minutos Castro se vuelve y ve a cuatro personas a sus espaldas: tres mujeres dos bancos detrás y más allá un hombre en el asiento lo más alejado

posible de él; amén de los empleados de la empresa fúnebre, de pie situados próximos a la puerta de entrada. La soledad que emana el recinto casi vacío —que no logra mitigar la salmodia del páter— evoca en Oley el desvalimiento que debió experimentar la víctima del ominoso crimen, desamparo que se prolonga hasta después de la muerte. Pero, se dice, la reducida presencia humana es justificable: sin apenas tiempo para que se difunda el aviso; sin el paso del cadáver por un tanatorio, como es habitual; o quizá por ser escaso el interés en despedir a la vecina; o por pereza ante un largo desplazamiento hasta el cementerio, sin que además nadie reconozca y agradezca el gesto. Al finalizar la ceremonia religiosa recibe el pésame por parte de las tres mujeres que se encontraban en la capilla. El hombre ha desaparecido sin hacerse notar. Precisamente él fue quien dio noticia del entierro al colocar en el portal la esquela que recortó del periódico en un bar próximo, lo que les ha permitido a ellas acudir a despedirse de Silia, «mujer buena donde las haya, y qué terrible su muerte que no conseguimos entender, pobrecilla, con media vida por delante», le comentan.

Oley Castro sigue al coche que porta el féretro hacia su destino final. Camina solitario, abstraído, inmerso en un ejercicio de empatía para con la difunta: como si soportara sobre sus hombros la soledad lastrada de tristeza y desprotección que ella debió sufrir largo tiempo —soledad en vida que adivinó en sus ojos, cuando le ofrecía palabras de alivio por la pérdida de su madre, soledad muy adentro y muy antigua como su padre decía, soledad prolongada hasta su muerte, hasta su entierro—, como si con ello aún pudiera aliviarla, como si liberarla de pesadumbre fuera posible; pero no, no es eso, en realidad lo que procura es de algún modo protagonizar y sentir su tristeza, su soledad, durante algún tiempo si bien breve, como forma de satisfacer una deuda de gratitud o de implicación emocional para con ella que se auto exige, como dádiva que desea ofrecer para sentirse bien consigo mismo.

Una vez en el lugar donde se ubica el nicho asignado, presencia la introducción del ataúd y el sellado de la abertura. Ese mismo día, antes de marchar al aeropuerto para tomar el vuelo de regreso, dispone de tiempo para acercarse a la notaría afín de cumplimentar todos los trámites legales precisos. Le leen el testamento de Silia Olivares y la relación de sus bienes de los que tienen constancia; le

hacen entrega de las llaves de la vivienda y de los números de cuentas bancarias que fueron de su tía.

Días después, Oley y Nola deciden ir a Madrid un fin de semana. Acuden con la intención de inspeccionar el piso, ver qué contiene y en qué condiciones se encuentra para su posible venta. Realizan un examen detallado de la vivienda y toman varias fotos, incluso del dormitorio con el suelo manchado de sangre reseca. Al verla, Nola se niega en un principio a entrar en la habitación, y sólo a regañadientes —y con extremo cuidado de no poner los pies sobre el color marrón oscuro que la repele o atemoriza— accede a colaborar con Oley en la revisión de los contenidos de los muebles. Cuando se encuentran seleccionando objetos de valor y personales para llevárselos y dejar lo que carece de interés, un vecino llama a la puerta de entrada: dice llamarse Higinio Ríguez, haber oído ruidos y estar preocupado por la posible presencia de ladrones. «Ya, como que si sospechas que hay ladrones vas a venir tú a pecho descubierto a llamar a la puerta. A fisgar es a lo que vienes» murmura Oley, que ha reconocido en el vecino al hombre solitario que vio en la necrópolis de La Almudena.

—¡Ah, es usted! Es familiar de la difunta ¿verdad? —dice Ríguez, dirigiéndose a Castro—. Lo vi en el cementerio.

—Sí, soy sobrino de Silia Olivares. Me ha dejado el piso en herencia y hemos venido a conocer cómo es y en qué condiciones se encuentra.

—¿Piensan ocuparlo?

—No, no. No vivimos en Madrid. Nuestra intención es venderlo.

Satisfecho el matrimonio con el estado de conservación de la vivienda —quizá falte una mano de pintura, no tanto para borrar las señales que sin duda dejarán en paredes los cuadros y muebles cuando se retiren sino sobre todo para producir una mejor impresión— Oley encarga a una agencia especializada la gestión de su venta. Y les pide que contacten con una asociación benéfica adecuada para que retiren muebles, electrodomésticos, ropa y demás objetos que allí quedan, a cambio de que limpien el piso una vez vacío. Y que encarguen a profesionales de confianza dar una mano de pintura a todo él.

8

La visión espectral del Aula 4, y sobre todo la imposibilidad de compartir la experiencia con su compañero, alteran la estabilidad emocional de Víctor. No sólo ha visto un fantasma sino que únicamente él lo ve. Alejo ha sido impermeable a la aparición las dos veces que entraron en la vieja casona. Sí, es cierto que su amigo se hallaba tan nervioso como él mismo aquellas noches, como si hubiera visto la figura del hombre, pero lo niega y le cree sincero; no piensa que su negación sea por temor a enfrentarse con algo terrorífico. Mas la realidad es que su amigo no lo acompaña en esa experiencia desconcertante, lóbrega, insólita, de contactar con el lado de la muerte. Víctor se siente solo con sus miedos. Entra en crisis, pero poco a poco, al paso de los días, se va recuperando. Hasta que ve en el periódico la foto de Elisendo Remegido.

La esperanza de que la aparición no tuviera justificación en la historia de la casona, que no se pudiera conectar con ningún elemento real, que en definitiva se tratara de una mala jugada de su imaginación, se viene al traste con la confirmación de que es el fantasma del director del colegio que se ubicó en la Mansión de los Robles. Y él desconocía por completo su existencia y la del internado. «Entonces, los espectros existen. ¿O quizá no, y todo es producto de mi cerebro?», duda Víctor. «No, no puedo engañarme. He visto la aparición dos veces, claramente. Y era el director. No me lo estoy inventando. Si fuera un engaño no habría sido todo tan verdad. Pero, entonces, ¿por qué no lo ha visto Alejo? ¿Porque el fantasma no es real? Y si es real ¿por qué sólo se me aparece a mí? ¿Es que soy especial? ¿Un tipo raro con un sexto sentido? ¿Será por eso que Alejo se va distanciando de mí cada vez más? ¿Es una aparición diabólica? ¿Estaré bajo un maleficio? ¿Me estoy volviendo loco?». La angustia, el temor a lo desconocido, el pavor al inframundo, y una maraña de interrogantes, de dudas sin respuestas

lo van horadando, agotando mentalmente bajo una obsesión constante que lo encaminan de manera ineludible a una aguda depresión.

Después de semanas de tratamiento médico, comienza a recuperarse con rapidez, remontando a ritmo sorprendente la cuesta por la que cayó. Aún anda algo perdido, distraído en los estudios y siempre inquieto. Necesita encontrar alguien con quien compartir su experiencia, que le oriente, una persona que haya experimentado o que sepa de situaciones similares. Desafortunadamente no conoce a nadie adecuado en su entorno.

En su búsqueda de información, de referentes, una mañana compra en un quiosco de prensa la publicación Mundo *Transparanormal*, así, con una mayúscula intempestiva. Fundada hace pocos meses, la revista trata de fenómenos extraños. En su primer número se podía leer un amplio editorial en el que defendía el término *transnormal* para expresar la idea de «al otro lado de la normalidad», que fusionado con *paranormal*, «al margen o en contra de lo normal» da lugar al adjetivo que figura en el título de la revista, en la opinión de que así describe mejor la amplitud conceptual de la anormalidad de tales sucesos. Y es evidente que están al otro lado de la normalidad muchos (si no todos) de los titulares que en la publicación se pueden encontrar. Víctor lee el índice de temas del ejemplar que tiene en sus manos:

SE NIEGA LA EXISTENCIA DE COLONIAS PENITENCIARIAS INSTALADAS EN LA LUNA

LA POLICIA AMETRALLA UN OVNI QUE LUEGO DESAPARECE

UN ESPECTRO MUERE Y REVIVE SIN QUE SE SEPAN LAS CAUSAS

¿EXISTE EL COITO ASTRAL? CÓMO CONSEGUIR UN ACOPLAMIENTO SEXUAL DOBLE MEDIANTE EL DESDOBLAMIENTO DEL CUERPO ASTRAL

Pero el titular que le llama la atención —en realidad, es el anterior el que primero fija su interés pues, aunque no doble, el acoplamiento sexual es para él un continuo mental que no se ha mitigado con sus nuevas inquietudes—, es un caso de apariciones que se quiere abordar con un toque científico, lo que le da un matiz de seriedad, de rigor:

UN INVESTIGADOR CAPTURA UNA PORCIÓN DE ECTOPLASMA EN UN FRASCO DE MUESTRAS DE LABORATORIO. SE ESTÁ PENDIENTE DE SU ANÁLISIS QUÍMICO

que se desarrolla en el siguiente texto:

Un estudioso de la parapsicología, Pedro J. B., ha concebido la extraordinaria idea de obtener una prueba científica incontestable de la existencia y presencia en nuestro mundo de espíritus de personas ya fallecidas, que muchos ponen en duda todavía. Para ello ha asistido a una sesión espiritista de la afamada médium Madame Aveugle, provisto de un frasco de muestras de laboratorio y de una espátula con el fin de conseguir una porción de ectoplasma de la persona que se invocase. Era su primer intento, y si no funcionaba, ya tenía en proyecto utilizar en una próxima ocasión una jeringa de 50 ml para hacerse con tan lábil sustancia. El conocido investigador J.B. suponía que la principal dificultad que presentaba la toma de la muestra —contaba con que el ente invocado no notara la extracción— era que el familiar vivo, si se daba cuenta, lo tomara a mal pues podría interpretarlo como hurto, o quizá como amputación o deterioro de la persona aparecida; de modo que debía ser muy sigiloso para evitar una denuncia.

Según su narración, en la sesión en la que estaba presente, cogidos los asistentes de las manos e invocada la madre fallecida de uno de ellos, después de varios intentos la médium entró en trance, y poco después fue surgiendo cerca de ella el ectoplasma vaporoso de la fallecida. Por suerte la emanación se situó casi a la espalda de J. B. por lo que este sólo tuvo que soltar su mano derecha de otra mano, como si fuera a rascarse, sacar el frasco ya destapado de su bolsillo y, con un movimiento ascendente de su brazo echado hacia atrás, barrer una porción de ectoplasma sin necesidad de utilizar la espátula. No se oyó grito alguno; la maniobra había pasado desapercibida. Luego, con sigilo, puso la tapa en el frasco, lo guardó y volvió a coger la mano que antes soltara.

Según cuenta J.B., al salir de la sesión y bajar por las

escaleras no pudo esperar más y sacó el frasco con la muestra para verlo. Dice que había unos filamentos blancos, como de niebla. Su propósito es llevar la muestra a un laboratorio para su análisis, pero con los que ha contactado no lo aceptan por ser excesiva la carga de trabajo que soportan, según dicen: es evidente que no comprenden la publicidad que les reportaría determinar por vez primera la composición de un ectoplasma. J.B. está dispuesto a realizar él mismo el análisis, aunque el problema es que si se abre el frasco para echar un reactivo puede escaparse la muestra; incluso no está muy seguro de la estanqueidad de la tapa del recipiente. En cualquier caso ha puesto la muestra en su frigorífico para mejor conservarla, a la espera del análisis químico. No ha querido mostrarnos el frasco para evitar el deterioro del ectoplasma con la luz.

Víctor es joven pero no ingenuo, al menos no en exceso; y a pesar de algún comportamiento poco sensato como el asalto a la casona, es más maduro de lo habitual para su edad. De ahí que al leer este tipo de artículos se le quede cara de tonto; le están tomando el pelo; nada en limpio se puede sacar de esta publicación, si acaso una confusión mayor. Lo único que luego le será positivo es la noticia de la fecha en que se inicia la nueva temporada del programa *Ausencias y presencias* de *RADIO 10*. En efecto, comienza a escuchar el programa que cada viernes sintoniza a las cero horas, y desde el principio los temas que abordan y la forma de tratarlos le parece que tienen un tono de seriedad del que no hay ni rastro en el contenido de Mundo *Transparanormal*, además de resultarle bastante interesantes. De oírlo cada semana viajando en frecuencia modulada, va cogiendo confianza con el director del programa, Darío Vildas, y al sentirlo cercano finalmente decide exponerle su situación y pedirle consejo.

Vildas recibe una carta de Víctor llena de preguntas y de dudas: «¿Qué era aquello que veía? ¿Por qué su amigo no vio la figura? ¿Es que está poseído? ¿Era real la aparición o se está volviendo loco?» Preguntas que eran habituales en casos como el suyo. Y como conocedor de estas circunstancias el director ya sabe cómo

responder a tales demandas de ayuda. El procedimiento que sigue es reenviar la misiva a un científico y a una sensitiva, ambos colaboradores del programa, para que sean ellos los que redacten la respuesta. Y estos son los mensajes que recibe Víctor.

Cuerpo del escrito enviado por el científico:

> *Al ir al caserón ya sabíais, tú y tu amigo, la fama que tenía de estar encantado, de albergar fantasmas en su interior. Es decir, ibais predispuestos a verlos. Tú, Víctor, quizá más si tienes una fuerte imaginación. Además fuisteis de noche, con sombras, que son un fuerte estímulo para la ficción. Luego viste lo que te pareció una figura de hombre que, sin duda, se formaba con sombras y luces en la tela de araña que dices había. La segunda vez ya te acompañaba esa figura en la cabeza, y la excitación y tensión del momento te hicieron ver lo que ya traías en mente. La prueba de que fue debida a la sugestión es que tu amigo no la vio ninguna de las dos veces —y eso que en la segunda visita tú ya le habías avisado de la aparición—; si hubiera sido real también él la habría visto. No te voy a incitar a que asaltes de nuevo una propiedad privada, pero estoy seguro de que si fueras otra vez al caserón, por la mañana y con varios amigos —para evitar tu ensimismamiento— no volverías a ver el fantasma, y te darías cuenta de que todo había sido una ilusión.*

No tiene razón. Víctor está cada vez más seguro de lo que ha visto en la casona. Aquello es real, no puede haberse enga-ñado las dos veces. Por más que sea la opinión de un experto su turbadora experiencia no es producto de una sugestión, se dice convencido.

Y con ansiedad lee la contestación de la sensitiva, contenida en el mismo sobre que la del científico:

> *Comprendo perfectamente tu incertidumbre, pero has de saber que no estás solo. Al igual que otras personas, yo he pasado por esa fase de temores y de dudas. Lo primero que he de decirte es que ni estás endemoniado ni loco. Todo lo contrario: estás bendecido por Dios, tienes un don del que la mayoría carece. Eres capaz de penetrar en otra realidad*

que desde luego existe, y que tú, yo y otros pocos percibimos. Tu capacidad debes tomarla con naturalidad, y alegrarte de poseerla. Aleja los pensamientos negativos de tu mente; sólo deben ocuparla pensamientos positivos. Hay que felicitarte por ser sensitivo, lo que te permitirá hacer el bien a otras personas si eres prudente y te manejas con tiento, aunque en algún caso tu don puede acarrearte algún que otro sinsabor.

Al fin encuentra alguien igual que él. El mensaje de la sensitiva, que no firma, le hace mucho bien. No se encuentra aislado en su rareza, no se le está yendo la cabeza, no es anormal. Sí, tiene una capacidad extraña que le hubiera gustado no poseer, pero no es el único. Y hasta puede que sea positivo poseerla según la sensitiva, aunque no tiene claro en qué beneficiaría a otros o a él acceder al mundo de ultratumba, pues la posibilidad de negocio no se le pasa por la imaginación.

Ya más tranquilo, más consciente de su situación, Víctor va asumiendo su capacidad sensitiva como un elemento más de su personalidad, pero desde luego sin ningún propósito de desarrollarla. Es más, trata de marginarla, de olvidarse de ella, hasta el punto de que después de agradecer a Darío Vildas su interés no vuelve a contactar con él, e incluso deja de escuchar su programa radiofónico para alejarse de la temática espiritista.

Años más tarde, cuando se ubica en Madrid, beneficiario de una beca para estudiar Biología en la Universidad Complutense, casi de casualidad oye de nuevo el programa de radio *Ausencias y presencias* que permanece en la brecha, y es cuando le surge el deseo de conocer a su director en persona. El encuentro entre ambos despierta una sintonía mutua que propicia otras reuniones, y en ellas Darío termina por convencer a Víctor de que coopere con él en determinados casos que tiene entre manos. De este modo, Víctor Deper, el sensitivo, interviene en ciertos asuntos de supuestas apariciones que —a modo de entrenamiento involuntario— le proporcionan más templanza, más autocontrol al afrontar tales hechos (cuando son ciertos), pero sobre todo, y con bastante asombro, parece que cada vez le potencian más su capacidad perceptiva, su sensibilidad a captar entes del más allá.

9

Han transcurrido pocos días desde que una empresa vaciara y dejara limpio el piso que fue de Silia Olivares — después de la revisión y selección de su contenido realizada por el sobrino— y que unos pintores estuvieran molestando varias jornadas, cuando una noche, en la cama, Higinio Ríguez cree oír un llanto sordo, entrecortado; sí, alguien parece que solloza. Se acerca, y allí está: su hermana sentada en el escalón de acceso a la cocina, con las piernas encogidas. Se tapa la cara con las manos y apoya su cabeza en las rodillas, su pobre hermana. Un flash tras otro, aleatorios: Él arrastrando el cadáver. «¡El cura! ¡El cura! ¡Ha sido el cura!» le grita a su hermano. La caída vertical del cuerpo desmadejado. «Ya está, ya está, tranquila. No volverá a suceder» le dice él. El golpe del hacha en la cabeza.

Higinio despierta sobresaltado. Un sudor gélido brota de todo su cuerpo. Últimamente tiene alterado el sueño, le cuesta conciliarlo, duerme intranquilo, pero en esta noche se ha producido un salto cualitativo. La pesadilla es el retorno a episodios remotos, sangrientos, recuerdos desgarradores que le perturbaron largo tiempo hasta conseguir embridarlos con enorme esfuerzo, hasta hoy en que han vuelto con virulencia. Se levanta para ir a orinar, y al aproximar la cabeza a la pared que separa su dormitorio de la vivienda vecina le parece oír algo. Como un corto siseo. Si pega la oreja al tabique oye mucho mejor: cree percibir un jadeo entrecortado, quizá suspiros, que cesan de inmediato. Parecen de mujer. Sí, eso es: los gemidos son los que le han inducido el agónico sueño. Sigue escuchando y al cabo de unos minutos se repiten brevemente; proceden del dormitorio de la vecina, sin duda, el lugar donde fue asesinada.

Pegando la oreja al yeso se perciben mejor los gemidos, los suspiros; los distingue bien aunque son muy breves. No se repiten.

Higinio vuelve a la cama, mas es incapaz de dormir. Le invade la ansiedad, está muy agitado. No quiere explicitar la idea que de inmediato pugna por expresarse en su cerebro. La imagen de Silia le vuelve con fuerza. La sombra de su hermana permanece latente, sin asomar, en un segundo plano Ya de madrugada entra en un sopor del que despierta por el ruido que. produce la persiana agitada por rachas de un fuerte viento.

Con la mente algo iluminada por la luz diurna recapacita sobre lo acaecido esa noche: la pesadilla, los sollozos al otro lado de la pared, ¿o eran los sollozos de su hermana, allí, en el pueblo? ¿Está seguro de lo que ha oído? Sí, anoche oyó que alguien sollozaba en el piso contiguo. Trata de razonar. ¿Habrá nuevos inquilinos? Le extraña; no ha oído que nadie entrara recientemente en el piso. Los últimos, que él sepa, fueron unos pintores, y antes los del camión de mudanzas que vaciaron y limpiaron la vivienda, poco después de que el sobrino y su mujer vinieran a llevarse lo que encontraron de valor y tirar a la basura lo desechable para ellos, incluso recuerdos y objetos personales de Silia —«¡qué falta de consideración!» se dice — , como él mismo pudo comprobar y rescatar rebuscando en las bolsas que el sobrino dejó en la acera.

Para resolver su duda, de inmediato, con la bata puesta, Higinio sale de su casa y llama con insistencia en la puerta del otro piso, primero pulsando el timbre que no oye sonar, después aporreando la hoja de madera, con resultado nulo. De vuelta a su vivienda observa que las ventanas que dan al patio común permanecen cerradas, lo mismo que la cristalera de la terraza, como comprueba asomándose por encima del tabique separador. No parece que haya nadie.

Los jadeos vuelven varios días más tarde. Ya entrada la noche. Quizá a la misma hora en que Silia fue asesinada. Todo se repite de nuevo. Escenas sin orden. Su hermana llora en silencio. Él busca el hacha en la leñera. Ella lo mira: sus ojos son agua y terror; qué desgracia hermana. Hay que tirar el hacha al barranco. Ya sabe él lo que tiene que hacer. La ocultación del cuerpo. «No digas nada a los padres». El acecho al cura. «Ábreme, hermana». Manchas de sangre, limpiar la mula. El regreso a la casa. «¡Fue horrible! ¡Me bajó las bragas!». El golpe. Ella mira a su hermano y, sin palabras, comprende que ha consumado su venganza.

Higinio se estremece y despierta. Respira profundamente. Se tranquiliza. Escucha. Se acerca a la pared y los oye. Sin duda los suspiros invocan su lacerante pesadilla. Pero lo de su hermana ya pasó; ahora es Silia quien necesita ayuda. Enseguida cesan los suspiros.

Desde entonces hace guardia. Todas las noches permanece en vela hasta altas horas de la madrugada, a la escucha, con la oreja apoyada en la fría pared. No la presiona en exceso, pero sí lo suficiente como para que al poco comience a dolerle; de ahí que con frecuencia cambie el flanco —y el pabellón auditivo asociado— que presenta al tabique. Para minimizar la incomodidad que ello supone decide comprar una silla giratoria que le facilite la tarea de cambio de orientación. Y a esa ocupación dedica varias horas cada noche: gira a un lado, gira al otro, con una perseverancia digna de mejor causa, con la misma obsesión por Silia que le dominaba cuando estaba viva y la seguía furtivamente de una ventana a otra.

Todas las noches se va a la cama con las orejas doloridas por el roce. Muy pocas veces la espera da resultado positivo; casi siempre es estéril, sin que la poca rentabilidad del tiempo empleado haga desistir a Higinio de su empeño. Cada vez está más convencido de que el espíritu o ectoplasma o aquello que sea de Silia es lo que se manifiesta en su dormitorio. Y que los suspiros son una llamada dirigida a él. ¿Qué es lo que quiere? ¿Qué le pide? ¿Qué puede hacer él para remediar su pesar? Suponer que Silia le solicita ayuda sacude con insistencia la mente de Higinio. Se acentúa la demanda cuando oye los gemidos, sonidos que le taladran y escarban en el recuerdo de su desvalida hermana. Entonces, voceando, como si representase un monólogo frente a una vacía platea, interpela al supuesto espíritu: «¿Qué puedo hacer para que dejes de sufrir? Muéstrame alguna señal; indica tu deseo de modo que sea capaz de entenderlo».

Desengañado por la ausencia de respuestas se convence de que él no es el interlocutor adecuado, debe ser alguien capaz de contactar con el espíritu. Necesita buscar una persona que sirva de intermediaria entre este y el otro mundo en el que se encuentra, una mujer o un hombre que pueda enlazar con la difunta y le permita expresar sus deseos. Una médium. Pero ¿qué médium? Abundan en las páginas de anuncios de los periódicos, y las horas

nocturnas de algunos canales de radio y televisión están dedicadas a espacios de videntes, pitonisas, visionarios, médiums y otros elementos. Incluso con sus no muy amplias entendederas, para Higinio son poco fiables, no van más allá de utilizar el tarot, y vender minerales y plantas, sólidos y líquidos, amuletos y estampas, abalorios y figuras, todos ellos con capacidades asombrosas en la curación del cuerpo y del alma.

En cualquier caso, tendría que convencer al sobrino para que accediese a realizar una sesión de espiritismo en la vivienda. Sería definitivo. Daría opciones de que el ente se manifestase. Mientras da con la persona adecuada, Higinio se establece una prioridad: debe procurar que no se venda o alquile el piso; en caso contrario se dificultaría realizar la invocación del espíritu de Silia.

10

Castro ha encomendado la venta de la vivienda recién heredada a una agencia inmobiliaria, y Belsi Ciron es la empleada que realizará las oportunas gestiones. Justificándose por la carga de trabajo, no se molesta en conocer previamente el piso y ver su estado: tiene pensado hacerlo cuando acompañe al primer cliente; sobre la marcha improvisará todas sus ventajas y tratará de ocultar sus inconvenientes y defectos.

Ha transcurrido poco más de un mes desde que se recibió el encargo en la agencia y ya cuenta con una persona interesada; con ella acude al piso. Después de visitarlo, al salir, ven al vecino que abre su puerta y se les queda mirando. Luego dice: «Yo que ustedes, no lo compraría», y cierra la puerta. Belsi se queda atónita, no sabe dar respuestas a las preguntas del cliente, quien pensando que algo se le oculta desiste de la compra. La empleada de la agencia, muy contrariada, se propone hablar con el entrometido vecino, y al día siguiente se desplaza de nuevo al piso. El buzón del portal permite a Belsi asignar nombre al individuo en cuestión. Ya en la octava planta, llama a la puerta de Ríguez; esta se abre un poco y por el estrecho hueco asoma un rostro no muy amigable.

—¿Si?

—Soy Belsi Ciron. Tengo a mi cargo la venta del piso de al lado. ¿Me reconoce? Quería preguntarle por qué nos dijo ayer, a un señor y a mí, que usted no lo compraría. ¿Sabe que me hundió una posible venta?

—¿Es que no sabe lo que pasó en ese piso? Lea los periódicos — contesta el hombre, dando un portazo.

De vuelta a la agencia, Belsi llama a Castro, le informa de lo sucedido y le pide explicaciones. Este le narra la historia del asesinato de su tía, y se disculpa por no poner antes en su conocimiento aquellos sucesos. Semanas después, de nuevo Belsi

acude al piso en venta con un matrimonio que muestra un cierto interés en su adquisición. Esta vez se encuentra a Ríguez saliendo de su casa, quien, se dirige a la pareja y dice:

—Yo que ustedes, no lo compraría.

Sumamente enojada, Belsi le conmina a callarse. Una vez dentro de la vivienda, no tiene otra salida que informar a los visitantes de lo allí acontecido, si bien narra la historia del asesinato de la manera más aséptica que puede. La pareja muestra que la información le desagrada notablemente y pretende marcharse. La empleada de la agencia está al quite y les convence de que recorran y vean con detalle el piso; después, sólo su promesa de tratar con el propietario una rebaja sustancial del precio les hace mantener la opción de compra, aunque con dudas. Al salir, con notable desagrado ven que el vecino permanece en el rellano, y que insiste:

—Silia murió, pero sigue viva ahí dentro. Deben saberlo.

Los ojos de Belsi despiden dardos venenosos, y despectivamente se encara con él:

—No me diga. ¿Viva? ¿La ha visto?

Higinio, apoyado en el marco de la puerta de su casa, con media sonrisa que le cae por el lado derecho de la boca, responde:

—La oigo muchas noches. Sus quejidos.

Belsi, sumamente irritada con las injerencias de Ríguez en su trabajo, al volver a la agencia llama a Castro y pone en su conocimiento el nuevo incidente con aquel.

—La venta se complica. No sólo se ha cometido un crimen en el piso, sino que además ahora hay vecinos que dicen oír gemidos que proceden de su interior.

—¿Gemidos? ¿Quién los oye? —pregunta sobresaltado. —Me lo ha dicho Higinio Ríguez, el vecino de la misma planta

—¡Ah! Ríguez. Tuve ocasión de conocerlo cuando fui al piso. Un fisgón. Y lo que dice son patrañas. Si oye algo sin duda serán ruidos de tuberías, e imagina que son gemidos. Al estar vacías, después de tanto tiempo sin usar, las cañerías pueden comportarse como tubos resonantes. ¿Y los otros vecinos han dicho algo?

—No los he visto. Mañana les preguntaré.

Castro queda unos segundos en silencio, planteándose qué interés puede tener el vecino en interferir en la labor de Belsi; los

comentarios no son casuales.

—No me extrañaría que Ríguez quisiera ahuyentar a posibles compradores para que se rebaje el precio, y así quedárselo él o hacer de intermediario en busca de una comisión.

—Como ya te he comentado, el matrimonio que se interesaba por la vivienda, al saberla lugar de un asesinato, pidió una rebaja sustancial del precio, y al escuchar el segundo comentario de Ríguez salió corriendo. Con estos antecedentes veo difícil la venta, y en cualquier caso habría de ser a un precio muy inferior al inicial. Como comprenderás, una vivienda que dicen cobija fantasmas es muy difícil de vender, aunque todo sea inventado.

—Está bien, Belsi. Me voy a interesar personalmente por el problema.

Oley Castro recapacita. Tiene un piso de difícil venta debido a dos importantes impedimentos. El primero es el asesinato cometido en su interior; eso ya no se puede evitar. No hay que dar publicidad del suceso, pero llegado el caso tampoco ocultarlo; más pronto o más tarde saldría a la luz y podría dar lugar a reclamaciones por encubrimiento. El segundo obstáculo es que un vecino dice oír quejarse a alguien allí dentro, y deduce que es el espíritu de Silia. De modo que parece haber un intruso espectral: su tía. Hay que evitar dar cuerda a ese rumor. El vecino puede resultar un escollo realmente incómodo. Las habladurías corren a velocidad de vértigo. Es preciso cortarlas de raíz para tener posibilidades de desprenderse de la vivienda.

Decidido a indagar personalmente lo que ocurre en el piso de Madrid, Oley planifica su ida a la capital, dispuesto a pasar una noche en vela en aquella vivienda, atento a la posible manifestación de los ruidos que dice el vecino que se producen. Le propone a Nola que lo acompañe en la experiencia, pero a ella le parece ridícula la idea y no hace más que pincharle:

—¿Es que te has creído lo del espíritu lloroso? ¿No eres tan escéptico? A ver si te va a poseer tu tía y quedas atrapado.

Ante la negativa de Nola, Oley busca la compañía de un amigo, un hombre al que le atraen las experiencias atípicas y curiosas. Llegados a Madrid, ya de noche acuden al piso en cuestión. El buen tiempo de finales de junio les permite ir sin carga de ropa, pero

portan sillas de playa, linternas, un termo de café, y una casete dispuesta a recoger los sonidos que allí se produzcan; si los supuestos sollozos se pueden oír a través del tabique de separación con el piso contiguo, piensan que no existirá dificultad alguna en grabar los ruidos con su pequeño aparato, sin pared por medio, en el dormitorio mismo, sin necesidad de una grabadora más sofisticada. Y, desde luego, si aparecen, están dispuestos a levantar de la cama al vecino cualquiera que sea la hora, para demostrarle cual es el origen de sus supuestos lloros.

Tomando café pasan la noche los dos hombres, ambos de guardia, en silencio, leyendo, mirando la calle, luchando contra el aburrimiento, más tarde recorriendo el piso por turnos para vencer el sueño, sin que se produzca ningún ruido o sonido extraño. Ya amanecido, bajan a desayunar a una cafetería próxima. Decepcionado, ya que deseaba que las cañerías llorasen para restregárselo por la cara al vecino, Oley decide hablar en cualquier caso con Ríguez.

—Dice usted que oye sollozos en este piso. ¿Cuándo empezaron? ¿Se producen a menudo?

Al verle, a Higinio se le ensancha la cara con un atisbo de sonrisa. Frente a él está el sobrino, con el que tiene que hablar, es la ocasión que estaba esperando para proponerle su idea. Abre por completo la puerta y está a punto de invitarlo a entrar en la casa, pero finalmente recula.

—Unos dos meses después de la muerte de su tía, no recuerdo exactamente. Aparecen de forma muy variable: puede que gima días seguidos, puede que calle semanas.

—¿Quién gime? ¿Está seguro que es sollozar lo que oye y no es otro tipo de ruido, como el que pueden producir las cañerías, crujidos de la estructura, vibraciones originadas por el viento…?

—No, no, son gemidos, sollozos de una mujer —le interrumpe Higinio. Este es el momento, piensa. Y prosigue—: Supongo que son de Silia. Pero tendría que venir aquí una vidente, una médium para saber qué es lo que busca, qué quiere. ¿Por qué no trae usted una médium para que realice una sesión de espiritismo aquí, en su casa, y así sabremos de qué se queja su tía?

Oley se sorprende con la propuesta del hombre. ¿Qué memez le está sugiriendo? Ah, ya entiende: la visita de una médium sería una

propaganda magnífica para extender el bulo, y beneficiar los intereses oscuros que se trae entre manos el individuo.

—¿Traer una médium? ¿Una sesión de espiritismo? Es absurdo. Ya es usted mayorcito para creer en esas cosas.

—¿Absurdo? Pues ya me dirá usted cómo se va a librar de la presencia del espíritu —comenta Higinio, muy molesto al comprobar que la solución espiritista se diluye.

Castro, apercibido del cambio en Ríguez que vuelve a su expresión más hosca y comienza a entornar la puerta, decide despedirse de inmediato, tras lo cual toma el ascensor junto a su acompañante y abandonan el edificio.

11

Ya en su casa, Oley no para de dar vueltas al problema, haciendo partícipe de las dudas a su mujer después de comentar con ella el resultado del viaje a Madrid: ¿Qué hacer? ¿Seguir insistiendo en su venta a la espera de que Ríguez no se entremeta? ¿Amenazarlo de algún modo para que no asuste a posibles compradores? ¿Ofrecerle dinero? ¿O hacer caso a su sugerencia? Pero, «¿una médium? No fastidies, ¿para qué?», se dice. Totalmente escéptico al espiritismo y a la parapsicología, está seguro de que tales prácticas no van a solucionar nada sino que más bien se volverían en contra de sus intereses; además, sólo intentarlo supone una claudicación de sus ideas.

—Sí, pero con ello no pierdes nada. Y si de algún modo la médium consigue que desaparezcan los gemidos eso has ganado —le señala Nola—. Si son ensoñaciones del vecino, el dictamen de la médium —que supondremos negativo respecto a presencias extrañas— quizá haga que se volatilicen. Pero es preciso que Ríguez se entere de la visita de la médium; mejor, que esté presente cuando ella actúe.

Oley, después de dar innumerables vueltas al tema, decide buscar un parapsicólogo, o vidente, o médium, o espiritista, u ocultista, o como quiera que se llame; en fin, un experto en estos supuestos fenómenos extraordinarios. Pero es tan escéptico a ese tipo de manifestaciones que la decisión que ha tomado le violenta intelectualmente y le hace sentirse ridículo (como cuando fue arrastrado por su mujer a una sanadora para aliviarle el dolor que le producía un herpes zóster, con resultado negativo, quede claro), aunque trata de convencerse de que claudica no por pensar que haya algo cierto en esas creencias, sino para persuadir a Ríguez de su error y con ello desbloquear la venta del piso.

Con esta idea comienza su búsqueda en Internet, desconociendo por completo el variopinto mundo de los fenómenos parapsíquicos. Allí se encuentra con miles y miles de entradas, pero le parece que todo tiene un tufillo a fraude y engaño. Y encuentra desde cosmogonías esotéricas para todos los gustos hasta sanadores de toda dolencia material o espiritual, pasando por los clásicos médiums.

—Escucha Nola estas revelaciones y deja de vivir en la ignorancia. —Y Oley hace a su mujer un mini resumen de lo que está leyendo en la pantalla del ordenador—. Has de saber que la realidad es múltiple y está conformada por numerosos planos distintos al plano físico. Planos oníricos conectados al plano humano y que se nutren energéticamente mediante las pesadillas de los sueños. Pero cuidado, las conexiones han de establecerse por especialistas en esas artes para evitar que se introduzcan en el plano humano entes indeseables de los otros planos. Y habrás de acudir a ellos —a los especialistas— cuando haya problemas, o te parezca que los hay.

Nola deja de leer el libro que tiene entre las manos, escucha y gira su cabeza para dirigirse a su marido, al tiempo que con una sonrisa resume:

—Es decir, la realidad la conforma lo que es real más lo que se sueña y se elucubra y se desvaría. ¿Es eso?

—Atiende —y sigue mirando la pantalla—: Si quieres más planos de realidades yuxtapuestas puedes elegir, por señalar uno, el siguiente esquema: existen siete estados de conciencia a los que corresponden siete planos que se subdividen en otros siete que a su vez se desdoblan en siete más a la vez. Es como llevar cada uno un código de barras de trescientos cuarenta y tres trazos. Espera. ¡Ah, no! No es así, los humanos sólo se mueven en tres planos: el físico, el astral y el mental, los otros son planos sutiles, de energía. Y además, el universo también tiene siete planos con sus correspondientes sub-planos, y siete con sus sub-planos cada sistema solar, y lo mismo cada planeta,…

—¡Qué horror! Y sin una brújula inter-planos.

Oley sigue buscando en la red, y al cabo de pocos minutos exclama:

—¡Nola, mira qué suerte! Ya se han acabado todos nuestros

problemas. Basta que contactemos con el Profesor Botenga. Te leo su carta de presentación:

> *Gran sacerdote africano solucionar todo tipo de problemas, rapidez, garantía 200%, vidente, médium, magia africana. experiencia mucha, ayudar a resolver problemas de amor, recuperar pareja, rápido amor, fuerte atracción de sexo, separación, resolver problemas familiares, mejorar tus negocios, recuperar dinero perdido, quitar brujería de magia negra, limpiar mal de ojo, cualquier caso aunque difícil, impotencia sexual, tener novio o marido, no importa edad.*

—Ahora bien, no dice que cure calvicie ni hemorroides; bueno, a no ser que estas las incluya en el mal de ojo —remata Oley.

—No seas ordinario. Lo que sí dice es que recupera el dinero perdido. ¿También el que se pierde si se acude a él? ¿Lo devuelve? —ríe Nola, y tras una pausa continúa—: ¿No encuentras ningún médium?

—Lo que abunda son echadores de tarot, manejadores de péndulo y limpiadores.

Curiosas las sorpresas que uno se encuentra en este tipo de publicidad, piensa Nola. Y pregunta:

—¿Limpiadores?

—Sí, de mal de ojo, de hechicerías, de casas astrales…

—¿Y de planos? —vuelve a reir Nola.

Y al cabo de unos minutos:

—Y buscando, buscando, aquí tengo un médium que parece decir las cosas claras. Afirma que no conoce personalmente ninguno que sea realmente fiable, no que engañe, sino que con certeza sea capaz comunicarse mentalmente con fallecidos. Aunque señala que no dice que no sea posible, que hay gente capaz de hacerlo, aunque también hay mucho farsante.

—Tratando de eliminar competencia.

—Y él quedar por encima. Al admitir la existencia de fraude se declara honesto, y de ese modo infundir confianza.

—Pero él no es médium ¿no?

—Sí, sí lo es —y Oley continúa sintetizando lo que lee en el ordenador—: Dice que él no habla con espíritus de muertos, sino

con los guías. No es lo mismo comunicarse con un guía que con un espíritu de alguien fallecido; esto último es muy complicado y se precisa dominar esa capacidad. Si no se trata de un experto fácilmente te pueden embaucar, pues un vidente te puede leer la mente y hablar como si fuera tu familiar. O lo que es peor, si no sabe o no puede controlar el punto de contacto entre los planos en que viven unos y otros un espíritu oscuro puede penetrar en tu mente. Lo que este médium sí dice ser capaz es averiguar si el espíritu del fallecido ha hecho la transición a la luz o se encuentra perdido y apegado a la tierra, con el riesgo de que se hunda y se convierta en un oscuro. Si existe ese peligro hay que sanarlo, y para ello es preciso gastar mucha energía y sumergirse en la negrura con el riesgo que eso supone. Y alguien debe correr con los gastos, no va a realizar el tratamiento por amor al arte.

—Es lógico, de algo tiene que vivir el pobre después de tanto esfuerzo —dice sonriendo Nola, y vuelve a sumirse en la lectura.

Durante varios días sigue rastreando en internet, busca alguien que resulte al menos medianamente serio para confiarle el problema de los supuestos llantos en el piso de Madrid, pero ni de lejos lo que encuentra se aproxima a ese perfil. En fin, el resultado de su búsqueda no puede ser más desalentador. Pero no todo está perdido.

12

Darío Vildas es periodista. Recién conseguido el título de licenciado entra como meritorio en el periódico madrileño *ECOS DE HOY*, merced a la recomendación de un conocido de su padre, próximo al director financiero de la empresa editora del diario. Periódico bastante sensacionalista, reserva en la edición del domingo su última página a noticias y reportajes de fenómenos insólitos. Además de un enchufe bastante sólido, Darío tiene suerte en su desempeño profesional, pues va a poder trabajar en aquello que más le interesa. Atraído por la ufología, los ovnis es uno de los temas que se abordan con frecuencia en las páginas finales de ECOS DE HOY, lo que va a acrecentar su afición y ampliarla a otros temas marginales. Y, si bien le ilusiona iniciar su experiencia laboral en cualquier sección del diario, sucede que son precisamente los becarios como él los encargados de proporcionar material para esa última página del tabloide, permitiéndoles intervenir en las crónicas de tan epatantes sucesos.

Así, cuando llega a la redacción algún avistamiento de ovnis no necesita que su jefe lo llame para asignarle el trabajo, sino que rápidamente se ofrece para acudir al lugar con la mayor celeridad posible, entrevistar a los testigos de turno, fotografiarlos e incluso, si llega el caso, obtener imágenes de toda prueba que pueda corroboran la presencia de tales objetos volantes, lo que para él sucede con mucha menor frecuencia de la deseable.

Pronto es consciente de la enorme competencia que existe en el diario entre los periodistas en general, y en particular entre los becarios, entregados a la adquisición de méritos que los acerquen a contratos más estables, en una carrera en la que quizá sólo sea posible un vencedor habida cuenta de lo reducido de la plantilla. Y la rivalidad, y sobre todo las broncas que le prodiga su jefe, lo llevan al convencimiento de que debe suministrar al periódico una

semana sí y otra también informes que susciten la atención del gran público. De modo que, sin sobrepasar su ética profesional que lo obliga a no renunciar a la verdad, si dispone de una noticia que por su contenido o por ser repetitiva puede resultar anodina no duda en matizarla —dotarla de mayor nervio, como dice— para que resulte más atractiva; en definitiva, proporcionar a la información un mayor interés periodístico con el fin de alcanzar el estatus de publicable en *ECOS DE HOY*.

Disfrutando con su trabajo, participando incluso con su nombre en la redacción de crónicas de sucesos extraordinarios o que se cocinan para que lo sean, Darío asume la tarea, entre otras, de recoger testimonios de personas que han visto naves alienígenas. Su método es sencillo y eficaz para sus propósitos. En las entrevistas atosiga tanto a los testigos, los exprime con tanta insistencia que finalmente «recuerdan» más de lo que en principio creían haber observado:

—¿Y qué forma tenía el ovni que ha visto? —pregunta Darío.

—Bueno. Sólo veía una luz muy fuerte y brillante que se movía por el cielo —responde el paisano, sorprendido por el revuelo que se ha formado con su avistamiento, que incluso atrae a gente de la capital para entrevistarlo.

—Sí, pero la luz tendría alguna forma ¿no?

—Bueno. Redonda.

—Redonda, pero ¿como un globo o como un plato? — insiste el periodista.

—Bueno. Quizá como un globo.

—¿Y de qué material le pareció que era el objeto?

—Bueno. No lo sé, la luz era muy fuerte, no se podía ver.

—Dice que la luz era brillante. Es posible que una superficie metálica, con su reflejo, acentuase la extensión del foco de luz de la nave ¿no le pareció así?

—Bueno. Quizá sí —responde el buen hombre, sin entender demasiado lo dicho por Darío.

—Cuando uno mira a un foco de luz intenso, al apartar la mirada queda en la retina la imagen del foco, y se puede percibir algún detalle del mismo que con la luz intensa no se veía —afirma el periodista, poco convencido de lo que está diciendo—. Cuando dejó de mirar al ovni ¿en la imagen que persistía en sus ojos

observó si en la superficie había alguna abertura, alguna ventana?

—Bueno. No dejé de mirar al ovni. Lo estuve siguiendo hasta que desapareció.

—Sí, pero cuando desapareció, ¿qué pudo observar en la imagen de su retina? ¿Vio ventanas, hendiduras? ¿Qué es lo que vio? Es importante saberlo.

—Bueno, quizá una especie de ventana, pero no estoy seguro — el paisano, atosigado, pareciéndole absurda la pregunta del entrevistador, «¿cómo se puede ver algo que se ha dejado de ver?», desea finalizar el interrogatorio; ya se ha arrepentido de haber comentado entre los vecinos que vio una potente luz moviéndose por el cielo. Desde luego no le pillan en otra, aunque vea un rebaño de luces.

Satisfecho con la declaración del testigo, Darío ya podía pergeñar sobre la marcha el cuerpo de su noticia: Un vecino de Arrapalejo dice haber visto anoche un ovni esférico, metálico, con ventanas, que emitía una potente luz, y que cruzó el cielo de Este a Oeste. Sólo falta adornarla.

El caso de mayor interés que ha cubierto Darío es el de un hombre que vive en el pequeño pueblo Deruelos de la Sierra. Según su narración, recientemente avistó un ovni que llegó a posarse en el suelo unos segundos y luego se elevó con inusitada rapidez hasta desaparecer bruscamente.

—¿Cómo apareció el ovni? ¿Dónde estaba usted?

—Estaba sentado a la puerta de mi casa. Y de pronto apareció una luz muy grande y muy fuerte allí, en la era. Fue descendiendo lentamente. Me levanté y me acerqué con cuidado hasta las afueras del pueblo. Después vi que la luz se apoyaba en el suelo.

—¿No sintió miedo?

—¡Claro que sentí miedo! No había visto nada igual nunca. Pero tenía curiosidad.

—¿Puede dibujar el ovni?

El hombre tira el cigarrillo al suelo, y coge el bolígrafo y la libreta que le ofrece el periodista.

—Sí. No dibujo bien, pero más o menos era así.

Y el campesino le tiende la libreta con una figura de trazos dubitativos, similar a la que existe en el imaginario de la gente. Dándoselas de docto, no se sabe a santo de qué, Darío comenta:

—Su dibujo parece representar dos superficies troncocónicas de reducida altura, unidas por las bases de mayor diámetro.

—Si usted lo dice. Lo de arriba y lo de abajo parecían dos platos soperos —comenta el hombre, abortando el movimiento, a un lado y otro de la boca, del palillo surgido después del cigarro.

—¿Tenía cristales, puertas, era lisa su superficie o tenía quizá molduras? —inquiere el periodista. Necesita más, la información recabada hasta el momento no es bastante para desarrollar un artículo que suponga un aceptable impacto.

—Cuando bajó algo la luz vi una gran ventana en la parte de abajo —responde el campesino, que no necesita un gran estímulo para dejar correr su imaginación.

—Disminuyó la intensidad de la luz, y entonces dice que pudo ver un gran ventanal en la zona inferior. ¿Estaba oscuro o iluminado?

—Oscuro.

—Pero quizá, aun teniendo luz, le pareció oscuro por estar muy iluminado el resto de la nave. En cualquier caso, si vio el ventanal también vería alguna figura detrás de él.

—No, no vi ninguna figura. Yo estaba bastante lejos —no acaba de decirlo cuando se arrepiente de una afirmación tan tajante, que puede impedirle alargar la historia.

—Pero, vamos a ver, los ventanales se supone que son para observar el exterior, para que mire alguien ¿no es así? Sería una cabina, alguien debía de estar dentro, ¿cómo es que no lo vio? Seguro que algo vio y no lo recuerda por la impresión. Haga memoria. Quizá una sombra, un contorno más negro que el resto de la ventana, o más claro. Esto es fundamental —presiona Darío; tiene que obtener algo más.

—Sí, es posible que hubiera una sombra alargada —menos mal que el periodista le ha dado la posibilidad de desdecirse, al insistir, y puede así dar mayor interés a su experiencia, «sí, pensándolo bien, es posible que algo viera» trata de auto convencerse el testigo.

—¿En la cabina? ¿Vio sus rasgos? ¿A qué se parecía?

—No, no le vi la cara, todo estaba oscuro. Y lejos.

—¿Le vio los ojos? ¿Tenía ojos? Tendría que tener ojos si miraba por el ventanal ¿no?

—Yo no vi ningún ojo; estaba lejos —decir otra cosa ya le parece

excederse demasiado, piensa el paisano.

Y Darío marcha bastante satisfecho con la declaración del testigo, su dibujo y las fotografías de hierbajos quemados formando una circunferencia incompleta de unos tres metros de radio. Ya tenía noticia para el periódico, basada en un ovni de pequeño tamaño —quizá procedente de una nave nodriza— que desciende y se posa sobre el terreno, pilotado por un alienígena al que no se le ha detectado ojo alguno.

Darío no tiene dudas sobre que los ovnis son naves extraterrestres. Otra cuestión es quiénes son sus pasajeros, qué intenciones tienen para con los humanos, de dónde vienen; temas que le intrigan, que le acompañan continuamente y que, en cierto modo, constituyen una idea fija, pues dado su trabajo los alienígenas son para él casi como animales de compañía. Y claro, cuando no se ha podido elegir sino que le ha sobrevenido, uno quiere saber de qué raza es su perro y si es potencialmente agresivo. Y Darío comienza a recoger información que, por motivos diversos, lo abruma y lo enerva.

Lo cierto es que, sobre todo desde el famoso caso de Roswell, en Nuevo México —pueblo en cuyas inmediaciones cayó un supuesto ovni en 1947 y del que se dice que los estadounidenses extrajeron un extraterrestre— se disparan las descripciones, y son numerosos los trabajos taxonómicos sobre las familias de los «viajeros del espacio». Así, los sesudos «estudiosos» establecen diversas mitologías alienígenas fundadas en numerosas razas, desde decenas hasta cientos, sin contar las que parece ser están camufladas entre nosotros.

Para Darío el avistamiento de un ovni es una noticia que, además de su posible trascendencia, es de gran relevancia por su rareza. Pero a tenor de lo que lee, lo insólito es no contactar con un ovni, con un extraterrestre, pues al parecer nos visitan de continuo y se pasean entre nosotros con harta frecuencia, como unos turistas más. De ahí que los «estudiosos» puedan hacer descripciones sumamente detalladas de sus características y comportamientos. Y determinar que pese a la multiplicidad de razas, las más asiduas son pocas: unas peligrosas, como los *reptilianos* y los *grises*; otras pacíficas, como los *pleyadianos* y los *lyrianos*. Y no sólo los trabajos publicados son capaces de clasificar tantas razas, sino de

conocer su procedencia, su descripción física, sus cualidades y sus intenciones. Así, por ejemplo, está escrito:

> *Los hay altos, de 2 m, bajos, de 1 m, y medianos, de 1,5 m. Piel gris, cabeza grande en forma de pera, lampiño, ojos grandes y negros, boca sin labios, sin nariz ni orejas, brazos largos, manos con tres dedos. Son responsables de las abducciones. Muy inteligentes. Pretenden controlar a los humanos y aprovecharse de ellos mediante convenios con EEUU y otras potencias: cambian tecnología por vidas humanas y bases en sus territorios.*

¡Convenios de alienígenas con Estados Unidos y otras potencias! Todo lo que lee es absurdo, y esto último ya raya en lo demencial. Los *conspiranoicos* siempre presentes. Darío no sólo se queda desconcertado, abrumado por tanto ridículo invento, sino que se va cabreando pensando que lo toman por imbécil y le están haciendo perder el tiempo. Hasta que recapacita y se lo toma con humor, como historias fantásticas que pueden resultar divertidas si se les quita ese disfraz de veracidad con que se presentan. Y Darío toma distancia de tanto «estudio» producto de mentes calenturientas, que incluso crean grupúsculos de gente tan pirada como ellos que les permiten vivir en un mundo virtual, un imaginario que algunos quizá utilicen como vía de escape de una cotidianeidad que les resulta dura de soportar por anodina o por dificultosa.

Y en clave de humor, decide definir su propia clasificación de alienígenas, separándolos en dos grupos: *humanoides*, y éstos a su vez en *zancudos* y *cabezones*; y no *humanoides*, que incluirían a *bracilargos* o *pulposos* y *sáuridos*. Y en la única ocasión en que entrevista a un testigo que no sólo vio descender de la nave a un extraterrestre sino que le dieron (al testigo) servicio completo y fue incluso abducido, no puede evitar hacer referencia a su clasificación, aún a riesgo de malograr la noticia.

—Dice que un extraterrestre bajó de la nave y se dirigió lentamente hacia usted. ¿Cómo era?

—Era un ser de luz. Salía de él luz y serenidad.

—¿Cómo si fuera un ángel?

—Sí, como un ángel de luz.

—Pero ¿era alto, bajo, tenía aspecto humano?

—Sí, era como un hombre alto.

—Que lo llevó a la nave. Y dentro ¿había más extraterrestres?

—¿Qué aspecto tenían?

—Parecían lagartos erguidos.

—O sea, que un zancudo era el jefe de una tropa de sáuridos. ¿Sabe usted que estas dos razas son enemigos mortales?

—No, no lo sabía. A lo mejor no eran lagartos, eran bajos y con la cabeza grande, yo estaba algo atontado por la inyección que me habían puesto.

Y componiendo el rostro lo más serio que puede, el periodista resume:

—Por tanto, al ovni lo tripulaban zancudos y cabezones, con aspecto de ángel y de lagarto, respectivamente.

—¿No se estará riendo de mí?

—En absoluto; es necesario caracterizar las razas que nos visitan.

Desde entonces, Darío busca fuentes y experiencias lo más serias posibles, puede que erróneas pero —que a él le conste— nunca manipuladas, o no demasiado. Y se interesa por contrastar pareceres y opiniones. Esta actitud es la base de la metodología que utiliza cuando años después consigue emitir en RADIO 10 un pequeño programa basado en hechos enigmáticos. Su campo de trabajo se amplía a todo tipo de fenómenos extraños, incluidos, claro es, los ovnis. El programa tiene una buena aceptación, y el progresivo aumento de audiencia lo hace crecer, ampliando su horario y los medios de que dispone para realizar reportajes. Finalmente da lugar al espacio radiofónico actual *Ausencias y presencias*.

13

Una noche de insomnio de las que últimamente está soportando, tendido en la cama, Oley Castro se coloca los auriculares de la pequeña radio que siempre tiene en la mesilla para estas ocasiones. Sin ver el dial, gira la rueda que varía la frecuencia receptora buscando música relajante que le favorezca el sueño, pero en un punto capta un diálogo que le llama la atención:

—¿Y qué me dices de las caras de Bélmez de la Moraleda? Más de cuarenta años y ahí siguen —alguien comenta—. Es difícil admitir que sean un fraude.

—Desde luego es de los fenómenos más persistentes que conozco —se oye otra voz—. La aparición de distintos rostros en el suelo de cemento de la habitación-cocina de una casa de ese pueblo de Jaén se remonta a principios de los años setenta, a 1971 concretamente. El cemento de la zona en que aparecen las caras, delante del fogón, se sustituyó por otro, y los rostros surgieron de nuevo.

—Bueno, el tema es muy controvertido. No conozco al detalle todo el proceso desde su inicio. Sé que se han realizado distintos análisis del suelo en el que aparecen las imágenes, pero con resultados muy discutidos: o por la fiabilidad de las muestras o por la zona en que se extrajeron. Conozco también que, en efecto, incluso se cambió el cemento donde aparecían las caras y se precintó la casa hasta que secara, y las figuras volvieron a mostrarse —afirma una tercera voz, que después Oley asociará a un científico o, en cualquier caso, alguien bastante sensato, alejado de tanta hipótesis arriesgada.

—¿Pero tú qué opinas? —lo acucia otra de las voces.

—En primer lugar, no tengo información bastante para aceptar o excluir cualquier tipo de fraude. Pero supongamos que no lo hay. Si el fenómeno es real, lo más probable es que sean manchas de humedad generadas por algún foco de agua subterráneo, limitado y

variable, que humedece las capas superiores del terreno hasta alcanzar el suelo de la cocina, y que la pareidolia hace el resto.

—Por si algún oyente desconoce la palabra, la pareidolia es la percepción engañosa del cerebro que asocia erróneamente a estímulos poco definidos, principalmente visuales, imágenes reconocibles. Es muy común percibir figuras o caras en paredes, pavimentos, edificios, perfiles montañosos, nubes, etc. —aclara el que parece ser el moderador.

—¿La pareidolia dices? Cuando alguien ve la figura de un elefante en la forma de una nube, por ejemplo, lo frecuente es que tenga que especificar dónde está la trompa, dónde la cabeza, para que otra persona también lo vea. Eso no es lo que ocurre con las caras de las que hablamos, que cualquiera las reconoce sin ninguna explicación. Y no es una ni dos; son muchas las que han aparecido —opina la primera voz.

—Como es habitual, la ciencia excluye lo que es evidente para un parapsicólogo. Los científicos siempre utilizan el argumento del fraude, o dan una explicación que ni ellos mismos creen. Porque, a ver si nos aclaramos, ¿alguien, alguna vez, ha visto repetidamente y en un mismo lugar decenas de elefantes en las nubes, o en las manchas de baldosas o de paredes, que además cambien con el tiempo, deformándose, desapareciendo y apareciendo otras? Pues eso es lo que ocurre con las caras de Bélmez —tercia otro interlocutor, dejando escapar una breve risa nerviosa.

—Desde luego, la pareidolia, aunque es la única explicación razonable que se me ocurre excluido, repito, el fraude, lo que está por ver, reconozco que puede considerarse algo forzada. Las caras se ven bastante bien, pero no transmitamos la idea de que son fotografías. Muchas de ellas incluso son bastante borrosas. En cuanto a su permanencia tantos años, manteniéndose la causa permanecerá el efecto si no se alteran las condiciones —responde el que Castro identifica como científico. Y con un deje irónico, finaliza —: Pero, en todo caso, mi interpretación del fenómeno es mucho menos forzada y mucho más lógica que imaginar a diversos ectoplasmas afanándose en dibujar sobre el cemento de la cocina un álbum familiar, como algunos sugieren.

Oley se levanta de la cama, toma papel y rotulador y queda a la espera de oír el nombre del programa y en qué día de la semana y

franja horaria se emite. Y así conoce que el diálogo anterior se ha desarrollado en el espacio radiofónico dedicado a fenómenos insólitos *Ausencias y presencias*, de *RADIO 10*. Como supone que ahí puede buscar la solución al problema del piso, a la semana siguiente vuelve a sintonizar el programa para recabar más datos. Darío Vildas es su director, y de acuerdo a como se conduce da la impresión de no ser sectario, de admitir la controversia, de tener una mente abierta a supuestos hechos anormales, así como también a aceptar su negación. En esta nueva audición, que también le resulta interesante, interviene en el programa Selmo Lagarda, que efectivamente es científico como supuso al escucharlo la semana anterior, al que acompañan dos parapsicólogos.

—Las supuestas apariciones siempre las asumís como ciertas, cuando lo más probable es que sean simplemente construcciones mentales —comenta Selmo Lagarda.

—Sí, para ti todo es imaginario. Ninguno de los numeroso hechos probados científicamente los admite la ciencia oficial —le responde el contertulio Ribio de los Descalzos Gómez-Delieri, que ejerce de Máster en Parapsicología, título avalado por la Universidad de Turín según figura en su tarjeta de visita.

—¿Probados científicamente? No sé qué entiendes por científicamente. Todavía no hay ningún suceso que llamáis paranormal que se haya estudiado en condiciones controladas y reproducibles, esto es, científicamente —rebate Lagarda.

—Lo que ocurre es que como la ciencia oficial no es capaz de explicar tales fenómenos, prefiere ignorarlos por incómodos —afirma Zenón Beniel, parapsicólogo y ufólogo, director de la revista semestral *Nuestra Nueva Realidad (NUR)*.

—La ciencia nunca se aleja de hechos probados o probables, sino que continuamente se propone nuevos retos. No huye de aquello cuya explicación desconoce, sino todo lo contrario, trata de desentrañar su misterio. Ahí tenéis, por ejemplo, la materia oscura, de la que no se sabe qué la conforma, o en otro sentido el bosón de Higgs —llamado la «partícula de Dios»—, que se está tratando de identificar, y no por eso los ignora —arguye el científico.

—Lo que sí es cierto es que en este mundo de los fenómenos paranormales hay mucho engaño, mucho fraude, mucho vividor que saca partido de la ignorancia de la gente. Y por ello sufre un cierto

descrédito y aleja el posible interés de los científicos. Y además, cuando se han realizado pruebas más controladas, como de telepatía o telequinesia, en ciertos casos se han desvirtuado los resultados, dando como hechos probados lo que son más bien sesgos estadísticos —señala Darío.

El diálogo sigue, con dos posturas claramente diferenciadas: la del científico y la de los expertos en fenómenos paranormales, con el arbitraje algo escorado del director del programa.

—La prueba está en que nadie todavía ha conseguido el premio de un millón de dólares de la Fundación Randi. Premio que, como es bien conocido, se entregará a quien demuestre poseer capacidades paranormales en condiciones científicamente controladas —remata el científico.

—Aquellos que poseen capacidades fuera de lo normal no las controlan, su manifestación escapa a su voluntad, depende de otras fuerzas, del ambiente, de lo sucedido en el entorno, de su propio estado mental y anímico; de ahí la imposibilidad de establecer controles para su estudio —replica Zenón.

—Es que son tantos y distintos los tipos de fenómenos paranormales que cómo se va a establecer un control de las condiciones para que se produzca su manifestación. El desdoblamiento del cuerpo astral, el *poltergeist*, las apariciones, etc. se producen espontánea y aleatoriamente, ¿cómo se van a controlar? —señala Ribio de los Descalzos.

—El desdoblamiento del cuerpo astral, es decir, el que uno vea su cuerpo desplazado de su «yo» no creo que sea un fenómeno paranormal —comenta Lagarda—. Parece ser que es posible conseguirlo en condiciones adecuadas, cuando se evita estimular los sentidos, pues es en sí una alucinación. Por hablar de un científico, el físico americano Richard Feynman comentaba que tuvo numerosas experiencias extracorpóreas. Se introducía en lo que llama un tanque de aislamiento de estímulos sensoriales: ni luz ni sonido, quieto y flotando en agua. En alucinaciones que él mismo forzaba de esta manera, fue capaz de llevar su «yo» cada vez más lejos de su cuerpo, incluso salir de la habitación en que se encontraba y acceder a otros lugares.

—Controles se pueden realizar, y son habituales en psicofonías y en vídeos de aparecidos. Se suele ser muy escrupuloso con las

condiciones de grabación, al menos cuando el material se utiliza en investigaciones serias —aclara el periodista.

—Yo no dudo que las psicofonías sean grabaciones realizadas en forma controlada, aunque nunca serán como las que se realizarían en un laboratorio. En cualquier caso, lo que hay que poner en cuestión es la interpretación que se da a los ruidos que se oyen en la cinta —opina Selmo Lagarda—, porque para mí se trata también de pareidolias, en este caso sonoras. No hay una psicofonía nítida, lo que propicia que según sea el oyente se identifiquen palabras distintas. Si hay entes de otro mundo que son capaces de grabar su voz ¿por qué no se esmeran un poco y tratan de que se les entienda? Es un sinsentido —ironiza.

—Para definir mejor las palabras en las psicofonías, y así evitar interpretaciones diferentes, ya se están utilizando programas informáticos que discriminan sonidos —informa Darío.

—Sí, pero tú sabes tan bien como yo que el uso de estos programas introduce aún más ambigüedad en la interpretación, y así por ejemplo, lo que al escuchar parecía ser una «a», con el ordenador resulta ser «a» un 60 por ciento, y «o» un 40 por ciento; y lo mismo —asociando porcentajes— a las otras letras de la supuesta palabra. Con ello ¿qué palabra resulta?

—¿Y qué me dices de las apariciones? ¿La manifestación de otras entidades, de espíritus, del «yo» residual que queda después de la muerte? Se tienen noticias de tales fenómenos desde la más remota antigüedad. ¿También son alucinaciones? ¿Cómo puede haber tanta gente, en todos los lugares del mundo, durante todo el tiempo desde la aparición del hombre, que esté equivocada? —pregunta al científico Ribio de los Descalzos, que comienza a excitarse y eleva el tono de voz.

La discusión, que sigue Oley Castro con enorme atención, gira al tema que mayor interés le suscita; no llama a Nola para no perderse la contestación.

—Dime, ¿qué sentido tienen las apariciones? ¿Qué buscan? Si son almas en pena castigadas a vagar por su mala conducta, el mundo debería ser un pandemónium de millones, de cientos de millones de espíritus vagando por todos los rincones del planeta. Y sólo son unos pocos. ¿Y esa es su expiación? Nada de eternidades; unos años danzando por lugares determinados, asustando a la gente

de vez en cuando como diversión, y ¡hala! le devuelven el pasaporte para que viaje al destino final —caricaturiza el científico—. Si, por el contrario, vienen a contactar con sus seres queridos ¿por qué tan pocos lo hacen? ¿Y para qué? ¿Para decir que están bien allí donde están, sin que ninguno sea capaz de describir mínimamente tal lugar o en qué circunstancia se encuentra? Ni siquiera actualmente, cuando se les pone un micrófono en la boca son capaces de decir algo coherente, que tenga un objetivo claro. ¿De qué sirve tanto esfuerzo para contactar con nuestro mundo si a lo más que llegan, concediendo que nos hablan —que no es mi caso—, es a proferir gritos o una o dos palabras entrecortadas? ¿Han dado alguna vez claves de cuál es su situación, su estado, su vinculación con este u otro mundo, su razón de ser? Si aparecen ¿para qué aparecen? Tendría que existir una finalidad.

—Puede que nosotros interfiramos con su plano existencial; no que ellos quieran contactarnos —sentencia Zenón Beniel.

—Que no sepamos el porqué no anula su existencia real. Lo que resulta claro es que los científicos siguen cerrados a otras realidades que se dan en diferentes planos del conocimiento. Para ellos la única realidad es la cotidiana; no admiten otra posibilidad —pontifica Ribio de los Descalzos, al que se le nota cómo se escucha así mismo.

—¿Otras realidades? Lo real es lo que existe, lo verificable. Otra cosa es que la realidad sea más compleja de lo que se supone. Y para abordarla la ciencia no se cierra sino que plantea hipótesis de trabajo como, por ejemplo, la posibilidad teórica de otros universos, o los agujeros de gusano. Las otras realidades que dices más bien habría que llamarlas otras fantasías —responde el interpelado, dirigiéndose al Máster en Parapsicología.

14

Lo que escucha Castro en el programa *Ausencias y presencias* le afianza en la idea de que su director es la persona adecuada a quien exponer el problema del piso de Madrid. Tampoco en este momento tiene otra opción. De modo que envía a Darío Vildas un correo electrónico describiendo la situación: desde el asesinato de su tía hasta lo que sucede en su piso según Higinio Ríguez. A raíz del correo se citan para hablar personalmente.

Sentados a una mesa, junto a la cristalera de la cafetería en la que han acordado entrevistarse, los dos hombres, próximos a la cuarentena aunque el menor, Castro, es cuatro años más joven, ambos con aspecto saludable y rasgos anónimos, después de atender a la camarera abordan el tema que les ha conducido hasta allí.

—El vecino dice oír voces, según me comentaste.

—Gemidos o llanto sordo, más bien.

—¿Sólo los oye este vecino?

—Sí. La empleada de la agencia inmobiliaria encargada de la venta del piso ha preguntado a los vecinos de la planta que se sitúa por debajo, y dicen no haber oído nada. Hay que tener en cuenta que se trata de un edificio estrecho de ocho plantas, y en cada una sólo hay dos viviendas. El piso en cuestión está en la última. Vecinos de pared por medio sólo hay uno.

—Y dices que durante la noche que estuviste en el piso ni oíste ni grabaste nada, ni un llanto, ni un suspiro. Ni tu amigo tampoco.

—Así es; como esperaba. Ríguez, el vecino, dice que la aparición de los gemidos es muy irregular; las noches en que se producen no siguen ninguna pauta. Y eso encaja bien con que los llantos sean ruidos generados en la propia casa por el viento o las cañerías, crujidos de la estructura o de las ventanas, no sé.

Darío toma un sorbo de café, y piensa que se encuentra ante un escéptico que parece que ya tiene la solución a su problema.

—¿Oíste tú algún ruido de los que dices cuando estuviste en el piso?

—No, la verdad. Pero es lo lógico que sea así, los ruidos pueden ser muy aleatorios —contesta Oley, acercando la taza con infusión a sus labios.

—¿No contemplas la posibilidad de que pueda existir otro tipo de explicación para lo que dice el vecino?

Oley mira a Darío fijamente a los ojos. No está dispuesto a admitir explicaciones de ultratumba, aunque eso no es lo importante.

—No se me ocurre una alternativa. Aunque pueda existir. Pero no que el espíritu de mi tía venga de vez en cuando a dar la tabarra a Ríguez con sus quejidos.

«Pocas opciones me quedan», piensa el periodista. «Parece que Castro sólo va a dar por buenas respuestas compatibles con su rígido esquema. Si ese es su planteamiento, debería solicitar informes emitidos por técnicos que investiguen el lenguaje de las tuberías; no acudir a mí».

—Entonces, no sé cómo puedo ayudarte. Si finalmente mi equipo te da una explicación distinta a la que esperas, no la vas a aceptar ¿no?

—Aclaremos las cosas. Lo importante no es que yo la acepte o deje de aceptarla —responde inquieto ante la posibilidad de que la vía que está explorando también se le cierre—. Lo que busco es que Ríguez se convenza de que oye ruidos sin más, o que lo engaña su imaginación. Cuando alguien que él considere experto en esa otra realidad que sugieres le diga que allí no hay ningún fantasma dejará de dar la monserga con los llantos. Para eso necesito que me recomiendes una persona seria, con experiencia en casos parecidos que supongo habrá, dispuesta a permanecer varias noches en la vivienda si es necesario, y a comunicarle al vecino sus conclusiones.

El periodista apura su café mientras repasa mentalmente la breve lista de posibles candidatos.

—¿Y si el experto considera que sí hay un fantasma?

—En ese caso lo que debería hacer es eliminarlo por el procedimiento que considere más oportuno. De un tiro o por envenenamiento —ríe—. Naturalmente me hago cargo de los costes que todo ello pueda suponer.

—Bien. El hombre que te interesa es Víctor Deper. Es un joven sensitivo, sensato y serio, que conozco desde hace algún tiempo, y con el que hemos trabajado en varios casos de apariciones. Aunque desconozco su capacidad depredadora de fantasmas —continúa la broma—. Si quieres me pongo en contacto con él y le expongo tu caso.

A Castro se le ilumina la cara. Parece que el periodista puede encauzar la resolución del problema. El viaje le ha merecido la pena.

—Perfecto. Dejo el asunto en tus manos. Es importante que el vecino sepa de la presencia en la vivienda y de las conclusiones del sensitivo. Aquí tienes las llaves del piso. Y mantenme informado.

—Por supuesto. Pero antes una condición: debes aceptar que tu historia y todo lo que se desarrolle a partir de ahora relacionado con ella, grabaciones de todo tipo, entrevistas, todo el material a que dé lugar, pueda ser utilizado en mi programa *Ausencias y presencias*.

—No hay problema alguno, siempre que no deis nombres ni la dirección de la vivienda.

Poco después, los dos hombres salen a la calle, se despiden y se reafirman en mantener la comunicación para comentar cuantas novedades se vayan produciendo en el tema que les ocupa.

De vuelta a la emisora *RADIO 10*, el periodista revisa el índice de asuntos incluidos en la próxima audición de *Ausencias y presencias*. Antes de la entrevista con Castro le preocupaba el contenido de sus siguientes programas. Últimamente, las discusiones entre distintos expertos en fenómenos extraños y alguno de los pocos científicos que se atreven a ir a este tipo de encuentros —en general no los consideran serios, y temen por su reputación si asisten— están rellenando el tiempo central de *Ausencias y presencias*. Bien es cierto que el coloquio es seguido con mucho interés por los oyentes, pero necesita introducir algo nuevo, actual, algún fenómeno reciente e interesante que elimine la necesidad de acudir a temas repetidos o de poco tirón. Por ello, el caso del extraño llanto que se oye en una vivienda de la capital y la petición de asesoramiento por parte de su propietario los recibe el periodista con talante muy positivo. Le parece que la historia de Silia Olivares,

tan reciente, y su investigación in situ pueden ser elementos vitalizadores de la audiencia del programa. Y sin duda, Víctor Deper parece la persona idónea para indagar y determinar qué hay de cierto en los gemidos de la mujer asesinada.

Todavía el periodista recuerda al Víctor inexperto, cuando se ponía nervioso ante la presencia de entes que sólo él era capaz de percibir y que describía entrecortadamente. Con el tiempo y la experiencia ha conseguido controlar sus nervios, y con tranquilidad se enfrenta a esas entidades que no siempre parecen pacíficas. Serio y cabal por lo demás, parece el mejor candidato para llevar el peso del tema de Silia Olivares. Aparte, su trabajo como comercial de un laboratorio farmacéutico le permite disponer de un horario flexible, lo que puede resultar útil para la investigación del caso.

A qué esperar más. Darío coge el teléfono y llama a Víctor. Le expresa su interés para que visite un piso, allí, en Madrid. Lo acompañará Maco, el técnico, que llevará las llaves y un equipo de grabación. Como en situaciones análogas, no le da ningún tipo de información sobre lo que ha sucedido en la vivienda; no quiere que tenga ninguna influencia previa.

15

Al llegar la noche, Víctor y Maco se dirigen al piso heredado por Oley Castro. El sensitivo acude con la intención de permanecer el tiempo que sea preciso para poder dar una respuesta convincente a la presencia allí (o no) de seres ajenos a este mundo; sin embargo no será larga la sesión, no va a necesitar muchos minutos para conseguir su propósito.

Como otros sensitivos, casi siempre elige horas nocturnas en sus sesiones de captación —como él llama propiciar la manifestación de entes que parecen estar al otro lado de la muerte— no porque la oscuridad sea mágica o tenebrosa como alguien pudiera creer, sino por un aspecto mucho más prosaico: en las horas nocturnas se reducen en gran proporción los ruidos exteriores, se aproxima el entorno al silencio, se atenúan o se sumergen las luces en las sombras, en definitiva, se minimizan los estímulos externos y ello le facilita la alerta de los sentidos y la concentración psíquica necesaria para captar fenómenos de otra dimensión, lo que habitualmente se designa como percepción extra sensorial. Acude descansado, ha realizado ejercicios de relajación y de control mental, y se encuentra con ánimo positivo para afrontar la sesión. Es decir, hoy también ha cumplimentado las pautas habituales que sigue en estos casos, como si todo fuera a ser normal dentro de la anormalidad de un posible encuentro, aunque en realidad no será así para él.

Maco Darte es un joven becario que colabora con Darío en la realización de reportajes para el programa radiofónico. Algo nervioso, ha aprendido a ser paciente —virtud muy útil para las largas horas que alguna vez ha debido soportar a la espera de algún accidente insólito que sirva de base para un trabajo, aunque en ciertos casos (cuando ha sido posible) ha optado por dejar funcionando los equipos de grabación para recogerlos más tarde—.

Darío confía en su pericia, y le ha encomendado el desarrollo técnico de la sesión; lleva el todoterreno cargado de grabadoras, micrófonos, cámara de vídeo, magnetómetro, trípode, etc., que pretende colocar en diversas localizaciones de la vivienda.

Inaugurado ya el otoño y después de varios días lluviosos, esa noche la temperatura en la calle es fresca pero todavía agradable, en contraste con el aliento frío y húmedo que envuelve a los visitantes al abrir la puerta de la vivienda y atravesar el umbral. Maco, todavía tierno en estas lides, no puede evitar un estremecimiento, más que por el frío en sí por el presentimiento —que trata de alejar— de que su causa no es tanto que el piso lleve meses cerrado cuanto al rastro que supone dejan a su paso entes de cementerio. Parado, mira fijamente el pasillo que se desarrolla delante de él iluminado por la linterna, no está claro si con esperanza o con temor de ver aparecer algún fantasma, dilema que siempre le surge entre su actividad laboral y su deseo de salir corriendo, si bien en honor a la verdad hay que señalar que este último lo va reduciendo poco a poco. Reacciona a la voz de Víctor que lo reclama desde una amplia habitación con terraza situada a su izquierda; allí deposita parte del aparataje que transporta. Continúan por el pasillo hasta localizar y acceder al dormitorio, lugar del asesinato. El becario sube la persiana del balcón casi como un gesto instintivo, quizá con el deseo de mitigar la atmósfera agobiante de la casa —que le apelmaza los pulmones y le acelera el aliento— con la visión de la realidad cotidiana que puede contemplarse más allá de los cristales que asoman a la calle, estrecha y encajonada por altos edificios. A través del vidrio entra un débil resplandor que basta para definir el vano que rompe la pared exterior, pero insuficiente para hacer distinguible el resto de la habitación, más grande de lo que se acostumbra para dormitorio, debido a la incorporación al mismo de un habitáculo anexo realizada sobre plano por los primeros propietarios. Maco se dispone a colocar la cámara de vídeo sobre el trípode, cuando el sensitivo parece que comienza a sentir una presencia anómala.

—¡Quieto! Apaga la linterna —le conmina quedamente, como si elevar la voz pudiera ahuyentar a lo que allí estuviera, al tiempo que levanta la mano para indicar a su compañero que cese en su actividad y guarde silencio.

Maco, al otro lado de la habitación, ciega su linterna para no deslumbrar y queda quieto —más por el miedo que se le acrecienta que por obedecer la orden— esperando que aparezca algo terrorífico procedente del inframundo. Víctor se encuentra en la penumbra que genera su propio foco de luz, lo que impide al becario observar con claridad cómo a aquel se le altera el rostro: la expresión es de asombro en un primer momento; de pavor a continuación, adquiriendo su piel una lividez de muerte al tiempo que múltiples y pequeñas gotas de sudor le salpican la frente. Minutos más tarde Maco oye que pregunta, que se dirige a alguien, pero ¿a quién interroga? Y le invade un incontrolable temblor en las piernas a pesar de no ver lo que su compañero parece ver.

Víctor observa cómo delante de él, algo alejado, el aire se adensa en tenues pinceladas grises y pardas que se van intensificando lentamente; con distintos tonos van definiendo trazos, rasgos, sombras —como cuando al positivar una instantánea en blanco y negro empieza a brotar la imagen en el papel fotográfico cubierto de líquido revelador— que finalmente configuran una cabeza, enfrentada a él, con largo cabello emplastado en las sienes a causa de lo que tiene apariencia de sangre seca. Víctor sufre una sacudida de horror al ver el rostro: es un amasijo de carne en el que apenas se distinguen los ojos y la boca, una cara deformada, tumefacta. El cuello hundido. Una cabeza repelente, inmóvil.

La sorpresa y la inquietud son compañeras habituales del sensitivo cuando en sus sesiones se manifiestan entes cuya naturaleza en realidad desconoce (pero que atribuye a personas fallecidas, como la mayoría del colectivo dedicado a tales temas), y esta vez esas sensaciones no iban a faltar, sólo que en tal grado de intensidad, desconocido hasta el momento, que esos conceptos no se ajustan realmente al estado de ánimo en que se encuentra. De hecho, más que sorpresa, lo que sufre es un sobresalto con la espeluznante y repulsiva aparición de la cabeza, que no sólo muestra un rostro disforme sino que al no continuarse en «cuerpo» alguno sugiere la decapitación de una mujer. Y la frecuente inquietud que suele experimentar es ahora un franco temor indefinido, el miedo ancestral al inframundo, que de algún modo lo paraliza y que se esfuerza en superar. Necesita algunos minutos

para paulatinamente serenarse y afrontar con ánimo la presencia de la cabeza espectral. Con tal propósito lo primero es soportar su visión, habituarse de algún modo a lo que debiera ser el rostro —los ojos han perdido su identidad hundidos entre las cejas y los pómulos hinchados, la nariz aplastada, y el labio superior desgarrado mostrando los incisivos superiores en un gesto agresivo— lo que parcialmente consigue favorecido por la ligera densidad de la aparición que incluso le permite ubicar el balcón a su través y focalizarlo, al tiempo que desenfoca la cara cuando se le hace insoportable la terrible imagen; de este modo evita desviar la mirada y permanece alerta. Según se adapta a la situación actual, atenuada en parte la impresión que le produce tan pavorosa figura, con gran dificultad consigue articular algunas palabras:

—¿Quién eres? —inquiere, sin obtener respuesta. E insiste—: ¿Qué quieres?

Según observa la horrorosa faz, aguardando percibir un sonido o un movimiento que no se producen, como un mecanismo de protección, de bloqueo, de respuesta a la tensión que soporta, toma distancia de la escena y se formula la pregunta tantas veces repetida. No sobre la naturaleza de los espectros, de hecho admite que puedan asociarse a un resto material o energético (sin que tales palabras correspondan necesariamente a conceptos científicos) que de sí mismos desprenden los fallecidos y que se extingue lentamente; como si cada persona estuviera llena de tal sustancia, relleno individual que mantiene la forma del contenedor, que se libera con la muerte y termina por agotarse. No obstante, tal característica no parece poseerla el mundo animal en general, al menos no se manifiesta, y entonces uno se plantea por qué esa diferencia con el hombre si pertenecen al mismo mundo, qué de notable lo hace tan distinto si es sólo una línea de evolución más; de modo que si no se acude al ámbito teológico la respuesta aboca al desarrollo cerebral. Pero la pregunta recurrente —que siempre le surge en cada aparición— no es qué son, sino por qué o para qué: la razón por la cual se muestran a los vivos aquellos muertos que lo hacen, pues es evidente que la mayoría no tiene tal comportamiento; cuestión para la que no conoce respuesta, a no ser que se busque en la intervención divina —el vagar de almas en conflicto: castigo o penitencia—, o en razonamientos esotéricos que

no son más que pedestres sucedáneos religiosos, de andar por casa, explicaciones que a la postre no explican nada.

Y en tales elucubraciones se encuentra cuando es consciente de que la aparición actual tiene algo distinto al resto de sus captaciones. En un principio no lo concreta; algún aspecto no es usual, pero no consigue identificarlo. ¿Qué es lo diferente? No es en sí la cara destrozada de la mujer, tan tenebrosa. No es la circunstancia de la muerte violenta que sin duda ha sufrido. Es otra sensación. Algo visual. Sí, claro, eso es: los aparecidos siempre muestran contornos y rasgos difusos; ahora no ocurre así: el espectro que está viendo, muy ligero, se muestra con inusual nitidez, lo que hace más difícil soportar la visión de su rostro. Nunca le ha ocurrido algo semejante. Nunca se han mostrado con tan intensa definición. Absorto en estas cavilaciones transcurre el tiempo sin apenas darse cuenta, cuando observa cómo la aparición se disuelve rápidamente en el aire. Es entonces cuando mira a Maco, que permanece quieto, expectante, interrogándolo con la mirada.

—¿A quién hablabas? ¿Has sentido algo?

—Sí. He visto una cabeza, que me parece de mujer.

—¿Has dejado ya de verla? ¿Cómo era? —inquiere impaciente el asustado Maco, que conoce lo sucedido a Silia Olivares. Y se asombra por los detalles que señala Víctor en su respuesta, sabedor de su ignorancia sobre los hechos acaecidos en aquella vivienda, o eso cree a raíz de las advertencias de silencio que le hizo Darío. Da unos pasos, se acerca al sensitivo y lo interroga de nuevo—: ¿Ha contestado a tus preguntas? ¿Lloraba?

—No, no ha respondido. Ningún sonido, ni palabras ni llanto —contesta el sensitivo, que sigue impresionado por la dura visión. Tras una pausa continúa—. No, ya no está. Vámonos. Hemos terminado.

—Pero no he grabado nada. Ni siquiera he encendido el magnetómetro. Bueno, voy a dejar el vídeo en marcha por si vuelve.

—Hoy aquí ya no vas a obtener nada. Siento que el piso se ha «vaciado». Y creo que ha llegado el momento de que me digas quién era la mujer que he visto y qué le pasó.

—No puedo. No debo decirte nada, ni antes ni después de tu visita. Será Darío quien te informe de todo —contesta el becario,

mientras baja la persiana del balcón. Y piensa: «Parece que estoy en lo cierto, que efectivamente desconoce la historia».

El joven técnico recoge los equipos de sonido e imagen que llevaba y que no ha utilizado, y salen del piso. Pero a Víctor le está rondando una idea, y cuando se van a despedir le pide las llaves de la vivienda.

—¿Quieres volver?

—Quiero regresar mañana a repetir la experiencia.

El becario se queda dudando. «En vez de dejarle las llaves, mejor será que lo acompañe.»

—Bien. Pues quedamos igual que hoy.

—Verás. Necesito estar solo, aislarme, concentrarme en la aparición con toda la intensidad de que sea capaz — le explica el sensitivo, que ha quedado tan desconcertado que ya empieza a cuestionarla, no tanto la visión en sí, sino el hecho de percibirla con una nitidez desacostumbrada. Sí, ha estado muy intranquilo, temeroso, más que otras veces si se excluyen aquellas primeras en la Mansión de los Robles; el rostro destrozado le ha causado gran impresión. Y puede que él mismo haya influido en potenciar la imagen por así decirlo, con su estado de excitación, dando lugar a que se le muestre de esa manera, tan real, tan consistente, tan definida a pesar de su levedad. De ser el caso, resulta preocupante por lo que significa de interferir en la aparición, de contaminarla de subjetividad. Resolver la duda sólo tiene un camino. Y piensa pero no dice: «No estoy bien seguro de lo que ha pasado. Debo descansar y repetir la experiencia mañana. Comprobar si todo se desarrolla igual; y observarme a mí mismo, tratar de determinar si yo influyo en lo que percibo, aunque ignoro cómo sería posible.»

—Desconocía que te molestara mi presencia. ¿Sabes lo que vamos a hacer? Mañana te recojo como hoy, venimos hasta aquí, dejo en marcha una cámara de vídeo y unas grabadoras, y me voy, te dejo las llaves y te dejo solo. Retiraré los aparatos a primera hora. Darío tiene otra llave —propone, molesto, Maco.

A la noche siguiente vuelven al piso. Víctor no puede imaginar que cuando entre en el dormitorio alcanzará una nueva dimensión de sí mismo, que va a descubrirse un mayor nivel sensorial, a ser consciente de la evolución de su capacidad de percepción; en

definitiva, a sufrir una nueva conmoción como cuando se introdujo en aquella casona hace ya casi tres lustros, momento en que su mente se abrió a una vivencia paralela y vislumbró el mundo del otro lado, el espacio de la muerte. Ahora, a partir del instante en que acceda a la habitación, va a enfrentarse a una nueva realidad, a una zona inaccesible y desconocida, a un paisaje críptico e ignorado del mundo común, cotidiano, habitual, que únicamente él va a ser capaz de alcanzar.

Tras abandonar el becario la vivienda —una vez que ha puesto en marcha algunos aparatos que trae consigo— Victor entra en el dormitorio. No sube la persiana del balcón. Al poco de estar allí se repiten las sensaciones y comienza a tomar definición la cabeza de mujer con la cara destrozada. Todo vuelve a ser igual. La forma, aunque lábil, diáfana, es de una extraordinaria nitidez, como nunca se ha dado en sus otras sesiones de captación y tampoco en los casos similares que conoce. Se encuentra más tranquilo que en la pasada noche. Y trata de escudriñar su mente, intenta discernir si él inadvertidamente, sin pretenderlo, contribuye a la alta definición del rostro. Cierra y abre los ojos, apaga y enciende la linterna que da luz al dormitorio, procura abstraerse, pensar en algo distinto, intenta convencerse de que la aparición es ilusoria, irreal; mas nada cambia, allí sigue, inmutable. Tan inmutable que incluso no se modifica la visión aunque cambie de dirección el foco de luz.

El ejercicio de introspección que realiza le genera una gran agitación mental. Y ese análisis interno, con enorme asombro le lleva a ser consciente del cambio que se está produciendo o ya se ha producido en él mismo, algo extrañamente distinto a lo que ha experimentado en todos los años en que se ha enfrentado a estas manifestaciones oscuras: siente una especie de mutación de la percepción, una alteración en la que sus sentidos son más penetrantes, detectan con mayor intensidad, son capaces de alcanzar allí donde antes no lo conseguían; como si su mente se estuviera abriendo a un nivel superior capaz de discernir más, profundizar más, no por ser más inteligente sino a causa de una superior sensibilidad. Curiosamente, si bien se encuentra sorprendido hasta el aturdimiento de la transición sobrevenida, a la vez no guarda dudas sobre el fortalecimiento de su capacidad perceptiva, de la ampliación de sus límites sensitivos, a pesar de no

haberse producido ningún hecho o acción concreta que lo confirme. O quizá sí, y a su desarrollo psíquico quepa atribuir la nitidez que observa en la cabeza espectral. En cualquier caso, el cambio se acredita con lo que sucede poco tiempo después.

Víctor se encuentra sumido en un gran desconcierto, sujeto a la vez a un intenso estímulo externo y a una sorprendente alteración interna. Pero su turbación no acaba ahí. Súbitamente advierte un cambio en la figura que está captando en la habitación, un cambio no en la percepción en sí sino en cómo la procesa: en vez de considerarla como un ente ajeno a él —como siempre le ha ocurrido con sus apariciones— ahora es distinto, ¡la siente a él ligada, como dependiente, como si fuera él mismo quien la genera! Percibe la cabeza espectral en el espacio externo, pero «sabe» que en el mismo no hay nada realmente; la ubica allí, delante del balcón, sí, pero «conoce» la vinculación de la aparición con su cerebro, la siente como una proyección que su mente realiza.

Su cerebro está enormemente acelerado; la sucesión de pensamientos es vertiginosa a la par que los segundos se ralentizan. Es la primera vez que se encuentra en una situación semejante pero, ¿se trata de una anomalía del caso actual o es que anteriormente no era capaz de detectar tal circunstancia? Ahora que ha aumentado su capacidad perceptiva está seguro de ser él quien produce la visión. ¿Pero es él mismo quien concibe el espectro? Si así es ¿por qué esa cabeza? ¿Qué tiene que ver él con tan repelente figura?

No, ahora se da cuenta, ¡él no genera la aparición, no la recrea en su mente, no la domina, es incapaz de rechazarla por más que lo intente! ¡Él no es el origen de la aparición, se la imponen! Se encuentra sometido, se la implantan en el cerebro a su pesar. Ahora es capaz de percatarse del engaño; antes no podía. Un trampantojo. Al llegar a esta conclusión intenta rebelarse, borrar la cabeza espectral de su mente, pero ahí sigue, igual, fija en el cerebro pero viéndola proyectada fuera, como antes, en el espacio físico.

Una impresión enormemente perturbadora. Sumamente excitado e inquieto, se ve sumergido en un torbellino de estímulos no deseados, en un cúmulo de sensaciones negativas que le desconciertan y atemorizan. Tiene ya una cierta experiencia en contactar de algún modo con presencias espectrales, de involucrarse en fenómenos extraños, pero ahora está viviendo algo totalmente

distinto que le angustia: una alarmante evolución psíquica que se traduce en una percepción diferente de las apariciones de seres del inframundo. Y mientras su cuerpo se enerva, se tensa, su angustiada mente es una maraña de interrogantes, de dudas, que le llevan a cuestionar supuestos comúnmente admitidos. «¿Es esto un espectro, lo que percibo es la aparición de un difunto? Y resulta que no es real. Es una construcción mental mía, aunque ajena a mi voluntad. Impuesta, inducida en mi cerebro. ¿Qué ente la genera? ¿La mujer decapitada? ¿Es este su modo de interacción con los vivos, manipular la mente para dar apariencia de forma material, de presencia física? ¿Son pues los fantasmas simplemente ilusiones, engaños ideados por no se sabe quién? No, no parece muy lógico, pero ¿qué lo es en este submundo? De detectar presencias espectrales ¿hay que pasar, ahora, a detectar quién las genera?; es absurdo. ¿No me estaré engañando a mí mismo? ¿No será todo una desviación, una burla de los sentidos?»

Y es entonces cuando realmente percibe la *presencia*. No es la cabeza espectral. La *presencia* es otra. Y un intenso estremecimiento se desliza por su espalda pellizcándole los músculos ateridos de miedo.

16

Horas después, ya de mañana, el periodista recibe de Víctor el siguiente mensaje, en el que no se decide a informarle de todo lo que le ha sucedido en las sesiones de captación realizadas en la vivienda; oculta aquello de lo que él mismo duda y necesita confirmar.

Ya te habrá comentado Maco el resultado de mi primera visita al piso de Castro. Al entrar en el dormitorio pude sentir una presencia. Después vi cómo se materializaba la cabeza de una mujer. Tenía el cabello largo. El rostro destrozado. Impresionante. Siniestro. Le pregunté quién era. Qué quería. No contestó. No emitió sonido alguno.

Me sentí muy inquieto. La extraña aparición presentaba algo no habitual. Su nitidez. Su anómala nitidez. Nunca me he enfrentado a un espectro con los rasgos tan bien definidos. Ya fuera de la vivienda empecé a dudar de lo que había visto. A dudar de mis sentidos. A dudar de mí mismo. Y decidí volver a repetir la sesión. Pero esta vez solo. Tenía que tratar de alcanzar una concentración mayor. De ahí que le pidiera las llaves a Maco.

Volví al piso ayer noche. Realicé solo la sesión de captación. De nuevo se manifestó el ente. Se mostró igual que la primera vez. Pero no sólo era extraña la definición de la figura. Ayer sentí algo más. Su nitidez me producía una impresión anómala. De exceso. Como si se tratara de ocultar una ficción. Como si fuera un espejismo. Mostrando algo que no se encontraba allí sino en otro lugar. Como un «fantasma de Pepper», el conocido truco de ilusionismo.

No sé expresarlo de modo más comprensible. Tampoco

yo lo tengo claro. Sentía que aquello no era auténtico. Que era un montaje. Sé que te extrañará lo que digo. A mí mismo me resulta arduo asumirlo. Y es difícil de explicar, aun siendo yo quien lo ha vivido. Fue una impresión muy perturbadora. No sé qué pasó. O qué me pasó. Sentí una inquietud muy grande. No razonaba con claridad. Decidí salir de allí para serenarme. Regresé a mi casa. Volveré a intentarlo esta noche.

Darío lee el mensaje del sensitivo con satisfacción, pues la presencia contrastada del espectro de Silia Olivares le permite preparar un reportaje con el caso y llenar varias emisiones del programa *Ausencias y presencias*. Y puede que, con algo de suerte, su equipo sea capaz de obtener alguna prueba gráfica o acústica de la presencia del cuerpo astral de la mujer, mejor dicho, de su cabeza. ¡Al fin podría conseguir algo único!

También el mensaje contiene algo extraño. «¿Por qué le preocupa tanto a Víctor la nitidez de la aparición?» se pregunta, paseando de un lado a otro de su despacho. «Es magnífico que tenga tanta fuerza el cuerpo astral; facilitará su grabación en el vídeo que es preciso realizar. ¿Y por qué la alta definición de la figura le hace pensar que no es auténtica? Como un "fantasma de Pepper", dice». (Darío recuerda la conocida ilusión óptica: un espectador ve cómo en el escenario surge de la nada un objeto o una figura. En realidad es la imagen — en un gran cristal transparente situado delante del escenario y orientado 45° respecto del espectador— de un recinto idéntico y perpendicular y oculto al escenario, donde se encuentra el objeto o la figura. Para conseguir el efecto basta con ir oscureciendo el escenario a la par que se va incrementando la iluminación del recinto gemelo).

Para resolver sus dudas trata de contactar con el sensitivo, pero no lo consigue. No contesta a ningún tipo de mensaje ni de llamada. Parece que quiere aislarse de cualquier relación con el exterior. No le queda sino aguardar; después de todo dice que va a volver a la vivienda de Castro. La espera no es prolongada. Aquel mismo día, por la tarde, recibe un nuevo mensaje.

No he podido esperar más. He vuelto esta misma mañana a la casa. De inmediato fui consciente del cambio.

No era como otras veces. Mis sensaciones adquirían una intensidad y nitidez desacostumbradas. Como ayer. No sé bien cómo explicarlo. Verás:

Tenía siete años. Un día cualquiera. Supongo que se debieron producir nuevas y numerosas conexiones neuronales en mi cerebro. De manera inesperada para mí. De pronto me di cuenta de que despertaba aún más, estando en vigilia. Ampliaba mi comprensión. Fui consciente de cómo se abría una nueva ventana en mi mente. Me permitía observar y utilizar interrelaciones de la realidad que antes no percibía. Nada extraordinario. Lo que me ocurría es normal en todos los niños. Había alcanzado lo que se denomina frecuentemente «uso de razón». Desconozco si es habitual ser consciente de ello en un momento dado. Como si se accionara un interruptor, como fue mi caso.

De manera similar, más tarde se me abrió una nueva ventana mental. Fue en la adolescencia. Me permite percibir otra realidad paralela a la común. Desde entonces soy capaz de ver, oír, sentir la presencia de otros seres. En determinados lugares y circunstancias. Con independencia de mi voluntad. Seres que los demás no perciben. Al principio, esta capacidad me atemorizó sobremanera. Me produjo enorme angustia y desconcierto.

Sufrí un deseo terrible de huir de aquel mundo nuevo y desconocido. Me encontraba solo. Desorientado. Confuso. Quizá recuerdes las cartas que te envié por aquel entonces. Tras varios episodios me acomodé a la existencia simultánea de las dos realidades. Siempre con desasosiego. A veces con temor. Dos mundos, sí. Algo parecido a lo que les ocurre a personas dotadas de un genio creador. Supongo. También viven en otro plano distinto al de todos aquellos que los rodean. Decís de mí que soy un sensitivo. Ciertamente soy capaz de sentir la presencia de entidades anómalas. Personas ya fallecidas, ¿verdad? Entes situados al otro lado.

Pues bien. Ahora me ha vuelto a suceder. Una nueva epifanía. Se ha abierto aún más mi mente. Es mayor mi

capacidad de detectar entes de otras realidades. Es mayor mi sensibilidad. Estoy asombrado. Temeroso. Excitado. No sólo capto seres que residen en el inframundo, en la muerte según se dice. Que se encuentran al otro lado. Ahora conozco lo que hay tras ellos. Ahora también percibo

¡MÁS ALLÁ DEL OTRO LADO!

17

Darío Vildas está acostumbrado a que le relaten fenómenos y acontecimientos muy extraños, de todo tipo, clarividencia, premonición, abducciones, experiencias extracorpóreas…, un sinfín de variantes en múltiples formatos. Ha escuchado muchas historias elaboradas por mentes calenturientas o con un punto de locura. Pero lo que dice Víctor, además de confuso, es muy distinto a todo. «¡Más allá del otro lado! ¿Qué quiere decir? ¿Más allá de la otra vida? ¿Más allá de los muertos? ¿Qué puede significar más allá de los muertos?».

Al periodista siempre le había parecido el sensitivo un hombre cabal, sereno, no dado a truculencias ni a exageraciones. Una persona que vive su cualidad perceptiva con naturalidad, con una gran estabilidad mental y emocional. Que ofrece sus dotes a los demás desinteresadamente; de ahí que no tenga crédito que se trate de un truco propagandístico. Por eso no entiende su mensaje; teme que todo proceda de algún desajuste cerebral. Tantas sesiones en solitario seguidas puede que le hayan originado una sobreexcitación con pérdida de estabilidad, de raciocinio, alguna perturbación transitoria. Ese temor obliga a la prudencia, debe sugerirle descanso, y evitar que de momento realice nuevos contactos con el espectro.

Una vez recibido el mensaje, para aclarar algún punto y conocer directamente el estado en que se encuentra, Darío intenta comunicarse con el remitente, mas de nuevo le resulta imposible; sólo le cabe esperar a que dé señales de vida. Aquella tarde no le llega ninguna nueva comunicación, y es al día siguiente cuando el propio Víctor acude a su despacho, un pequeño habitáculo próximo a la emisora RADIO 10 que tiene alquilado.

Le ofrece asiento y café. El periodista se acerca a la máquina cafetera y rellena dos pequeños vasos con los que regresa al

escritorio. Víctor ocupa una silla al otro lado de la mesa. La luz mortecina de esta mañana de noviembre —se filtra a través del cristal no muy limpio de una pequeña ventana a la espalda de Darío — intensifica en el rostro del sensitivo un aspecto macilento y cansado, con ojeras tan ensombrecidas que incluso sugieren contusiones. Han sido días duros. No únicamente por falta de sueño y mal dormir, que también, sino sobre todo en la actividad constante de su cerebro tratando de asimilar lo vivido en aquel dormitorio, interrogándose por su veracidad o razón de ser o modo de manifestarse; en definitiva, tratando de encajar en el mundo real —de las certezas, del transcurrir cotidiano— el nuevo conocimiento que su extraordinaria experiencia le ha deparado, tan múltiple, tan rompedor, tan increíble y a la vez tan lógico, tan racional como situar el inframundo en el mundo de los vivos.

—Me encuentro bien. Sí, fatigado por la tensión que he vivido y por el poco dormir de estos días —responde Víctor al interés de Darío por su salud. Y después de tomar un sorbo de café, continúa —. Te traigo las llaves de Castro. Perdona que cortara tan bruscamente el último mensaje enviado. Es que necesitaba poner en orden mis ideas después de lo ocurrido, aunque me parece que sin demasiado éxito.

—Tus mensajes son sorprendentes, a la vez que confusos. Estaba deseando hablar contigo para que me aclarases las dudas que tengo. Por ejemplo, dices que no es auténtica la aparición que tú mismo captas: ¿qué significa que no es auténtica, exactamente? Y en el último correo exclamas: «¡Más allá del otro lado!» ¿Qué quieres decir con esa frase?

Víctor es consciente de la dificultad del tema. Ha dudado mucho, ha sido el primero en poner en cuestión sus sentidos, y la realidad de lo que percibe, y el comportamiento de su cerebro. No le ha sido nada fácil admitir la veracidad de sus experiencias. ¿Cómo va a serlo para los demás? ¿Cómo pretender que otros las asuman como ciertas, sin más? Incluso Darío, un hombre abierto a toda idea novedosa, a vivencias inéditas ¿cómo va a aceptar cambios tan drásticos, cómo va a admitir que se altere de un plumazo ideas asumidas más o menos explícitamente por la generalidad de los investigadores? «Y estoy solo, mi relato es la única base en que se sustenta la nueva realidad».

—Verás. Al igual que la segunda vez que fui al piso, ayer, delante de la aparición, noté otra presencia, o diciéndolo mejor, una presencia que no era la mujer. Por cierto, me parece que ya ha llegado el momento de que me digas quién era y cómo murió.

Darío echa azúcar al café y lo remueve, mientras le narra con brevedad el asesinato de Silia Olivares a manos de su marido, así como los comentarios posteriores del vecino afirmando oír gemidos en el piso. Después coge el vaso, y antes de llevarlo a los labios pregunta:

—¿Otra presencia? ¿Además de la cabeza?

Al oír el relato del crimen, Víctor no tiene duda de que la cabeza que ha visto corresponde a la mujer asesinada, con el rostro desfigurado por los golpes. Pero ella no estaba allí; quien se encontraba presente no era el espíritu de Silia.

—No, no; una sola presencia.Ayer volví a sentir un contacto mental, ahora estoy seguro. Me di cuenta de que el espectro no existía realmente. No existía en el espacio ordinario, externo, sino en el espacio mental. Era una imagen interna. Todo surgía de un modo extraordinariamente sorprendente. Contradiciendo mi propia experiencia se me revelaba que los entes que otras veces he detectado no eran reales, sino alucinaciones. ¿Te das cuenta de lo que eso significa, Darío? ¡En realidad no existen los fantasmas, son producto de nuestra mente!

El periodista ve aumentar su estupefacción con las afirmaciones del sensitivo. Primero, la aparición se muestra con una nitidez asombrosa; después, sospecha que no es auténtica, que es mental. Y ahora dice que capta una presencia distinta, que no corresponde a la aparición. Darío es un entusiasta de las novedades, de los giros inusitados en las investigaciones de fenómenos extraños, pero es conocedor por experiencia de que se producen rara vez. Y ahora Víctor le enlaza una sorpresa con otra; es difícil admitir que lo que narra haya sucedido en realidad.

—¿Estás seguro de lo que dices? ¿Realmente lo sentiste así o es una explicación que has hilvanado después?

—Sí, estoy seguro. Pero con todo, falta decirte lo más asombroso. Bueno, asombroso sí, pero no lo más.

—¿Más aún? —inquiere Darío, con una sonrisa en la que se asoma un incipiente escepticismo. «Captas una aparición espectral y

concluyes que no existe, se trata de una alucinación; y caes en la cuenta de que no es únicamente la actual sino todas las apariciones: has eliminado de golpe los fantasmas, los espíritus. ¿Qué queda más? La historia puede resultar tan increíble que se te venga toda abajo», piensa.

—Lo más extraño no es que la aparición fuera una imagen cerebral, sino que era una imagen EN mi mente, no DE mi mente. Era una proyección de mi cerebro, sí, pero yo no la generaba de manera autónoma. Me venía impuesta. Algo o alguien externo a mí impresionaba la figura en mi cabeza y yo la proyectaba. O creía que la proyectaba al espacio ordinario; la visionaba externamente. Como quien se encuentra en una sala cinematográfica. Ve en la pantalla personas, las percibe con claridad pero sabe que no se ubican allí físicamente. Sabe que son emitidas por el proyector (en mi caso es el cerebro) pero sin que este las origine. Alguien coloca la película en su interior.

El periodista deja de mirar a Víctor. Necesita una pausa. Recapacitar. Coge el vaso de café y se demora para dar un trago. Se levanta, da unos pocos pasos, se acerca a la ventana y mira hacia la calle con insistencia, como si le preocupara la fluidez del tráfico. Después se vuelve hacia su interlocutor.

—¿Me estás diciendo que el ente que has visto estos días no existe? ¿Qué simplemente lo has imaginado? ¿Que además no lo imaginabas tú sino que alguien lo imaginaba por ti? —pregunta, a un paso de la saturación y de la incredulidad, confuso, sintiéndose incapaz de admitir tanto elemento distorsionador como está oyendo. Asumir ese relato implica tirar por tierra muchas de las convicciones que en esta materia resbaladiza ha ido elaborando con gran esfuerzo, mucho tiempo y mayores dudas. Y además, de ser cierto se volatilizaría la posibilidad, tantas veces ansiada, de grabar un cuerpo astral (adelantándose a sus competidores).

—Sí, así es.

—Pero con la nitidez que presentaba la aparición según decías, con la consistencia de la figura ¿cómo va a ser una ilusión? ¡Una ilusión exógena, además! Y si es así ¿cómo es que estás tan seguro de no ser tú quien la origina?

—Es que eso no es todo. Hay algo más. Y trascendente. Sé que es difícil de admitir, pero es lo que sucedió.

Darío apura el café y tira el vaso a la papelera. Se dispone a escuchar al sensitivo dar una vuelta de tuerca más a lo acontecido. Aunque, oído lo anterior, parece difícil superarlo.

—Poco después dejé de ver la aparición. La cabeza se fue difuminando hasta desaparecer por completo. Lo agradecí dado que era francamente desagradable. Entonces oí una voz. O me pareció oírla. O imaginé que la oía, repetida y oscura, que no alcanzaba a entender. Una voz sin sonido que se me formaba dentro. Cesó la impresión de estar recibiendo en mi cerebro la imagen espectral. Y dio paso a lo que asumí como un mensaje mental. Como si alguien quisiera comunicarse. Como si alguien quisiera conectar conmigo. ¡Figúrate la profunda conmoción y desconcierto que aquello me produjo!

«Pues sí, ha rizado el rizo; se ha superado» piensa Darío, que no sabe muy bien cómo reaccionar: si maravillarse por el insólito fenómeno del que le habla el sensitivo o, por el contrario, negarse a seguir escuchando para evitar que se le acentúe la cara de estúpido que ya va tomando forma.

Para resolver el dilema siente la necesidad de sacar un cigarrillo, llevárselo a la boca, encenderlo y dar una profunda bocanada de humo para amortiguar no sabe bien si los nervios, la inquietud o el estallido de estupor que le está generando la increíble narración. Inhalar el humo, más que como placer —ya no hay tanto placer ni sabor después del primero tras desayunar o del que se enciende después del café del medio día— como bálsamo con el que calmar la desazón o invocar la tranquilidad que proporciona aferrarse al hábito que conecta con la realidad cotidiana, con la rutina que permite reconocer lo familiar, lo acostumbrado, el entorno habitual. Pero con incómodo disgusto cae en la cuenta de que hace años que ya no fuma

18

—¿Me estás hablando de telepatía? ¿Recibiste un mensaje telepático? —pregunta Darío con tono neutro, una vez que ha decidido no manifestar su postura al respecto.

—Sí. El mensaje era confuso al principio, difícil de entender. Como le sucede a la persona con dificultades de audición que oye voces pero no discrimina bien los sonidos. Poco después la comunicación se hizo más nítida. Duró unos segundos.

«Increíble. Telepatía. Nunca había dicho poseer tal capacidad. Pero carece de sentido mostrarse escéptico en este momento, necesito oír toda la historia. Conviene seguirle en su discurso; veré si entra en contradicciones» se plantea a sí mismo Darío.

—¿Y cuál era el mensaje?

—«Contacto». —Y prosigue—: Quedé aturdido, perplejo. Me preguntaba qué me ocurría. Por qué pensaba «contacto». —¿Por qué dices que pensabas «contacto»? ¿Cómo te aparecía esa palabra en la mente? ¿Cómo si estuvieras viendo un cartel?

—No, ¡qué va! Me venía a la cabeza la idea de conexión, de contacto mental. Y espontáneamente la palabra «contacto» para expresarla. Algo similar a cuando quieres manifestar un concepto y eliges el idioma en el que expresarlo. Como cuando seleccionas las palabras con las que lo exteriorizas. Pero cuando las atrapas, las palabras, la sensación que se siente es que las has escuchado. Que alguien las ha sugerido al oído. Que se han pronunciado.

—¿Y con quién contactabas?

—Mi primera reacción fue no admitir que estuviera recibiendo un mensaje externo. Intenté convencerme de que yo mismo era su artífice. Pero poco después volví a percibir la idea: «contacto». No había duda. Alguien comunicaba directamente con mi mente. Eso me parecía al menos.

—¿Y no supiste quién contactaba contigo?

—Asombrado, nervioso, atemorizado, me atreví a vocalizar débilmente: «¿Quién eres? ¿Eres tú, la mujer?» Pero percibí su respuesta negativa. «¿Quién eres?» insistí. «¿Un espíritu?»

—Y la respuesta fue…

Víctor observa el rostro del periodista. Le parece que muestra un interés displicente por lo que le está contando; como si pensara que nada es cierto, y sus preguntas fueran más por cortesía que por interés. O irónicas, como la frase de concurso que acaba de pronunciar. Pero, si bien cada respuesta que daba era más inverosímil que la anterior, sentía la necesidad de dar cuenta de su experiencia, de su comunicación con aquel ser.

—En mi cabeza surgió la idea de que no era un ente del inframundo. Todo lo contrario. Era él precisamente quien formaba los espectros.

—¿Que formaba los espectros? ¿Qué quieres decir?

—Entendí que los originaba. Sí, los formaba, los producía, los creaba, los inducía. La cabeza de mujer que yo había visto no era un espectro. No existía como tal. Era una imagen que él construía. Pero esto, por cierto, era lo que yo había sentido previamente: la falta de autenticidad.

—¿Estás seguro? Es posible que esa impresión que tenías, creer que observabas no un cuerpo astral sino una imagen que alguien proyectaba en tu cerebro, es lo que tomas luego como respuesta de tu interlocutor. Después de todo, es tu interpretación del pensamiento que en ese momento ocupa tu mente, según dices, y no un mensaje externo, sonoro, objetivo.

—No, no lo creo. Para mí la comunicación telepática era totalmente real. Podía diferenciar claramente mis propios pensamientos de lo que era información externa. Si bien, claro, más tarde me han surgido dudas.

—¿Y qué más te dijo?

—Nada, por más que insistí. No obstante continuaba advirtiendo su presencia en la habitación. Como si el canal de comunicación mental siguiera abierto. Como cuando al hablar por teléfono, después de la despedida ninguno de los interlocutores cuelga. —Después de una pausa, prosigue—. Busqué con la linterna por toda la estancia. Luego, por las distintas zonas del piso (está vacío, sin ningún mobiliario). Nada encontré. No pude asociar la presencia

que detectaba con ninguna forma concreta.

—De modo que no fuiste capaz de localizarla ni en el dormitorio ni en el resto del piso, a pesar de que la presencia permanecía allí —resume en voz alta Darío, que no sabe ya qué aceptar y qué no, ni siquiera parcialmente.

—Aquel ente estaba en el dormitorio, seguro. Lo notaba pero no me era posible verlo. —Tras unos segundos, los que tarda en apurar su vaso de café, Víctor continúa con su narración—. Todo había sido inquietantemente diferente y extraordinario. Percibir la cabeza espectral como una imagen falsa, mental, impuesta. Captarla no externa sino interiormente. Recibir después una comunicación telepática. Estaba confuso, abrumado, desorientado por completo. Volví a sospechar que estuviera envuelto en un autoengaño. En una elucubración de mi mente. Con un cerebro descontrolado. Tenía que confirmar, que convencerme de que existía ese *otro*. Por eso volví a insistir: «¿Sigues ahí? ¡Dime quién eres!».

—¿Y?

—Esta vez sí obtuve respuesta. Se concretó en mi mente la contestación: «Lo importante no es quien yo sea».

—¿Y qué es lo importante? —inquiere Darío impaciente, de lo que de inmediato se lamenta al contradecir la imagen flemática que siempre pretende mostrar.

—La conversación se desarrollaba lentamente. Llamémosla así para entendernos. Yo estaba preso de agitación. Debía respirar profundamente varias veces para articular las preguntas. Aún no domino el modo telepático —añade con una sonrisa—. Eso es lo que le pregunté; «¿Qué es lo que importa?». «Comunicación», me contestó.

Y prosigue:

— «¿Comunicación con quién? ¿Con quién me estoy comunicando?».

—¿Te respondió?

—No. Noté su desconexión. Se apagó. Seguí insistiendo, mas fue inútil —concluye Víctor.

El desconcierto invade al periodista ante el despliegue de tantos aspectos sorprendentes en sí mismos, que en conjunto configuran un paisaje alucinante. Todo es tan inaudito que no sabe cómo reaccionar. No puede ser cierta toda esa historia; la imaginación de

Víctor, estimulada por su excitación y agotamiento físico y mental, ha debido ser su hacedor en gran medida; puede que con ayuda de ansiolíticos o anfetaminas.

Se fija con insistencia en el rostro de su interlocutor, especialmente en los ojos, buscando señales reveladoras de agotamiento o entorpecimiento mental, más allá de la fatiga física que señalan las marcadas ojeras. Necesita hallar una coartada que en cierto modo lo libere de asumir el nuevo e inverosímil marco de referencia que ha introducido el sensitivo, aunque en el fondo tiene la sospecha de que quizá será ineludible aceptarlo.

No mucho después Víctor se despide y abandona el despacho. Ya solo, Darío refuerza su idea de que, como se temía, el sensitivo ha recibido un choque emocional, una impresión profunda, y su mente está delirando. Hasta oye voces. Después de todo no es la primera vez que ha pasado algo parecido con algún otro. Pero su mundo es el de los fenómenos paranormales y, aunque tenga grandes dudas, no puede rechazar la opción de que el asombroso testimonio que acaba de escuchar obedezca a causas reales y no a un desvarío —al menos en parte—. Si es así, se trata de una oportunidad única de presentar a sus oyentes unos hechos extraordinarios, incluso sin disponer de psicofonías reveladoras, o de vídeos de cuerpos astrales con los que ilustrar las apariciones, llegado el caso. Los hechos expuestos, si son ciertos, incluso si son sólo parcialmente ciertos, van a desencadenar un terremoto en las convicciones de mucha gente acerca de si hay algo que «viva» tras la muerte. Y él debería ser el introductor del nuevo escenario en el que situar los fenómenos del inframundo.

Ya en su casa, comiendo con su mujer, el periodista le narra las últimas experiencias del sensitivo. Aunque no trabaja con su marido, Nirma Peleda sigue todos sus programas; además, como le suele comentar los hechos más destacables que los rodean, está siempre al día de las novedades. Después de almorzar, en la sobremesa, como es costumbre él lleva las tazas con café a la sala en donde ya se ha sentado su mujer, que incide de nuevo sobre el mismo tema:

—A ver si lo he entendido bien. La noticia es que los espectros o las apariciones o los cuerpos astrales que algunos detectan no

existen en realidad. Son elucubraciones generadas por el propio observador.

—Fíjate lo que supone que las apariciones de difuntos sean construcciones mentales de los vivos, y no mensajes de la existencia de vida después de la muerte.

—Las creencias en el más allá no van a cambiar por eso. Aunque sí sería un seísmo para las personas que están convencidas de la presencia de almas en pena, que vagan por el mundo de los vivos, como prueba de una segunda existencia —y para los que consideramos que no hay explicación mejor para tanto fenómeno extraño—. Y no digamos para quien tiene el negocio montado alrededor de los espíritus.

Darío mira a su mujer que, sentada en uno de los sillones se inclina a coger su taza: es una persona sensata y realista, y sus opiniones suelen serle de gran utilidad para clarificar ideas.

—Y aún hay más. Según dice, no sólo el cuerpo astral resulta ser, digamos, un constructo de la persona sensitiva, sino que además su génesis es externa. ¡Alguien distinto al vidente lo genera!

—Desde luego, eso es aún más difícil de admitir: que el espectro lo origina el visionario por orden de no se sabe quién. Increíble —resume Nirma tras una pausa. Y a continuación, con una sonrisa en los labios y en la mirada, añade—: Si lo que dice es cierto, vas a tener que modificar la orientación de *Ausencias y presencias* para mantenerlo a flote. O pasarte al futuro grupo de los negacionistas, de los incrédulos a las nuevas ideas. ¡Tú entre los incrédulos, Darío!

—Sin duda se generará una fuerte oposición; no se va a admitir como verídico el nuevo relato, o que manifieste una nueva realidad. En este momento, es cierto, yo me incluyo entre los escépticos. Se tomará como un desvarío del mentalista; se tratará de tirar por tierra sus afirmaciones. Y si algunos vieran peligrar su estatus profesional no dudarían en orquestar una campaña para ridiculizarlo.

—La dificultad de tomar partido, en cualquier caso, es que no presenta ningún tipo de prueba. Únicamente dispones del testimonio del protagonista. Debería ir algún otro sensitivo al piso a ver lo que experimenta ¿no crees? —sugiere Nirma.

Una vez que ha apurado su taza de café, Darío se levanta de su asiento y comienza a pasear de un lado al otro de la sala de estar,

en este caso más que para facilitar el flujo de pensamientos, para evitar caer en la soñolencia que le acompaña durante la digestión.

—Sí; es buena idea. Es necesario que alguien más comparta sus vivencias, si es posible. ¿Y qué piensas de la telepatía? Sabes que este tipo de percepción extrasensorial se conoce desde hace más de un siglo, pero nunca se ha podido demostrar de manera fehaciente que exista. Y ahora Víctor afirma que es capaz de comunicarse telepáticamente, capacidad que nunca había dicho poseer. ¿No te parece extraño?

—Quizá no lo sabía. No habría tenido antes ocasión de comprobarlo. En cualquier caso no es el primero que dice ser capaz de comunicarse telepáticamente.

—Pero, que yo sepa, los supuestos contactos telepáticos documentados son mensajes individuales, unidireccionales, no intercambios, no bidireccionales, no una conversación siquiera primitiva.

—Y Víctor intercambia mensajes con no se sabe quién, además, por lo que no se puede comprobar que exista el otro interlocutor.

Darío cesa en su paseo y mira a Nirma con aprobación.

—Así es. El *partenaire* es alguien desconocido por ahora, no se sabe si relacionado con manifestaciones de ultratumba o no. De existir, ignoramos cómo es esa relación.

Nirma ultima su café, se levanta, recoge las tazas y se dirige a la cocina. Antes de llegar a la puerta se detiene, se gira y le dice a su marido:

—Y, en consecuencia, no se puede liquidar tan rápidamente a los espíritus: supongamos que su comunicador telepático es un ser que toma figuración en lo que se podría llamar “modo fantasma”, apariencia que no corresponde con su verdadera naturaleza.

Darío interrumpe sus pasos. Le parece confusa y rebuscada la explicación. No lo ve claro. Y pregunta:

—¿Para qué iban a hacer tal cosa los espíritus?

—Puede que la estratagema les permita atraer o contactar mejor con los vivos.

—¿Quieres decir que sería el espectro de Silia el que genera su imagen mental en Víctor como señuelo, para luego comunicarse telepáticamente con él? En todo caso, Víctor preguntó a la cabeza espectral si era Silia y recibió un «no» telepático por respuesta.

—¿Pero podría ser alguien del *otro lado*, aunque no fuera Silia? No sé, es complicado todo esto.

19

Es imprescindible profundizar en el tema, reflexiona el periodista. Deben participar más personas que puedan aportar sus opiniones; conocer la impresión de otros sensitivos después de tomar contacto con el piso, si bien estas actuaciones es mejor posponerlas para más adelante. Antes es preciso realizar con Víctor otra sesión de captación en la casa, pero esta vez él va a acompañarlo, junto a Maco y el equipo de grabación; de este modo puede quedar más definida la realidad de la nueva presencia o, por el contrario, si es más bien el resultado de un estado de trance en el que se sumerge el sensitivo de manera inconsciente. Pero ante todo es prioritario permitirle descansar, dejar que se serene su tan agitada mente. Así mismo resulta conveniente, con vistas al programa radiofónico, que asista a la nueva sesión de captación uno de los expertos parasicólogos que acuden con frecuencia al debate de *Ausencias y presencias*. Darío habla con Zenón Beniel y le explica el caso; este acepta encantado acompañarles. Y se programa la visita para la siguiente semana.

Llegado el día, los cuatro entran en la vivienda de Castro poco antes de la medianoche. El frío de noviembre, que ya se ha mostrado en la calle, se hace más punzante y húmedo en la soledad de las habitaciones, incluso para los visitantes adecuadamente protegidos con prendas de abrigo. Situar y poner en marcha los instrumentos registradores que con ellos llevan, el trasiego de aparatos y su puesta a punto, consumen un cierto tiempo. Después, dejan a Víctor el centro del dormitorio mientras sus acompañantes se agrupan en un lateral, con las linternas enfocando el suelo para evitar deslumbramientos. En silencio, tratando de minimizar su presencia, observan expectantes al sensitivo, quien con los ojos cerrados trata de concentrarse. Pasan los minutos. No percibe nada.

Abre los ojos, y volviéndose a sus compañeros les indica que no nota presencia espectral alguna allí dentro. Que no tiene las mismas sensaciones que las otras veces, que no detecta nada extraño.

—¿Cómo es posible que hoy no sientas nada? ¡Es increíble! —exclama Darío sin poderse contener. El enfado que le invade en ese instante es épico, y no hace grandes esfuerzos por disimularlo. «De modo que viene tres veces al piso y cada vez, al poco de llegar, percibe la presencia de la cabeza fantasmal sin problemas, y ahora que vienen todos y con todo el equipo no siente nada anormal. Hoy no hay aparición, ni llanto, ni hay nada en el ambiente. Todo se ha esfumado. Mucha casualidad es que precisamente hoy no se le aparezca quien quiera que sea, a pesar de la intensa interacción que ha tenido en las anteriores visitas, según su narración, claro». Al final se va a quedar, como ya se estaba temiendo, sin ningún documento sonoro o visual que ilustre un reportaje sobre los llantos de la tía de Castro. Pero algo hay que hacer. Para empezar no hay que desistir tan rápidamente; a pesar del frío permanecerán esperando las horas que haga falta hasta asegurarse de que no se va a producir ningún tipo de manifestación. Ya más calmado le dice a Maco que realice un vídeo describiendo todo el piso, y en particular el dormitorio con tomas sobre el lugar en que se encontraba el cadáver de Olivares, así como que capte a todos los integrantes del equipo allí presente, en particular a él como director; será un documento gráfico que archivará junto al resto de la documentación sobre el caso.

—Y tú Víctor, si notas algo especial lo dices y nos estamos quietos de inmediato.

Y al poco:

—¡Ah! Maco. Antes de irnos hay que intentar grabar al vecino que oye los llantos, acuérdate. Y gracias por tu previsión; así la espera no será tan incómoda —concluye Darío, señalando las sillas plegables que el becario había tenido la acertada idea de incluir en el equipo que transportaba en el maletero del coche, cuando todos suponían que la visita al piso iba a ser breve.

Así transcurre el resto de la noche, sin obtener ninguno de los resultados que buscaban. Ya con el sol anunciándose en la calle, deciden abandonar el piso. Pero aún no han finalizado su quehacer. En el descansillo, pulsan el timbre de la puerta de enfrente.

—¿Qué horas son estas de llamar? ¿Qué desean? — interroga Ríguez cerrándose la bata, con cara somnolienta y poco acogedora.

—Buenos días. Disculpe la hora. Hemos estado esta noche en el piso contiguo al suyo y, antes de irnos, queríamos hablar con usted. Porque usted es Higinio Ríguez, es quien oye los llantos ¿no es así?

—De modo que eran ustedes quienes originaban los ruidos. ¿Y quiénes son? ¿Por qué están grabando?

—Yo soy Darío Vildas, director del programa *Ausencias y presencias* de *RADIO 10*; Víctor Deper, sensitivo; Zenón Beniel, parapsicólogo; y Maco Darte, técnico audiovisual.

—¿Uno de ustedes es médium? —pregunta, nervioso. —No exactamente. Soy sensitivo, algo parecido.

—¿Le importa que le haga algunas preguntas? —interviene el periodista, que observa a Ríguez con detenimiento: parece que se muestra favorable a cooperar.

—No. Pregunte —responde Ríguez, que se ha desprendido de cualquier reparo al conocer la presencia allí de un médium: él podría resolver el enigma planteado.

—¿Desde cuando oye el llanto? ¿Con qué frecuencia?

—Empezó aproximadamente un mes después de la muerte de Silia Olivares. Y su frecuencia varía: en ocasiones lo oigo durante dos o tres días casi seguidos y luego tarda semanas en volver a aparecer.

—¿Y cuánto tiempo dura el llanto?

—Es muy breve. Segundos. Calla y repite varias veces.

—¿Es un llanto fuerte? ¿Lo oye usted en su casa claramente?

—Lo que oigo es una respiración profunda, sonora, entrecortada, como suspiros, que me parecen de mujer; bueno, estoy seguro. Se oyen bien, pero yo me arrimo a la pared para oírlos mejor, por si dice alguna palabra.

—O sea, que no es llanto sino suspiros. ¿Cuándo los ha escuchado por última vez?

—Hace ya tiempo, unos diez o doce días. Pero hace una semana oí como si alguien se moviera por la casa, un par de veces. ¿Y ustedes han estado toda la noche en el piso? ¿Han notado algo?

—Sí, hemos estado toda la noche y ninguno hemos visto ni oído nada fuera de lo normal —contesta Darío.

—Y usted que es médium, ¿Por qué no realiza en la casa una

sesión para invocar el espíritu de Silia, y así conoceremos qué es lo que desea?

Víctor, que se encuentra a un lado de Darío y algo retrasado, con una mano apoyada en la jamba de la puerta, se da cuenta de la ansiedad de Ríguez e interviene:

—Yo he realizado tres visitas al piso la semana pasada; es a mí a quien oyó. Y sí, percibí una presencia. Se mostraba en forma de cabeza de mujer. Con el rostro desfigurado. Pero no hubo lloros ni suspiros.

—¡Es Silia! ¡Es Silia! —exclama, exaltado, Higinio—. ¿Qué le dijo? ¿Qué quiere? ¿Por qué se aparece?

—No lo sé, no dijo nada entonces. Y esta noche, durante todas las horas en que hemos permanecido en la vivienda, no he notado su presencia. No se ha manifestado, como sí lo hizo todas las veces anteriores. Tengo la impresión de que ha desaparecido. Que el piso está *limpio*.

—¿Y creen que no volverá? —inquiere el vecino con un matiz de desencanto, sin saber si se alegra por cesar la causa de inquietud permanente que le producen los sollozos, o si, más bien, siente pesar por perder el elemento de intriga que alteraba su monótono y tedioso día a día.

—Eso parece. De todos modos, si vuelve a oír los suspiros ¿será tan amable de llamarme? Gracias —y Darío le entrega a Ríguez su tarjeta de visita.

Al día siguiente, después de dormir unas horas, el periodista se acerca a su despacho desde donde comunica a Castro que la vivienda ha quedado vacía de manifestaciones extrañas. Que el sensitivo no ha detectado la presencia de ningún ente singular durante toda la noche que han permanecido en la vivienda, que no se ha oído ningún llanto o gemido, que no hubo ningún registro sonoro o gráfico anormal.

—¿Pero no me dijiste el otro día que el sensitivo había detectado algo? —se muestra sorprendido Oley ante la nueva información que recibe, recordando una noticia previa que aquel le había proporcionado después de insistentes llamadas por su parte.

—Sí, pero ese algo ya no está, parece ser.

—¿Es que habéis realizado algún exorcismo? —le pregunta

irónico, extrañado, y de buen humor al ver que desaparece el obstáculo que impedía la venta del piso.

—No. Nosotros no realizamos exorcismos, ni conjuros, ni magia negra. No hemos hecho absolutamente nada, sólo buscamos información —contesta irritado el periodista, molesto por la pregunta de Castro, que parece tomar a broma su actividad.

—Disculpa, era una forma de hablar. Y te estoy muy agradecido porque en cualquier caso me has librado del problema del fantasma. Ahora tendré que decírselo al vecino y convencerle de que no hay nada en el piso, para que deje de molestar a la muchacha de la agencia.

—No es necesario, supongo. Hablamos con él y se lo dijimos antes de irnos. No mostró ningún tipo de reserva. Quedó convencido al decirle que habíamos pasado la noche en el piso —él nos había oído— y que el médium no había detectado ninguna presencia, al contrario de lo sucedido en sesiones precedentes.

Antes de irse a comer, Darío llama a Víctor y a Zenón Beniel, y quedan en reunirse esa tarde en la emisora, antes de que él continúe preparando el programa del viernes.

Todavía no repuesto del todo de la decepción de la noche anterior, el periodista expone a sus colaboradores la situación relativa al caso de Silia Olivares, lamentando cómo se han apagado en gran medida sus expectativas, e incluso preocupado al no poder presentar casi ninguna prueba empírica que refuerce y dé mayor consistencia a lo expuesto por el sensitivo.

—Parecía un caso prometedor: los gemidos de la mujer asesinada. Pero ¿qué es lo que en realidad tenemos? Lo que nos has contado, Víctor, de tus sesiones de captación; esto es: una aparición que ahora se ha esfumado, y ningún documento visual o sonoro que refuerce tus visiones. Por no tener, ni siquiera disponemos de variaciones anómalas del campo magnético — expone Darío.

—Eso es lo habitual. Pocas veces hay pruebas claras de apariciones, como bien sabes —confirma Zenón.

—Lo que yo he percibido en esa vivienda es por completo diferente a las apariciones surgidas en otras ocasiones. Algo totalmente inédito. Sorprendente.

—¿Por qué inédito y sorprendente? No eres el único que ha visto

entes procedentes de otro mundo —le refuta el parapsicólogo.

—Lo sé. Sin embargo las apariciones no son lo que parecen. No son los cuerpos astrales de difuntos. No son espíritus que se materializan. Son un señuelo para comunicarse con nosotros.

—En efecto, se cree que son una forma de interferir con los vivos de aquellos que se encuentran más allá de la muerte —insiste Zenón.

—Pero no es eso. No hay nadie en el inframundo. Es como si hubiera un telón de ultratumba en el que se proyectan los espectros. Las apariciones. Pero más allá del telón hay otra realidad que explica las figuraciones que vemos en él —aclara Víctor.

—Si a muchas personas ya les cuesta admitir la existencia de un inframundo que no sólo existe, sino que se muestra a los vivos de vez en cuando, ¿quién va a aceptar una realidad más allá de la anterior? Estoy hablando de hipótesis plausibles, no de teorías astrológicas o de universos delirantes—reflexiona Darío.

—Desde luego es difícil de aceptar, y en definitiva sería sustituir el mundo de ultratumba por otra realidad, según Víctor. ¿Y qué se adelanta con eso?

—Darío, recuerda que sí tenemos un documento sonoro —dice el becario, que se ha unido a la reunión, y que no se ha atrevido a interrumpir el diálogo hasta ese instante, aprovechando unos segundos de pausa—. Pude grabar una psicofonía en el dormitorio la segunda noche que fuimos al piso. El volumen de la voz es bajo y está bastante oscurecido por el ruido, a pesar de que los filtros han eliminado bastantes distorsiones. Tendréis que poneros los cascos para oírla mejor.

Expectantes, todos los presentes se colocan los auriculares atentos al documento sonoro. ¿Serán voces? ¿Serán gemidos? Lo que oyen varias veces, pues repiten la grabación, es

«rrrrrrssssss dpuoeldeo sss», «rrrrrrssssss dpuoeldeo sss»

—¿Y bien? ¿Qué escucháis? —pregunta Darío.

—No sé, no se oye bien. Parece que dice «puede» — sugiere Zenón.

—A mí me parece más bien «duele», pero no está claro —dice el sensitivo.

—Después de escucharlo bastantes veces, para mí lo que dice es «puedo» —indica el periodista—. ¿Y tú qué dices, Maco?

—Yo me inclino por lo que dice Víctor, aunque más exactamente me parece que la palabra es: «duelo».

—«Duele» o «duelo» son palabras lógicas en boca de la mujer, teniendo en cuenta cómo es su muerte —comenta el parapsicólogo.

—Pediremos más opiniones para deshacer el empate —sugiere Darío, quien muy escéptico después del reciente fracaso nocturno quiere proceder, no obstante, como si diera total veracidad al relato del sensitivo—. Volviendo al tema central, está claro que tenemos poca información. Cuando la otra noche quisimos ampliarla, el fenómeno —que en algún momento existió— aparentemente ha desaparecido. Nos encontramos, en base a lo experimentado por Víctor, con un fenómeno único dentro de este tipo de sucesos extraños. No podemos quedarnos en la periferia, es necesario profundizar, pero ¿cómo?

—Puesto que la entidad que se manifestó en el piso se ha retirado, necesito una nueva experiencia. Captar otra aparición para comprobar si se reproducen las singularidades de la cabeza espectral.

—Sí, es una excelente idea. Investigar otro caso de manifestación de alguna entidad del más allá o de donde quiera que sea, y que Víctor contraste la nueva experiencia con la anterior —apoya Zenón.

—Me parece que, además del de Olivares, no tenemos ningún otro caso reciente ¿verdad Darío? —apunta Maco.

En ese momento, inesperadamente, aparece ante ellos Gómez-Delieri. Sin saludar a nadie se dirige a Darío:

—Pensaba que estarías aquí y he acertado. Quería hablar contigo. Pero seguid, seguid, no quiero interrumpir.

—Ya lo has hecho. No importa. Estábamos buscando un caso relevante de apariciones en algún lugar no muy alejado de aquí —señala Darío, esforzándose en ser paciente; Gómez- Delieri es un hombre que le pone en tensión por su forma de ser: siempre impaciente por resolver sus problemas no duda en inmiscuirse en conversaciones ajenas sin ninguna consideración, sin educación, con actitud prepotente, como si sus asuntos permanentemente tuviera prioridad sobre cualquier otro o las demás personas estuvieran a su servicio. Darío le invita con frecuencia a la sección Diálogos de su programa *Ausencias y presencias*, no por su sapiencia y buen

juicio, sino por sus frecuentes escaramuzas dialécticas con los otros contertulios, lo que ameniza la escucha.

—¿Un caso relevante? Las apariciones de Mulasenda del Valle, sin duda. En *TEMAS DE PARAPSICOLOGÍA* tengo un artículo en el que se estudian en profundidad las apariciones. Muy potentes —señala ufano Ribio de los Descalzos.

—¿Qué tipo de apariciones? —inquiere Maco.

—Una mujer y un hombre. En el campanario de una iglesia. Leed, leed mi trabajo; en él lo explico todo.

Algo más tarde Darío da por finalizada la reunión con el pretexto de trabajar en la próxima emisión de su programa, pensando que quizá Mulasenda sea un buen caso para investigar, si bien han transcurrido ya más de diez años desde que Gómez-Delieri realizara el trabajo.

20

Qué aconteció en Mulasenda del Valle? La historia se remonta al ecuador de los años setenta del siglo XX. Siendo el mayor de la comarca, en aquel entonces Mulasenda era un pueblo pequeño, si acaso llegaba con esfuerzo al medio millar de habitantes, los que no se habían sumado por una u otra razón a la marea que dejaba casi despoblado el campo de aquella tierra dura y seca. Don Zósimo Rufán era el párroco (el tratamiento de cortesía se había incorporado al patronímico, como era habitual en aquel tiempo con los sacerdotes), y si bien debía pastorear a lo largo de la semana media docena de pueblos, vivía en la casa parroquial de Mulasenda. El nombre y apellido del cura no parecían acordes con su aspecto bonachón y con sus melifluas y hasta untuosas maneras de comportarse con la gente —que beneficiaban la ocultación de su verdadero carácter, lo que resultaba muy útil a sus intereses—, pero sí con sus oscuras y viscosas actividades fuera del foco público. Frisaba la cincuentena, y su cuerpo más bien bajo y rechoncho despedía un ligero y desagradable olor característico — como de humanidad macerada bajo la sotana—, efluvios no infrecuentes en sus congéneres. Desde que lo trasladaron a aquella parroquia perdida, lo ayudaba en el mantenimiento de la casa y de la iglesia Braulia Pérez, una mujer cuya juventud era un recuerdo olvidado — todo lo contrario a cuando entró al servicio del cura, no hace muchos años—, no tanto por la acumulación de tiempo cuanto por el rostro, acartonado, en el que iban proliferando sin contención surcos en apariencia dolorosos por su profundidad. El religioso soportaba a la pobre mujer dado que, si bien ya no le despertaba interés sexual alguno —dejó de demandarle tal tipo de prestaciones desde hacía tiempo—, sí era muy eficiente en la cocina, en el lavado y planchado de la ropa, y en la limpieza general.

La convivencia entre ambos se torció cuando a una feligresa

todavía joven y sin descendencia se le murió el marido, y el cura comenzó a imaginar la enorme ganancia que le supondría que ocupara el lugar de Braulia. Y ni corto ni perezoso, después de algunas sesiones de aproximación a la viuda, despidió o intentó despedir a Braulia de su servicio. Pero Braulia no se resignó. Se jugaba de hecho su supervivencia. Sólo disponía de su casa, bastante deteriorada, y de un corral con unas pocas gallinas, cuyos huevos casi nunca llegaban a su boca: se los robaban recién puestos; las malditas ponedoras tenían la inveterada costumbre de expulsarlos cuando ella no estaba en la casa, de la que faltaba casi toda la mañana y buena parte de la tarde, facilitando así que un zagal, bien instruido por su madre, forzando la empalizada inspeccionara con asiduidad los nidos aligerándolos de carga, si la tenían. A su edad y fuera de la parroquia, Braulia no tenía otro horizonte que la miseria, mientras que en su situación actual tenía asegurado el sustento, al menos. Y se negó en redondo a marcharse. Amenazó a Don Zósimo con informar de todo al obispo, lo de ella y lo de otras —en distintos pueblos, según se había enterado—.

El cura cedió, al menos inicialmente, pero comenzó a maquinar cómo librarse de la mucama. Y así transcurrieron varias semanas, sin que el recular del párroco eliminara la tensión entre ambos. Y aunque intentaba con gran esfuerzo mostrar su lado más amable para no soliviantar a Braulia — después de la amenaza de denuncia al obispo le había cogido algo de miedo—, la mujer recelaba, siendo consciente de que el párroco estaba buscando una ocasión propicia para conseguir su propósito, bien porque ella desistiera en su negativa a dejar el servicio —el páter le notificó que la escasez del dinero recaudado (como si fuera una novedad) impedía abonarle su exigua paga, que no le echara la culpa a él sino a la roñería de los feligreses—, bien por alguna otra vía que no alcanzaba a vislumbrar.

Cierta noche se desencadenó una enorme tormenta, con vientos de más de cien kilómetros por hora y un jarrear inmisericorde. Duró hasta el amanecer. Las calles del pueblo se convirtieron en torrentes que inundaron algunas casas de la zona baja, y el viento arrastró cobertizos y tejas dejando a la intemperie gran número de animales, y cuantiosas goteras y humedades en las viviendas. Braulia quedó malparada en sus bienes: la débil empalizada y el chamizo del

gallinero habían sido derribados y las gallinas se encontraban desaparecidas. La casa, ya muy vieja, tenía parte del techo del comedor levantado, el agua había encharcado todo el recinto, y una pared medianera chorreando presentaba algunas grietas inquietantes.

Don Zósimo pensó que la ocasión era favorable. La desesperación de Braulia al ver cómo su casa se volvía prácticamente inhabitable, sin una peseta para recomponerla mínimamente, y con la negativa del cura a acogerla en la parroquia o de prestarle dinero para las necesarias obras, esa desesperación —que además mostró sin recato ante sus vecinos— tomó protagonismo para el páter: era un motivo más que suficiente para justificar un suicidio. Y efectivamente, no pasaron ni dos días cuando, por la tarde, al regreso de un pueblo próximo al que lo habían llevado sus obligaciones pastorales, le dio unas pesetas a un chaval para que le transmitiera a Braulia un mensaje (trivial, era lo de menos) sabiendo que la puerta de la vivienda sólo estaba entornada. El muchacho no tardó en volver corriendo de la casa dando voces. El párroco, que aguardaba los gritos del muchacho, inició un trote aparentando alarma, y se dirigió a él inquiriéndole sobre la causa de su alboroto. No demoró su entrada en la vivienda de Braulia, a la que vio colgada por el cuello de una viga del dormitorio, allí donde pensó que el techo resistiría mejor — la noche anterior Don Zósimo probó distintas zonas, y fue el dormitorio la que le inspiró mayor confianza—, por más que escaso peso era el que debía aguantar: la exigua carne y los cortos huesos de la mujer.

El páter mismo avisó por teléfono al cuartel de la Benemérita más próximo, amén de al alcalde. Acudieron los guardias el día siguiente acompañados de un juez y de un médico forense. Se realizó una inspección poco más que ocular, se hizo el levantamiento del cadáver y se interrogó al párroco y al alcalde sobre la difunta. La exposición de Don Zósimo sobre la posible causa inductora de la decisión tomada por la pobre mujer de finiquitar su vida, que incluso estaba allí a la vista en la maltratada casucha, y sobre todo la autoridad moral que se otorgaba a la sotana y a cualquier cargo político — necesariamente afín al partido único— como el propio regidor municipal que apoyaba la hipótesis

del cura, propiciaron unos trámites rápidos que permitieron a las autoridades foráneas marchar del pueblo antes de la hora de comer.

El clérigo se felicitó de que el golpe propinado a Braulia en la cabeza —la pérdida total de consciencia permitió ahorcarla con mayor facilidad y ningún escándalo— no había despertado dudas sobre la autolisis, o de existir desaparecieron cuando —interrogado — él atribuyó el gran chichón y la sangre compañera a una falsa caída de espaldas que sufrió la mujer la tarde anterior a consecuencia de un desvanecimiento. Todos tenían prisa, las explicaciones se dieron por buenas, y se dictaminó el suicidio como causa de la muerte, si bien en el pueblo no quedaron muy convencidos.

Satisfecho al haberse resuelto el problema de la manera más satisfactoria para él, sólo le restaba al párroco advertir a los feligreses que el enterramiento de Braulia debía realizarse en lugar no sagrado, como estaba establecido para los suicidas. Como este era el primer caso de sepultura fuera del camposanto —al margen de las producidas en la pasada guerra— se suscitaron dudas sobre el lugar apropiado; finalmente el alcalde decidió que a Braulia se la enterrara pegada exteriormente a la tapia trasera del cementerio —como si estuviera haciendo méritos para entrar en él o se hubieran equivocado los albañiles al levantar el muro y se dejaran una tumba fuera del recinto—.

Y así pudo el eclesiástico iniciar la segunda etapa de su proyecto: el acoso a la viuda. En el final de la primera fase, ya le había echado el ojo descaradamente y en alguna ocasión las manos aunque sin mayor trascendencia, palpando su carne prieta e intranquila, madura, sin duda de buen ver y mejor gustar. Bajo pretexto de dar consuelo, el párroco iba tejiendo alrededor de ella una red de confusa teología, consejos para rehacer su vida, suavización de exigencias religiosas, amplitud de miras, conciencia laxa y deseos inconfesables sugeridos, que la turbaban e iban atrapando, exigiendo, excitando. Se alcanzó un punto que, frente a los últimos reparos de ella antes de proceder a mayores —habida cuenta de la práctica imposibilidad de acceder a profilácticos en aquellos años y en un pueblo, además por parte de un sacerdote y no digamos de una viuda—, permitió al clérigo incluso proponer a la mujer utilizar su vía paralela alternativa a la tradicionalmente

utilizada en estos menesteres, para no embarcarse en experiencias que pudieran resultar embarazosas.

Dócil a la catequesis, a la viuda le parecía ya cosa natural casi cualquier exigencia sexual; después de todo tanto el sexo del hombre como el de la mujer eran obra de Dios, sujetos además a su intensa atracción, al deseo constante del uno por el otro. Si el único propósito hubiera sido la procreación, el impulso sexual sería de menor intensidad y delimitado a los reducidos períodos fértiles a los que están sujetos la generalidad de los animales, pero no es así, el humano puede gozar del sexo siempre, y todo lo que se haga bajo el auspicio del Altísimo no puede ser pecaminoso, según le explicaba uno de sus intérpretes aquí en la tierra, cuando le contaba sus cuitas en el confesionario o, más frecuentemente, sentados en el banco de la sacristía, en donde las manos de Don Zósimo adquirían vida propia y no cesaban inquietas de moverse sobre los relieves femeninos. Lo que hacía poco tiempo le hubiera resultado sacrílego, totalmente contrario al camino que desde su infancia le habían inculcado como recto para una mujer —lo que de siempre hubiera sido una senda infernal, para ser precisos— ahora estaba convencida de que, si bien ciertos aspectos le seguía pareciendo desagradables, cuidar de la estabilidad sexual de un ministro del Supremo para que desarrollara más eficazmente su necesaria misión era, además de casi una obligación moral, un modo de obtener indulgencias.

En definitiva, a cambio de atender a la salud corporal del párroco, esto es, cocinar, mantener limpias y cuidadas la casa y la iglesia, y sexo cuando se requiera, el cura ofrecía a la viuda una dedicación especial al cuidado de su alma, compartir el alimento y algunas pesetas de asignación mensual, si el cepillo dominical lo permitía. Y cada uno en su casa, como es norma que mantuvo con la anterior fámula, para que nadie pudiera decir que cohabitaban, que hay gente con muy mala intención.

Cuando las tres vecinas de Rescañada del Valle decidieron ir al cementerio no podían imaginar lo que iban a descubrir en su paseo. Acudieron a la iglesia a las ocho de la mañana con la intención de confesarse antes de asistir a la misa dominical, como era su costumbre. Pero el portón estaba cerrado. Se acercaron a la puerta

por la que se accedía a la sacristía. Llamaron, sin respuesta. El sacerdote no estaba.

—¡Mirad, aquí está su coche! ¡Qué extraño que Don Zósimo no se encuentre dentro! —dijo una de ellas, señalando el pequeño vehículo aparcado en el lateral de la iglesia.

—Habrá venido más temprano y estará con alguien del pueblo —comentó otra.

—O se ha quedado a dormir aquí. Lo hace cuando bebe demasiado, y últimamente ha sucedido varias veces —terció la tercera.

Volvieron a llamar a la sacristía, con igual resultado nulo. Para distraer la espera decidieron acercarse al cementerio a tensar recuerdos, que se iban aflojando con el tiempo al igual que perdían color las fotos en blanco y negro presas en las lápidas, ya apenas distinguibles de la piedra en que se sujetaban. El paseo entre las tumbas propició la crítica habitual hacia el sepulturero —Jenaro, «el del aceite»— muy dejado en el mantenimiento del camposanto. Más tarde, al salir de allí, una de ellas rodeó la tapia del cementerio en busca de espárragos silvestres. No encontró ninguno, pero de pronto avistó algo que era impropio del lugar: una mano apoyada en la tierra. Sobresalía de una acumulación anómala de losas rotas, trozos de mármol, piedras y hojarasca que antes se encontraban desperdigadas a lo largo de la pared lateral del cementerio más alejada del pueblo. La paisana llamó a las otras mujeres y, entre gritos casi histéricos, comprobaron que, efectivamente, era una mano de hombre, lo que corroboraron al descubrir que se sujetaba a un brazo envuelto en una manga negra que se unía al cuerpo de una sotana. Salieron a la carrera, sin que aquel desplazamiento lento de sus cuerpos mereciera tal nombre, y atropellándose en el habla unas a otras alertaron a todo el pueblo. Poco después, los lugareños más dispuestos habían dejado al descubierto el cuerpo exangüe del párroco, que mostraba una gran brecha abierta en la cabeza como la que podría originar el filo de un hacha.

En verdad se desconoce si la nueva conquista del páter llegó a oídos del obispo. Algún malicioso no es que lo diera por sentado sino que, en base a tal suposición, levantaba sospechas sobre si no sería el asesinato del párroco el encargo de la autoridad eclesiástica a un quinqui ascendido a sicario, cansada de tener que trasladarlo

de parroquia en parroquia, y harta de que sus rígidas advertencias, acentuadas tras el oscuro suicidio por ahorcamiento de Braulia, fueran una vez más desoídas por el rijoso cura.

Otros se inclinaban más por buscar el motivo del crimen en las actividades subterráneas del clérigo a propósito de las catequesis. A veces, cuando coincidían dos o más niñas y niños de aquellos pueblos con la edad oportuna para recibir la confirmación, organizaba sesiones preparatorias para el sacramento. Era una ocasión magnífica para desarrollar engaños bien trazados que le permitían conocer al tacto la madurez sexual de las catecúmenas. Y a pesar de la vergüenza, el miedo, el secretismo y la ocultación por parte de la niña agredida y de su propia familia en su caso, no era infrecuente que se desgajase de aquella actividad parroquial algún rumor de abusos sexuales del cura a una menor. No era esta la circunstancia de la catequesis que en aquel entonces se estaba impartiendo en el pueblo pero ¿quién podía asegurar que no habían existido tocamientos que violentaran a las niñas? ¿Quién podía descartar que un padre colérico, incubando una ira sorda por la agresión a su hija, decidiera cortar por lo sano, y sana parecía la cabeza de Don Zósimo, al menos en lo que al exterior se refiere?

Sea como fuere, las autoridades no se molestaron lo más mínimo en indagar sobre la autoría del crimen del párroco, simplemente hicieron una faena de aliño de cara a los pueblos de la comarca —que, por su parte, sintieron sensación de alivio, de liberación de un elemento sórdido que perturbaba al colectivo—, máxime cuando el propio obispo sugirió que, dado lo penoso del asunto como era la muerte de uno de sus sacerdotes, mejor no prolongar el dolor de toda la Iglesia con indagaciones —no fuera a ser que las pesquisas destaparan asuntos que no estaba dispuesto a permitir que se conocieran fuera del ámbito eclesial—. Como comunicó a la autoridad competente, a él le bastaba con saber que el asesino no se libraría de condena y castigo, y si no había de ser en esta vida, sin duda sería en la otra.

No se encontró el arma homicida por más que se buscara con insistencia por algún adulto desocupado y por los mozalbetes del pueblo, para los que el rastreo resultó una entretenida distracción. El hacha no estaba en la zona próxima al cadáver, sino oculta por la maleza a varios kilómetros de distancia, en un barranco que conocía

bien Higinio Ríguez, vecino del pueblo, a la sazón un joven de diecisiete años.

21

Después de un lento peregrinaje oral de años, el relato de las apariciones en el campanario de la iglesia de Mulasenda del Valle llegó al noticiero Región, una década después de los asesinatos de Braulia y de Don Zósimo:

> *El diario* REGIÓN*, siempre inserto en la actualidad más viva, se ha desplazado al pueblo de Mulasenda del Valle para interesarse por los hechos que últimamente se narran por boca de todos sus vecinos. A saber: que a veces, durante algunas noches de luna clara, se observan en el campanario de la iglesia los espíritus del anterior párroco y de su criada, que murieron hace años en extrañas circunstancias. Opinan los aldeanos que los fantasmas se aparecen con el ánimo de pedir que se aclare quiénes fueron los autores de sus muertes, dado que, aunque oficialmente la mujer se ahorcó, en el pueblo se duda de que fuera capaz de hacerlo. Puesto este periódico en contacto con el obispado, niegan la realidad de tales apariciones —basándose en el informe remitido por el párroco actual— y declaran que no tienen más que decir sobre unos hechos que ya fueron clarificados en su momento por las autoridades policial y judicial. Y que no es de ningún punto adecuado la propagación de tales infundios, por lo que no recomienda su publicación en este diario. No obstante, REGIÓN se debe a sus lectores y, sin tomar posición, les transmite los rumores que circulan por el pueblo desde hace algún tiempo.*

Cuatro años después, el azar determinó que cayera en manos de Ribio de los Descalzos Gómez-Delieri el ejemplar de *Región* que

contenía la noticia de las apariciones en Mulasenda. Por entonces rondaba los veintisiete años, y en sus actividades públicas gustaba de mantener el nombre en toda su extensión —y más si se completaba con el apellido compuesto, que daba mayor prestancia —, o con interlocutores fuera de su círculo más próximo. Sin creérselo del todo, le parecía que su enunciado daba empaque, que contribuía a que fueran consideradas de mayor enjundia sus opiniones o comentarios —por más que fueran lugares comunes o estulticias— si como introducción se expresaba su nombre completo, y no digamos nada al prolongarlo con el apellido compuesto. Era una muleta en la que apoyarse, que desaparecía con sus amigos y compañeros que no estaban dispuestos a gastar tanta saliva para nombrarlo, y que se convertía en un puñal cuando en el entorno familiar respondía al apelativo supuestamente cariñoso de Rizos, resultado de mutilar salvajemente el nombre y dejar vivas sólo las sílabas extremas, denominación ridícula, infantil y contradictoria con su abundante cabello lacio.

No hacía tanto tiempo que Ribio de los Descalzos mostraba un interés desmesurado por el espiritismo, la parapsicología y los ovnis, en definitiva por todo aquello que se manifestaba fuera de la realidad cotidiana y cuya explicación sus adeptos, al menos los más osados, sin ningún pudor, no dudaban en buscarla en teorías descabelladas. Por su parte, Ribio de los Descalzos renegaba de las hipótesis más estrafalarias y, siempre que podía, buscaba razonamientos paracientíficos que daban una impronta de seriedad muy conveniente. Así, en aquel entonces, cuando se trataba de analizar la naturaleza de manifestaciones espectrales, utilizaba con frecuencia el argumento ahora trasnochado del aura como manifestación palpable del cuerpo astral; afirmaba que el aura que acompaña a todo ser humano era objeto científico, comprobable empíricamente mediante la cámara Kirlian que los investigadores kazajos de tal nombre habían desarrollado —cuando, en realidad, se trata simplemente de electricidad estática—. Y con esta matraca agobiaba a Jelia Renán —alardeando de sus conocimientos por haber realizado un Máster en Parapsicología en la Universidad de Turín, cuando en realidad había acudido a un ciclo gratuito de cinco conferencias con tal temática en un local alquilado a esa universidad italiana, y por lo que le dieron un diploma de asistencia

—, una joven menor que él, que estaba adquiriendo un cierto predicamento como médium, y a la que propuso viajar, junto a su amigo Yllán Dalno (encargado de la intendencia), a Mulasenda del Valle para determinar qué había de cierto en la noticia de *Región*.

Y así, una mañana de verano hicieron su aparición en el pueblo, cargados con máquinas fotográficas, un magnetofón, un magnetómetro y unos prismáticos. Se trataba de captar cualquier imagen, sonido y declaración que permitiera conocer mejor el enigma y, sobre todo, que dotara de enjundia el trabajo que el parapsicólogo tenía previsto enviar a la revista *TEMAS DE PARAPSICOLOGÍA*, publicación alimentada por las firmas españolas más prestigiosas en este campo.

Estuvieron recorriendo el pueblo todo el día, recabando testimonios de los lugareños, conociendo la historia de las muertes de Braulia y de Don Zósimo. Pero en lo que a los fantasmas se refiere, con sorpresa comprobaron que no existían testigos directos de las apariciones: todos se remitían a lo que alguna vez dijo que vio la vecina cuya casa estaba frente por frente a la iglesia, observatorio idóneo del campanario en el que se manifestaban las almas en pena. Los comentarios que suscitó hace tiempo la última visión de dicha vecina es lo que había atraído, no se sabe muy bien cómo, al reportero del diario *Región*. Con lógica, Ribio de los Descalzos intentó conseguir el testimonio de la mujer, a lo que esta se negó con determinación (al igual que hizo con el periódico) aduciendo que no quería inmiscuirse en la vida de los muertos, que ellos sabrían el porqué de su comportamiento.

Al llegar la noche, Ribio de los Descalzos se apostó bastante confortablemente en la plaza de la iglesia, desde la que se veía el frente del campanario, perspectiva adecuada, según decían, para observar al fantasma. La luna también se aprestaba a colaborar en el episodio, caso de que se produjese. El equipo había pedido permiso al párroco para permanecer aquella noche en el campanario de la torre, y como el lugar era más bien angosto, Ribio de los Descalzos designó a Jelia y a Yllán para que fueran ellos los que pernoctaran al lado de la campana, excluyéndose él para facilitar el trabajo de los compañeros. Y allí subieron cargados con el magnetofón, una cámara fotográfica y el magnetómetro.

Pasados el ajetreo y expectativa iniciales, la noche pudo ser

tediosa en extremo para Ribio de los Descalzos, si bien, en realidad, una vez cerrados los ojos se le pasó en un santiamén. Observó con los prismáticos la torre en toda su altura, recorrió el frente y el lateral contraído de la limitada panorámica que percibía, y finalmente fijó su visual en el campanario. Ante la ausencia de espíritus paseantes por las alturas, y la posición laxa y próxima a la horizontalidad que adoptó en la hamaca prestada, no pasó más de una hora hasta que el sueño lo atenazó. Despertó sobresaltado y con un dolor intenso en el cuello cuando, próximo el amanecer, Jelia y su acompañante, muy excitados, le espabilaron al moverle un brazo.

—Ribio, ¿viste algo? —le preguntaron.

—¿Eh? Me he dormido un instante. No, no he visto nada.

«No has visto nada; a saber las horas que llevarás aletargado», pensaron más o menos los otros dos mirándole.

Horas antes, después de que Ribio de los Descalzos ocupara la hamaca que había instalado en la plaza de la iglesia, sus colaboradores se dirigieron a la torre, subieron hasta el campanario, tomaron asiento y se acomodaron de la mejor manera que el poco espacio permitía. Una vez estabilizados, Yllán puso en marcha la cinta del magnetófono con alguna esperanza de que luego en ella apareciesen sonidos reveladores. También midió el campo magnético, que no presentaba anomalías, y dejó activo el aparato. Así transcurrieron las primeras horas, bebiendo agua, zumos y café, sin que nada curioso o notable les llamase la atención. Tanta espera y tanto aburrimiento hicieron que, como distracción, Yllán fijase su mirada en el perfil que Jelia presentaba al contraluz, enmarcado por la abertura en arco del campanario iluminada por la luna. Y recorrido el rostro, que definía una línea aguileña del apéndice nasal y unos breves labios sobre un mentón retraído, transitado el cuello y alcanzado el torso, un poderoso y turgente abultamiento definido por una curva de acusada convexidad ancló, de manera inmisericorde, la vista del observador. Ligada a tal silueta la imaginación de Yllán tomó todos los caminos posibles, y fue tanta la tensión que le generó que decidió aproximarse a Jelia a fin de iniciar tímidamente contactos manuales. Mas la reacción fue enérgica. Lo llamó de todo, se indignó por lo que consideraba una ofensa, que si el muy imbécil se creía que era una puta, que había

confiado en él por ser amigo de Ribio, que no volviera a intentarlo o se ponía a gritar y organizaba un escándalo, que se marchaba de allí, que se pusiera en el otro extremo.

Después de las disculpas y el compromiso de no repetir el intento, remitió la calentura y el ambiente se tranquilizó poco a poco. Más tarde, Jelia pareció que entraba en una especie de trance: los ojos cerrados, la cabeza caída hacia adelante, murmurando palabras ininteligibles. Así permaneció casi media hora. Al despertar, la médium estaba muy excitada, y urgió al compañero a salir de allí y comunicar a Ribio su contacto con los muertos. Pero antes de bajar, Yllán la convence de que previamente era preciso rebobinar la cinta magnética y escuchar lo allí grabado, pues algo debería borrar. Sin sorpresas, al comienzo se oyen ruidos del chorro de agua o café en el vaso y breves preguntas intercambiadas a propósito de la bebida. Después de una zona de silencio aturden los gritos extemporáneos de Jelia, cuando la intentona de magreo por parte de Yllán. En el registro final sólo se perciben los murmullos entrecortados e ininteligibles de Jelia en trance. Ante tal panorama, ambos deciden borrar la grabación por completo.

Al comunicarle Jelia su contacto con los esperados seres del otro mundo —había sentido la manifestación de entes que coincidían con el cura y su criada— Ribio de los Descalzos se alegró sobremanera. La noche no se había perdido como se temía: disponía de la base para la publicación de un artículo.

Ya en Madrid, sin pérdida de tiempo, escribió el trabajo y lo envió a *TEMAS DE PARAPSICOLOGÍA*, que lo incluyó en el número de aquel octubre. Con el siguiente texto:

ESTUDIO CIENTÍFICO DE APARICIONES ESPECTRALES EN MULASENDA DEL VALLE

Ribio de los Descalzos Gómez-Delieri
Máster en Parapsicología. Universidad de Turín

Antecedentes

Mi equipo y yo mismo hemos acudido a la llamada del misterio de la otra vida. Llamada que procedía de un pequeño pueblo del suroeste que recibe la denominación de

Mulasenda del Valle, del cual una panorámica se muestra en la fotografía nº 1. En esta localidad, hace catorce años dos hechos terribles se produjeron en pocos meses. Primero fue el suicidio de Braulia Pérez, ahorcándose en su dormitorio, mujer que colaboraba en el mantenimiento de la iglesia y que asistía al párroco Don Zósimo Rufán como criada. Braulia tomó tan funesta decisión al quedar casi destruida su casa y su corral por una fuerte tormenta que anegó el pueblo; al no tener capacidad económica para reparar los daños, desesperada puso fin a su vida. En la fotografía n° 2 puede verse lo que en la actualidad queda de aquella vivienda. En la fotografía n0 3 se muestra su sepultura al pie del camposanto. Semanas después, apareció muerto el sacerdote, con una incisión profunda en el cráneo, en el hueso temporal derecho exactamente. Su cuerpo se hallaba en el exterior del cementerio de Rescañada del Valle, pueblo próximo al anterior del que también era párroco Don Zósimo, y al que nos desplazamos para obtener la fotografía n0 4 (en ella se muestra el lugar donde fue encontrado el cadáver). Hasta el momento se desconoce la autoría y los motivos de tan terrible crimen.

Trabajo de campo

Por el diario REGIÓN tuvimos noticia de que los vecinos de Mulasenda afirmaban haber visto, desde hacía bastantes años, figuras en el campanario de la iglesia del pueblo (fotografía 5), que identificaban como del sexo masculino una, y del femenino otra. Distintos interrogatorios me permiten afirmar que los testimonios proceden siempre de una única fuente: una vecina cuya vivienda se encuentra ubicada frente a la iglesia (fotografía 6), al otro lado de la plaza. También que las apariciones no se manifiestan nunca simultáneamente: o adquiere presencia la mujer o lo hace el hombre, nunca a la vez. En otro orden de cosas, las características de la aparición femenina parecen coincidir con las de Braulia, la mujer suicida. Las del hombre, nadie duda de que cabe atribuirla al párroco asesinado.

Sobre estos sucesos, las muertes y las apariciones, no ha deseado opinar el párroco actual, si bien ha sido muy amable con nosotros, y nos ha permitido acceder al campanario incluso de noche, circunstancia que nos ha facilitado enormemente el trabajo. Quiero desde aquí expresar mi agradecimiento y el de todo el equipo a don Genaro Vives.

En el devenir de la noche que permanecimos en Mulasenda del Valle, el campanario de la iglesia permaneció en observación externa e interna, mediante visualización y por medio de soporte técnico: prismáticos, cámaras fotográficas con trípode, magnetófono y magnetómetro. Por su parte, la vidente Jelia, miembro del equipo, realizó una sesión de contacto con los espíritus en el propio campanario.

Resultados

Los medios técnicos no aportaron ningún elemento que pudiera atribuirse a fenómenos divergentes con la realidad cotidiana. Por el contrario, la sesión de contacto de la vidente tuvo fruto positivo. La médium Jelia, en trance, visionó la condensación del aura en un ectoplasma o cuerpo astral difuso con apariencia de persona erguida. Aunque con dificultad, distinguía lo que parecía una cabeza por encima de un elemento que venía a representar una túnica. En la zona del cuello le pareció distinguir una línea curva individualizada. El otro miembro del equipo allí presente no observó la presencia de la entidad (no es vidente), ni pudo registrar psicofonías ni alteraciones magnéticas.

Discusión

Analizando en detalle la información proporcionada por la médium, y contrastada con los datos que obran en mi poder de lo acontecido al párroco y a su criada, dispongo de elementos suficientes para establecer el siguiente análisis: La línea curva del cuello que presenta la

aparición puede corresponder con la cuerda que utilizó Braulia para ahorcarse. Y también cabe asociarla con el alzacuellos del párroco. La túnica armoniza bien con un vestido, bien con una sotana. La aparición es pues dual, como si ambos entes acordaran manifestarse en un mismo soporte, sea con el fin de economizar el gasto energético, sea al objeto de impedir la incompatible presencia simultánea de ambos: un ministro de Dios junto a una suicida destinada al suplicio eterno.

Ante tales apariciones espectrales me surge ineludiblemente una pregunta trascendental: ¿Qué sentido tienen sus presencias post mortem? Aquí sólo cabe conjeturar hipótesis de trabajo sobre los móviles que pueden inducir a estos entes a mostrarse periódicamente en el mundo de los vivos. ¿Por qué deambula en nuestro espacio físico el espíritu de Braulia? ¿Es quizás su castigo por suicidarse? Si es así, ¿de cuántos años es la pena? A esta pregunta se podrá contestar cuando su espíritu cese de manifestarse. ¿Por qué se aparece el espíritu de Don Zósimo? ¿Reclama que se identifique y castigue a su asesino para alcanzar la paz?

Conclusiones

1. Son ciertas las apariciones de un espectro de mujer/ hombre en el campanario de la iglesia de Mulasenda del Valle. 2. La aparición es dual, de ahí que los entes femenino y masculino nunca se muestren simultáneamente. 3. Los datos confirman que el espectro femenino es el de Braulia Pérez. 4. Los datos confirman que el espectro masculino es el del cura párroco Don Zósimo Rufán. 5. No se tiene información sobre la razón última de tales apariciones. Las hipótesis más plausibles se circunscriben, en el caso de la mujer, a la penitencia por cometer suicidio; en el caso del hombre, a su llamada desesperada para que se identifique, busque, capture y castigue a su asesino.

22

Antes de viajar a Mulasenda del Valle, Darío ha llamado a su alcalde para interesarse por los fantasmas de la torre de la iglesia. Este le confirma que de vez en cuando hay avistamientos; que serán bien recibidos en el pueblo; que él está a su disposición. Junto a Víctor, Maco y Zenón, va con ellos la médium Jelia Renán al solicitar Darío su compañía, dado que fue quien detectó hace once años los espectros del campanario de la iglesia. Desde luego no se le ha ocurrido mentar nada a Gómez-Delieri, sintiéndose incapaz de soportarlo durante todo un viaje, ni siquiera breve.

Las expectativas de obtener algún resultado positivo en aquel desplazamiento al pueblo se apagan temprano al topar con la cerrazón del nuevo párroco, con la que no contaban (Genaro Vives se había jubilado). El objetivo de la visita del grupo le molesta en extremo: «¿De qué apariciones me habla? Si las hubiera serían artes demoníacas. Aquí no se ha manifestado el demonio jamás. Que no, ni hay ni nunca ha habido fantasmas en el campanario. No sé qué hizo don Genaro; en cualquier caso yo no soy don Genaro»; y se opone tajantemente a permitirles el acceso a la torre. Contrariados, deciden deambular por el pueblo y hablar con los paisanos, quienes les informan de que la vecina que visionaba las apariciones había fallecido una semana atrás. Y también, que ha transcurrido bastante tiempo sin noticia de los fantasmas de la torre, convertidos casi en leyenda. La circunstancia de que a los espíritus únicamente los hubiera visto una persona, que esta ya hubiera fallecido, y que no se hubieran producido nuevas manifestaciones en el campanario desde hacía bastante tiempo son para Darío la confirmación de la inutilidad del viaje, a pesar del optimismo de Jelia, segura de que otra vez iba a detectar la presencia espectral del cura asesinado y la fámula suicida, y que además el equipo contaba también con la potencia visionaria de Víctor. Pero, claro, es evidente que para ello

es preciso subir a la torre; el fracaso sería total si no lo consiguen.

Bastante indignado por la información recibida, contradictoria con la que le proporcionó el alcalde, se dirige a la tienda de comestibles de la que es propietario para interpelarlo. El regidor se excusa diciendo que la mujer visionaria ha fallecido después de su contacto telefónico con Darío, de lo que él no tiene culpa, y que sí, que hacía tiempo que ella no había vuelto a mencionar apariciones en el campanario, pero que quizá no lo hiciera para que no la molestaran más los periodistas, o bien, a causa de su cada vez menor visión por padecer cataratas en ambos ojos; dicho lo cual, para él visitas como la suya son muy positivas para el pueblo, útil propaganda si es que se menciona Mulasenda del Valle en los periódicos o la radio o la televisión, por eso él, como alcalde, lo ha animado a venir. Darío le promete que mencionará el pueblo en su programa radiofónico si acude con ellos a tratar de convencer al párroco de que les autorice el acceso a la torre.

Después de comer algo en un bar, acompañados por el alcalde vuelven a visitar al cura insistiendo en su petición con nuevos argumentos. No son estos los que suavizan la postura de aquel, ni la presencia y apoyo del edil al deseo del periodista, sino que, bajo presión, decide consultar telefónicamente al obispado. El resultado de la gestión, positivo para los foráneos, se reduce a permitir una breve visita al campanario de un máximo de tres personas, dado lo reducido del espacio, no fuera a haber un accidente.

Suben Darío, Víctor y Jelia a lo alto de la torre por una estrecha escalera, bastante deteriorada. El viento frío, que apenas se notaba a ras del suelo, alcanza en lo alto una velocidad que lo hace desagradable y, a pesar de las prendas de abrigo que los protegen, sin decirlo, los tres se congratulan de disponer de sólo un breve lapso de tiempo junto a la campana. Sentada en el alféizar de una de las cuatro aberturas, Jelia intenta caer en trance, pero no lo consigue. No obstante, en el aturdimiento parcial que sí logra y luego comenta, le parece percibir alguna presencia, no está segura, no se dan las condiciones adecuadas para alcanzar una concentración profunda, en todo caso la aparición es muy ligera, en absoluto comparable a lo que sintió en aquel entonces. En contraste, Víctor no detecta presencia alguna; nada; en absoluto. Permanecen media hora en el campanario, hasta que el páter comienza a dar

voces desde la base de la torre.

A Darío le sorprende la disparidad de las reacciones de los dos sensitivos —lo lógico, en todo caso, hubiera sido lo contrario: que fuera Víctor, que al parecer posee mayor capacidad de percepción, quien hubiera captado la presencia y no Jelia—, si bien las señales detectadas por la médium ella misma afirma que son débiles. Por su parte, Víctor no comprende que Jelia capte alguna clase de manifestación allí donde él percibe un entorno *limpio*, máxime cuando en su experiencia reciente su propia capacidad sensitiva se ha potenciado de modo extraordinario. Duda de la aptitud de aquella para contactar con esos *otros* entes, y pone en cuestión la fiabilidad de las impresiones de la médium no sólo esa tarde, sino en aquella noche de hace tantos años. Y allí mismo, en el campanario, cuando se disponen a descender por la escalera, Víctor se dirige a la médium:

—Antes de venir a Mulasenda he leído en la revista *TEMAS DE PARAPSICOLOGÍA* el artículo de Gómez-Delieri que trata de las apariciones en esta torre de la iglesia. Y quería hacerte una pregunta, Jelia. Cuando viniste con él al pueblo para estudiar esas presencias, y pasaste la noche en el campanario, ¿conocías antes de entrar en trance lo que les ocurrió al párroco asesinado y a su criada?

—¿Qué intentas decir? ¿Dudas de mi profesionalidad? Si has leído el artículo de Delieri ya tienes la respuesta — contesta sumamente enojada, consciente del escepticismo sobre su reciente contacto que puede leer en los rostros de sus acompañantes.

—De lo que dudo es de que ahora hayas percibido presencia alguna. Yo, al menos, no he detectado nada especial. Y cuando viniste con Delieri, la aparición que viste aquí, en la torre, pudo estar influenciada por la historia conocida de las muertes del cura y de la fámula.

—Si vais a dudar de mí no entiendo por qué queríais que viniese —responde la vidente con enorme enfado, que no abandona durante todo el viaje de regreso a Madrid, acentuado porque la esperada disculpa —aunque fuera insincera— de Víctor no se produce.

No es la primera vez que un trabajo de campo termina en fiasco. Darío ya conoce esa experiencia. No obstante, realiza unos vídeos

de la iglesia y del interior de su torre, de la vista del campanario desde la plaza que descansa delante de ella, y de una panorámica del pueblo; le servirán de apoyo y recordatorio para mencionar el estado actual de las apariciones de Mulasenda del Valle en su programa radiofónico, como se comprometió con el alcalde.

23

Después de la fracasada visita a Mulasenda del Valle, Darío organiza en su programa *Ausencias y presencias* una nueva sesión del espacio *Diálogos*, uno de los más seguidos por su audiencia. En dicho espacio suelen intervenir, además de él como moderador, uno o dos parapsicólogos y algún científico interesado en el tema a tratar, además de algún técnico experto, si es adecuado, y a veces, una estrella invitada, frecuentemente un sensitivo.

En esta ocasión, la estrella invitada es quien debe ser: Víctor Deper y su asombroso relato. Completan la mesa de *Diálogos* los parapsicólogos Beniel y Gómez-Delieri, el científico Lagarda y la sensitiva Rilena Campos —cuya aportación al debate, contrastando sus experiencias con las de Víctor, le parece a Darío que puede resultar de interés—.

Después de los saludos y presentaciones habituales, el periodista inicia el debate.

—Hoy tenemos como tema principal no diría un caso interesante sino extraordinario, único, nunca reportado ni en revistas, ni en libros, ni en radios, ni en televisiones. Un caso que puede revolucionar las ideas que se tienen sobre el otro mundo, el mundo de ultratumba, el mundo de los espectros, el mundo de los espíritus que se cree nos visitan. Pero antes de continuar demos paso a unos consejos de nuestros patrocinadores.

Pasados unos minutos:

—Estimados oyentes. Están escuchando *Diálogos*, del programa *Ausencias y presencias* de *RADIO 10*, en el que vamos a analizar las experiencias del sensitivo Víctor Deper en un piso de Madrid. En esa vivienda vivía un matrimonio, solos los dos, sin hijos. Hace once meses, una noche el marido asesinó a golpes a su mujer. Después se suicidó arrojándose a la calle por el balcón de su dormitorio.

Semanas más tarde, según el testimonio de un vecino, en el piso —que ya se encuentra totalmente vacío, de personas y de mobiliario— algunas noches se oyen lamentos que parecen de mujer.

Selmo Lagarda, hombre jovial, próximo a la cincuentena, es de los pocos científicos que no sólo está dispuesto a acudir al programa de Vildas cuando este lo invita a participar en *Diálogos*, sino que se divierte poniendo en cuestión —y en evidencia la mayor parte de las veces— las afirmaciones con frecuencia desnortadas que realizan algunos de los adeptos a teorías parapsicológicas que allí acuden a debatir. Circunspecto, se muestra algo decepcionado: después de la introducción de Darío esperaba un caso cuando menos original, y no el tan repetido de voces de procedencia desconocida. Si al menos tuviera alguna prueba sonora fiable...

—Dices que un vecino oye lamentos. Sólo un vecino. Algunas veces. ¿Lo habéis comprobado? ¿Nadie, excepto el vecino, los ha oído? ¿Alguien los ha grabado? —pregunta Selmo.

—El que dice oír lamentos, bueno, suspiros según aclara, es el único vecino de planta; los demás están en pisos inferiores. Según su testimonio, oye algo parecido a una respiración entrecortada, como suspiros. Suspiros que nadie ha grabado —contesta Darío.

Ribio de los Descalzos no desaprovecha la oportunidad para introducir su voz engolada en la conversación, e insiste:

—El testimonio parece muy endeble, sin ninguna prueba y sin otros testigos. ¿Cuál es la causa de que no se hayan conseguido grabar los suspiros? Podría haberlo hecho el propio vecino agenciándose una grabadora. ¿No dices que se han oído más de una vez? Ya no hay factor sorpresa.

—Sí, el vecino afirma haberlos escuchado varias veces. No me parece que tenga grabadora ni que se haya planteado grabar los suspiros, pues de otro modo supongo que ya lo hubiera hecho. En cualquier caso, tal grabación no sería muy útil como prueba al realizarse sin los controles necesarios — responde Darío, que siempre se esfuerza en dar una imagen de seriedad, de pulcritud en la verificación de pruebas, si bien muchas veces él sabe que es preciso olvidarse de cualquier tipo de control si no quiere quedarse sin contenidos para el programa.

—Desde que fuimos por vez primera al piso no se han vuelto a escuchar suspiros, según el vecino —interviene Víctor—. Darío lo

invitó a comunicarse con él si se volvían a producir. Hasta hoy no ha recibido ninguna llamada suya, que yo sepa.

—De modo que desde que fuisteis a la casa, desde que Víctor estuvo allí, se han dejado de oír los suspiros. ¿Quizá porque ya no son necesarios? —comenta Zenón, recordando lo que le dijo el sensitivo después de la visita al piso: «Son un señuelo [las apariciones] para comunicarse con nosotros». Aunque no le queda claro quién quiere comunicarse. En cualquier caso introduce un elemento de discusión; es una forma de tomar protagonismo ante los oyentes.

«¡Vaya!, ya está Zenón lanzando hipótesis sin ninguna base. Conviene dejarlo en evidencia», murmura para sí Ribio de los Descalzos:

—¿Qué quieres expresar, Zenón? No está clara tu pregunta. Si en la lógica de la realidad alternativa esos suspiros tienen razón de ser ¿por qué dejarían de ser necesarios o convenientes por la simple presencia en la vivienda de un sensitivo? ¿Por qué iban a desaparecer sin que este efectuara *limpieza* de ningún tipo que eliminase de entes el recinto? ¿O realizaste algún tratamiento, Víctor?

—No, no he realizado ningún conjuro —contesta Víctor, con una sonrisa, divertido con el comienzo de la disputa habitual entre los dos parasicólogos.

—¿Que qué quiero decir? preguntas. Supongamos que los suspiros son un reclamo para conseguir la presencia de un sensitivo con el que comunicarse. Cuando este aparece, conseguido el objetivo, dejan de ser necesarios ¿no es lógico? —aclara Zenón dirigiéndose a Ribio, satisfecho con el resultado de su primera escaramuza con él. Y añade—: Y una vez que se produce la interacción, la presencia posterior del ente es innecesaria, como pudimos comprobar el otro día.

—Sí, ¿pero para qué el reclamo? ¿Qué contacto se establece? —inquiere, con el rostro ceñudo, Ribio de los Descalzos.

Ante los débiles asertos que se utilizan para edificar, ya lo está viendo, una teoría de espíritus fantasmales, Selmo trata de que los argumentos se basen en hechos objetivos.

—Ya estamos hablando de un ente que se encuentra en el piso. Y todo parte de unos suspiros que dice un vecino que oye a veces, sin

más constatación de su existencia real. Y aunque efectivamente se haya escuchado algún murmullo, chasquido o siseo ¿por qué no pensar que son los frecuentes en cualquier vivienda: el viento, las cañerías en este caso vacías, quejidos de la estructura al contraerse o dilatarse que, en un piso sin telas ni muebles además, no se amortiguan o incluso puede que se amplifiquen.

Sin dejarlo finalizar la última frase, salta algo irritado Ribio de los Descalzos:

—¡Vaya! Como era de esperar, vemos una vez más cómo se trata de disfrazar la evidencia, en este caso sustituyendo lamentos o suspiros (que tienen visos de proceder de una persona asesinada) por ruidos de cañerías. Siempre es igual.

Darío toma un sorbo de agua, y decide cambiar de tercio. Se está distrayendo la atención sobre algo que, en realidad, solamente juega un papel secundario. E informa:

—En realidad, los suspiros tienen finalmente poca relevancia si nos atenemos a lo detectado por Víctor en las sesiones de captación.

En ese momento Maco, que también desea participar en el coloquio, pero sobre todo interesado en hacer notorio su trabajo y viendo que se le está escapando la oportunidad, informa:

—En relación con sonidos, disponemos de una psicofonía obtenida en el piso. La conseguimos la noche de la segunda sesión. Puse dos grabadoras funcionando, una en el dormitorio y otra en el salón. Las recogí al amanecer. En las grabaciones se oye perfectamente cuándo Víctor cierra la puerta de la calle al irse; en la del dormitorio aparece la psicofonía. No es de buena calidad. Tenemos discrepancia de opiniones sobre su contenido. La tengo preparada por si queréis oírla.

A la señal afirmativa de Darío, Maco se levanta y va al gabinete técnico, desde donde pone en marcha la grabación. Y se escucha:

“rrrrrrssssss dpuoeldeo sss”

Se repiten las opiniones diversas de Zenón, que insiste en «puede», Darío que sigue entendiendo «puedo», y Víctor que se inclina por «duele».

—Yo entiendo, con bastante claridad, la palabra «duele». Es voz de mujer, angustiada, como quejándose —dice rotundo Ribio de los Descalzos, satisfecho de su profundo análisis.

—Sí, es «duele» lo que se oye —confirma Rilena.

—¿Y tú que escuchas, Selmo? —pregunta Darío.

—Sin ninguna duda lo que se oye es «rrrrrrssssss dpuoeldeo sss» —contesta el científico con un largo esfuerzo de voz, y haciendo una mueca con la boca que explota en risa. Y añade, dirigiéndose a Ribio de los Descalzos—: ¡Ah! Y la voz más que de mujer es de ruido. Ahora en serio: ¿Estáis seguros de lo que oís? Vuestras interpretaciones no son más que pareidolias sonoras.

—¡Vaya! Ahora también la ciencia nos dice que no oímos lo que oímos! —exclama Ribio de los Descalzos, de nuevo incandescente. Le están dando la noche. Lo que le faltaba por oir: pareidolias de voz. No lo soporta. Y menos su sonrisa de superioridad. Porque sea doctor en ciencias. ¿Y qué? ¿Le hace saber más que nadie? Puede que en un plano físico, pero los planos psíquico y sensible le son desconocidos, eso seguro. ¿Y de ellos les va a dar lecciones?

—En cualquier caso parece que la grabación no aporta mucho al caso que nos ocupa. Podríamos seguir con la experiencia de Víctor —propone Zenón.

El diálogo se interrumpe por unas cuñas publicitarias

24

Tras la pausa, Darío se dirige al sensitivo y le incita a exponer su relato.

—Lo primero que he decir es que yo no he oído ningún sollozo, ningún suspiro en aquel piso. La primera vez fuimos Maco y yo. Entramos en el dormitorio. Allí donde se cometió el crimen. Poco después vi cómo una sombra se adensaba lentamente en el aire. En medio de la habitación. Tomaba la forma de una cabeza de mujer. Su cara era espantosa, deformada, manchada de sangre seca — Víctor inicia la narración de su turbadora experiencia, que aun siendo tan repetida no deja de asombrarle, le inquieta, y le sigue generando dudas tanto mayores cuanto más recapacita sobre ella.

—Debo aclarar que sólo días después Víctor supo quién era la mujer y su trágica muerte. Cuando accedió al piso desconocía por completo todo lo relacionado con ella — señala Darío, pretendiendo excluir cualquier sugestión previa del sensitivo.

—¡Qué interesante¡ ¿Y lo que viste se correspondía con el rostro de la mujer asesinada? —pregunta Ribio de los Descalzos, recolocándose el pañuelo granate —a juego con la corbata—que sobresale del pequeño bolsillo de su chaqueta.

—Sí. Después lo he podido comprobar con algunas fotos que se publicaron.

—¿Qué te sorprendió de la aparición? —inquiere Darío, propiciando que Víctor continúe.

—Siempre tengo un sobresalto. Siempre me impresionan las apariciones. No me llego a acostumbrar del todo. Y en este caso todo fue más intenso. Debo confesarlo: la cabeza espectral lo que me produjo fue un *shock*. Tardé algún tiempo en tranquilizarme. Entonces me fui dando cuenta de que había algo distinto a lo habitual en la figura que veía. Aun siendo muy liviana presentaba una nitidez que hacía casi insoportable mantener la mirada en su

rostro. O lo que de él quedaba. Nunca había observado nada igual: los rasgos tan definidos.

En este punto, la médium Rilena, que ha permanecido en silencio y muy interesada en la descripción que de la manifestación de materia astral realiza el sensitivo, muestra su extrañeza en base a su propia experiencia personal:

—El cuerpo astral siempre se manifiesta de forma muy ligera, difusa, imprecisa en los detalles, borrosa. Yo nunca he visto una aparición que fuera nítida, todo lo contrario; me parece muy sorprendente lo que dice Víctor, muy anómalo.

—La explicación de por qué Víctor capta con tanta precisión el espectro habría que buscarla en un desarrollo extraordinario de su capacidad de percepción mental, que le permite ser mucho mejor receptor que cualquier otro médium, incluso mejor que él mismo antes de esta experiencia, como me ha comentado personalmente —señala Zenón.

—Tiene razón la compañera. Yo también veía así las apariciones: difusas. Como si antes mis visiones estuvieran desenfocadas. Como si utilizara una lente incorrecta para verlas. Ahora ya no me sucede. Utilizo la lente adecuada. Ahora soy capaz de enfocarlas con total nitidez.

—De modo que Víctor es testigo de una manifestación del otro mundo. Que no se presenta de manera difusa sino perfectamente nítida. Lo que elimina toda duda —establece con énfasis Ribio de los Descalzos, pensando que él podría escribir un artículo del mayor interés con el material que expone el sensitivo.

Darío observa que el científico no ha intentado intervenir en el diálogo y, después de beber un trago de la botella de agua que tiene próxima, le da pie para hacerlo pidiéndole su opinión sobre la cabeza espectral. Selmo conoce su rol en el programa: debe contener a los exaltados, cuestionar afirmaciones rotundas basadas tanto en débiles o inexistentes argumentos como en la potencia de la voz con que se emiten.

—Admito que vieras lo que dices tan convencido. Pero ¿también lo vio Maco? ¿No? ¿Hay alguna prueba física, objetiva, de tal aparición? Entonces, ¿por qué no considerarla una alucinación? Con esta base, ¿cómo se puede afirmar que se ha eliminado toda duda? Será para los crédulos, débiles a la hora de discriminar entre lo

razonable y lo que pertenece al dominio de la fe —comenta Selmo, dirigiendo su mirada primero a Víctor, después a Ribio, que salta de inmediato:

—Quiero decir que se ha eliminado toda duda para aquellas personas poseedoras de una mente abierta a mundos paralelos, no para las mentes cerradas de los científicos negacionistas, es decir, todos, que únicamente admiten como reales aquellos fenómenos a los que pueden aplicar el método científico —responde Ribio de los Descalzos, con la cara congestionada y un elevado tono de voz, sin que intente disimular su indignación. Y continúa—: Y no a todo lo que acontece en el mundo se le puede aplicar el método científico como prueba de existencia.

—Los científicos, los investigadores de la ciencia, continuamente están ensanchando el mundo en el que vivimos, el real, el cotidiano, indagando, buscando llevar la frontera del conocimiento siempre más lejos. Sólo alguien que desconoce su trabajo puede hablar de mentes cerradas —replica Selmo, con calma, conteniendo las palabras que tratan de torcerse al salir por su boca.

Para evitar la deriva que están tomando las intervenciones, por otra parte bastante habitual y que animan el coloquio, Darío interpela a Víctor:

—La segunda sesión de captación presentó novedades respecto de la primera ¿estoy en lo cierto?

—Así es. Primero aparece la forma, la cabeza, igual que la vez anterior; muy nítida. Segundos después, dentro de la anormalidad de la propia visión, percibo algo extraño, diferente, irreal. Como si la aparición no fuera externa. Como si no ocupara realmente espacio físico. Como si más bien fuera una imagen interna, mental. Una imagen que yo proyecto hacia fuera, o mejor, que la ubico externamente.

—Estás describiendo una alucinación, sin duda —señala Zenón —. ¿Nunca te había sucedido, en ningún otro caso?

—No, nunca. Todo lo que he percibido en el piso ha sido insólito. Muy diferente a las captaciones anteriores. Era como si mi mente se abriera a otra realidad. Como si mi cerebro se hubiera despojado de un velo que lo impedía ver con claridad. Y ahora, sin velo, fuera capaz de alcanzar profundidades de percepción antes imposibles. Como si…

—¡Vaya! ¿Quieres decir que todo lo que has visto es una alucinación? ¿Con tanta nitidez? ¿Qué se ha repetido varias veces? ¿Una alucinación tuya que un vecino oye suspirar cuando tú no estás? —interrumpe dando voces Ribio de los Descalzos, visiblemente enojado; se niega a admitir tal hipótesis, le destrozaría el esquema que su imaginario tiene ya configurado.

—Yo no he oído suspirar a la aparición. Ni un sonido. Ni un gesto. Ni un movimiento. Lo de los suspiros no está nada claro —replica Víctor.

A Selmo se le presenta una oportunidad única de expresar lo que siempre ha supuesto era la explicación a tanta manifestación de ultratumba, pero ahora viene confirmado por un sensitivo, por alguien reconocido como interlocutor con el mundo de las sombras. Y enuncia:

—La experiencia de Víctor parece dejar claro que lo designado siempre como fantasmas son simples alucinaciones.

Rilena no puede dejar que se admita tal idea. Algo nerviosa al oír que se ponen en cuestión creencias para ella sólidamente elaboradas y, también, aquello en que se asienta su modo de vida, afirma, convencida, rotunda:

—Las apariciones que yo he percibido desde luego no son alucinaciones. Es ridículo suponerlo. Nadie que haya tenido contacto con espíritus va a admitir que sus experiencias son alucinaciones.

—Bueno, ten en cuenta que al parecer Víctor ha desarrollado unas capacidades que otros videntes no tienen, como ya te he comentado antes —replica Zenón. Y apoyando la tesis de Selmo, continúa—. Si admitimos como verídica la información que nos proporciona Víctor (no tengo motivos en contrario, pero por prudencia hay que tomarla con mucha reserva), la existencia de seres del inframundo como entes residuales de personas fallecidas habría que ponerla en cuestión, carecería de sentido al ser simples figuraciones mentales. Esto es trascendental, supone una revolución, y por ello, es muy difícil de admitir sin más. Se necesitaría confirmarlo con otros casos de apariciones, acumular experiencias análogas, y no todos quedarían convencidos.

—¿Cómo puedes admitir tal disparate, con tantos cientos de apariciones contrastadas? ¿Van a ser todas artificios mentales del

sujeto que las percibe? ¡Es absurdo! Lo que está demostrado es que son entes del más allá. No entiendo qué pretendes poniéndote a favor de los científicos negacionistas —se expresa soliviantado Ribio de los Descalzos, que en su premura por expresar su airada protesta, lanza las palabras húmedas de saliva, que se deposita en pequeñas gotas en su barbilla y en el micrófono que tiene delante.

Lo cierto es que es un tema trascendente y siempre abierto a discusión, se dice Darío, pero el programa debe avanzar, por lo que ruega a Víctor que continúe con su exposición.

—Como ya he comentado, sentía que la cabeza espectral no era real. Que era una imagen que yo proyectaba externamente. Me encontraba muy confuso, perdido. Me preguntaba qué me ocurría. Quería recapacitar. Observarme desde fuera. Como si me desdoblara y fuera otro quien me hiciera el estudio. Necesitaba profundizar en cómo estaba generando esa figura. Pues bien, realizando ese ejercicio de introspección me sucede algo inusitado, inquietante. Muy perturbador: Soy consciente de que la ilusión me viene impuesta. La cabeza de mujer que estoy viendo la proyecto yo, pero yo no la genero. Alguien me la *dibuja* en la mente. Yo soy quien proyecta la imagen, pero no la origino. Me la implantan.

—¿Una alucinación exógena, impuesta? ¿Es lo que creíste? Muy curioso. Un extraño caso en el que el sujeto se da cuenta de la manipulación de su mente, o que cree que manipulan su mente —opina Selmo, después de algunos segundos de silencio. En realidad, esta noche va de sorpresa en sorpresa. Y cada vez son más interesantes—. ¿Y supiste quién te generaba la alucinación?

—Sí, una presencia. Una presencia que no era la cabeza de mujer. Una presencia que percibía aún después de desaparecer la imagen.

En este punto, Darío considera que es preciso establecer con claridad la nueva perspectiva que se plantea a la hora de interpretar las apariciones de seres de otras realidades.

—Resumiendo lo aportado por Víctor hasta ahora, nos encontramos con una aparición, muy nítida, una cabeza que es fácil de identificar con la de una persona asesinada recientemente en esa habitación. Pero parece ser que la fantasmal cabeza no es real, sino producto de una alucinación del sensitivo. Ahora bien, lo que él percibe como alucinación no lo genera su mente, sino alguien sin

identificar —explica Darío. Y continúa—: ¿Cómo se puede explicar esta circunstancia, Selmo?

—No soy experto en estos temas. No parece sugestión sino alucinación. ¿Cómo se podría producir? Yendo al plano físico, si visualizamos una persona con la cabeza cubierta por un casco con múltiples electrodos, del que brotan numerosos cables que lo conectan a una máquina, no es difícil imaginar que en un futuro próximo sea posible leer nuestros pensamientos midiendo la actividad cerebral, una vez que se conozcan los códigos de conexión de las neuronas. A partir de ahí, la inducción externa directa de pensamientos al cerebro es cuestión de tiempo. No es arriesgado suponer que se podrán inducir tecnológicamente realidades ficticias, virtuales, incluso comportamientos diferentes al que le es propio a la persona. Sin embargo, lo dicho aquí, la inducción externa de alucinaciones de manera sistemática y directa, sorprende por dos razones: una, porque técnicamente aún nos encontramos muy distantes de alcanzar ese nivel y hablamos, por tanto, de una ciencia «posible», no actual; dos, porque, a diferencia de mi supuesto, la comunicación se realiza sin casco, sin electrodos, sin cables, sin ningún implante en el cerebro: es una conexión mente-máquina a distancia, sin elementos de contacto, que de ser posible sería en un futuro más lejano aún, supongo. En definitiva, en el caso de Víctor estaríamos hablando de que ya existe en la actualidad lo que se supone ciencia futura, algo que, al margen de lo contradictorio de su formulación, sería extraordinario y difícil de admitir. Pero eso es ir demasiado lejos. Lo más probable es que lo experimentado por Víctor sea una intensa alucinación producto de un estado alterado de conciencia, sin más. Sin embargo, desde el punto de vista racional, la manipulación tecnológica mental es mucho más plausible que la presencia de espíritus de muertos, en este caso de muerta, como alguno está dispuesto a considerar demostrado —termina Selmo, añadiendo una sonrisa a sus palabras finales.

—Dices que es imposible para la ciencia actual. Pero lo será para la ciencia *humana* actual —comenta Zenón.

—No me digas que vamos a empezar a hablar de alienígenas. Que un extraterrestre es el que origina la alucinación de Víctor. Eso es sustituir la entelequia fantasmagórica por otra entelequia, la de

la presencia en la Tierra de seres del espacio exterior; hablo de su presencia, no de su existencia —refuta Selmo.

Ribio de los Descalzos, ya más sereno si bien mantiene todavía un rictus de disgusto, se ha esforzado en aparentar que no presta atención a los comentarios del científico, mirando fijamente su reloj de pulsera como si fuera la primera vez que lo ve. Ignorando lo dicho por Selmo, se dirige a Víctor:

—¿Y quién era la presencia que se te manifestó? ¿La mujer asesinada? ¿Viste, oíste algo? ¿Te habló?

Víctor recapacita sobre lo dicho por el científico. No hay duda que ha expresado de manera convincente que es imposible que haya sucedido lo que él ha experimentado. Pero comprende la dificultad de admitirlo como cierto; si el protagonista fuera otra persona a él le costaría aceptar como real lo sucedido. ¡Si aún duda él mismo de su propia experiencia! ¡Y aún falta el broche final!

—Esto es lo más sorprendente. Sí, recibí un mensaje mental. Entendí «contacto» —responde Víctor.

—Asombroso. Telepatía. Tenemos la comunicación a distancia. Sin casco. Y la ciencia no ha llegado hasta aquí todavía, como se acaba de decir. ¿No es esta la mejor prueba de que se trata de comunicación con el otro mundo? ¿Se va a seguir negando la evidencia? —se desahoga vehemente Ribio de los Descalzos que, dirigiéndose a Darío mira de reojo a Selmo para observar su reacción al aguijonazo.

—¿Habías recibido anteriormente algún otro mensaje telepático? —se interesa Selmo, que hace caso omiso de la opinión de Ribio de los Descalzos.

—No, nunca.

—Entonces, ¿puedes leer la mente de otro? ¿Puedes leer nuestra mente? —inquiere impetuoso Ribio de los Descalzos, que teme sentirse a la intemperie, desnudo, si el joven es capaz de penetrar en su cerebro.

—No, puedes estar tranquilo. No se trata de leer cerebros sino de intercambiar mensajes mentales. Cuando los mensajes se desean enviar, supongo.

—De modo que el otro día, de buenas a primeras, te das cuenta de que eres capaz de comunicarte telepáticamente. Lástima que no podamos pedir la confirmación del otro interlocutor. Sería muy

interesante. Por cierto, ¿es ser vivo o máquina?, inteligentes por supuesto —inquiere, escéptico, Selmo.

Víctor cae entonces en la cuenta de que jamás va a poder demostrar la realidad de su comunicación telepática, la existencia, en efecto, del otro interlocutor, a menos que otra persona con esa capacidad de contacto lo confirme. Pero ¿existe tal persona?

—Desconozco quién o qué me enviaba mensajes. Le pegunté repetidamente con qué clase de espíritu o ente me comunicaba. Si estaba vivo o muerto. Su respuesta se expresó en mi mente. No se trataba de la manifestación de ningún espíritu de ultratumba. Todo lo contrario. Quien allí estaba era el que en realidad generaba la aparición. A través de mi cerebro. Al menos eso entendí.

—¿Manifestó algo más? —pregunta Zenón, que ya sabía la respuesta.

—Insistí por saber su identidad. Me respondió que no importaba quien fuera. Lo relevante era la comunicación que se había establecido entre nosotros —responde Víctor.

—La comunicación. La telepatía. Todo un mundo sorprendente sobre el que seguiremos indagando en próximos programas —enfatiza Darío dirigiéndose a sus oyentes, ya en el cierre de la sección *Diálogos*.

25

Después de muchos años sin hacerlo, aquel principio de verano Víctor decide pasar unos días en su tierra natal. La visita a sus padres, desde hacía largo tiempo, se reducía a dos o tres días en Navidad. La ciudad no es excesivamente grande y permite que sin buscarlo, simplemente frecuentando en fin de semana sus zonas más populosas, no tarde en tropezarse con Alejo Sánchez, su viejo amigo de correrías, que se ha afincado en su tierra. Y espontáneamente, se suscitará con total libertad el tema de sus visitas a la Mansión de los Robles, cuando en aquel entonces se había convertido para ellos en un asunto casi tabú, que incluso fue el origen de su distanciamiento posterior.

Se citan a tomar unas cañas en un bar del puerto deportivo. Llegado el día y la hora toman asiento en unos sillones cilíndricos de mimbre, mirando al mar que se inicia a pocos metros del lugar donde se encuentran. Mientras aguardan a la camarera, observan el movimiento oscilante de los veleros con el trapo recogido, que inclinan a un lado y al otro sus largos mástiles como metrónomos dibujando el compás de las ondulaciones del agua.

Hacía años que no se veían. Sin duda Alejo se ha superado con nota en volumen abdominal respecto de la última referencia que posee Víctor, posiblemente debido al adocenamiento en el que algunos varones se sumen a los pocos años de contraer matrimonio, como si se sintieran fuera ya de cualquier circuito competitivo de atracción física, como si una vez casados no tuvieran ya la necesidad de obtener la aprobación estética de la mujer.

—Trabajo en el Ayuntamiento. Soy administrativo de la Concejalía de Cultura —responde Alejo al interés de Víctor por

sus actividades. Y prosigue—: A veces la labor es gratificante, otras tediosa; depende del proyecto que se esté desarrollando. Ahora, precisamente, acabo de recibir el encargo de realizar un

inventario de los bienes que permanecen en la Mansión de los Robles ¿te acuerdas?

—¡Cómo no me voy a acordar! —exclama Víctor. Se inclina sobre la mesa para alcanzar una aceituna del platillo que acompaña a las bebidas, e inquiere—: ¿El Ayuntamiento ya se ha hecho cargo del palacete?

—Así es; se ha tomado con interés restaurar el edificio, recuperarlo para el patrimonio inmobiliario municipal; destinará la casa a centro cultural o a dependencias administrativas.

Víctor coge su vaso y se lo acerca, pero interrumpe el movimiento antes de llevarlo a la boca. Cae en la cuenta de que se le ha abierto una posibilidad inesperada, no sólo de repetir lo vivido con aquella aparición del Aula 4 —si bien ahora con la experiencia y la madurez de las que carecía entonces— en el supuesto de que aquella entidad persista, claro, sino sobre todo de contrastar las impresiones percibidas en el piso de Madrid, verificar si aquí también detecta la presencia de un ente desconocido. Y si hubiera suerte y se produce un contacto, intentar que le sean dadas respuestas a tantas cuestiones que le obsesionan. Tendrá que pedir el favor al funcionario que tiene al lado.

—Así que tienes que ir a la casona a realizar el inventario de bienes. ¿Vas a incluir el fantasma? —pregunta, echando una carcajada.

—No es mala idea, como objeto de valor turístico. —Y tras una pausa—: Estoy pensando, ¿no te gustaría acompañarme? Para que atrapes al espectro; sólo tú lo ves. Siempre que me prometas que vas a contener el vientre —responde con otra risotada Alejo, e ingiere un placentero trago de cerveza.

Se ha roto el hielo. Como si dieran un salto atrás de tres lustros. Se han distanciado mucho tras varios años sin contacto y precisamente en la transición a la edad adulta —quizá un ¡adiós! por la calle, en alguna Navidad— y, aunque persiste afecto mutuo, es en realidad una afinidad antigua, anquilosada, de adolescencia, que desconocen si se va a agrietar con un nuevo contacto al descubrir que, lógicamente, no son ya las mismas personas.

—Me parece perfecto. Como en los viejos tiempos, pero ahora con llave. Cuenta conmigo.

A las diez de la mañana del día siguiente, los dos amigos se

encuentran delante de la verja que protege el viejo edificio. Seguramente es la primera ocasión en que se abre la casona desde que se cerró el internado. A pesar de su estado de dejadez, de abandono —si bien en alguna contada ocasión se ha cortado la maleza del jardín para evitar que se convirtiera en un basurero—, el palacete se mantiene intacto, extrañamente sin sufrir robos ni incursiones vandálicas, quizá protegido por su aura fantasmal que agita la imaginación de quien se acerca demasiado, según dicen. Esta vez ambos se introducen en la mansión por la puerta principal, el lado opuesto al utilizado hace tantos años. Penetran en un amplio vestíbulo desde el que se accede a dos grandes estancias, una a cada lado. En frente, a la izquierda, se eleva una orgullosa escalera de mármol que crece —mediante dos giros diestros de noventa grados — hasta alcanzar la planta superior. Detrás de la escalinata, el vestíbulo se transforma en un amplio pasillo al que se abren lo que antaño fueron aulas y gimnasio.

Al abrir las ventanas del *hall* la luz del sol ilumina la pátina de polvo y humedad que ha ido envolviendo todo. Huele a moho. Telas de araña inundan rincones, se columpian en ventanas, se sujetan a los adornos de escayola allí en lo alto, comunican esquinas de muebles próximos, se anclan en los cuadros que singularizan las paredes, visten al enorme arácnido de bronce y cristal que dormita suspendido a cierta distancia del techo. Los dos hombres se mueven por la entrada imprimiendo sus pisadas en la capa de polvo que oculta el mármol del suelo, a la vez que bracean con reiteración para rasgar el tejido de seda adherente que trata de sujetarles.

Alejo alcanza el salón de la izquierda, donde realizará fotografías y dará inicio a la relación por escrito de los objetos presentes. Víctor, por su parte, se dirige al pasillo en busca del Aula 4. El silencio es casi absoluto y la visibilidad escasa: tras la escalera apenas llega la luz de las ventanas abiertas. Según avanza, a la par que bate sus brazos librándose de filamentos pegajosos, mira a derecha e izquierda tratando de localizar el cartel que señala el lugar donde por vez primera, hace ya un quindenio, contactó con un ser ajeno al mundo de los vivos. O eso creyó. Para suprimir tan escasa visibilidad alcanza el final del pasillo, y tantea y abre la ventana que allí se encuentra, brotando una iluminación cegadora en un primer instante. Se vuelve y mira los rótulos que acompañan

a los distintos accesos. Ahí está. La puerta del Aula 4 es previa a la que da paso al *office* y a la cocina —su vía de entrada cuando allanaron la vivienda en aquel entonces—. Abre la hoja de sólida madera con algún esfuerzo, lo que provoca el quejido de sus goznes sorprendidos del giro, olvidada tal función. Hacia el interior escasamente se ve. Todo está oscuro, apenas alcanzan débiles reflejos.

Si bien es ya experto en estas lides, volver a repetir aquella experiencia y, sobre todo, la incógnita de si las sensaciones y revelaciones vividas en el piso de Madrid se van a reproducir, le inducen un cierto estado de ansiedad que se acentúa al asomarse al vano que se muestra delante de él. Da un paso y tropieza con algo en el suelo. Se agacha y recoge una linterna que apenas distingue; no enciende. ¿Será aquella que se le cayó al entrar por vez primera en esa habitación? Mira hacia adelante, no hay atisbo de figura alguna. Sin embargo, entonces, en ese lugar apareció la imagen difusa de un hombre muy alto y mal encarado que se le quedó mirando, y que posteriormente identificó como el director del internado establecido en la mansión. Allí y en aquel momento es cuando tuvo noticia de su singular capacidad de percibir esos *otros* seres. Mas ahora no hay nada; nada se vislumbra, sólo aprecia sombras. Duda. Va a darse la vuelta para pedir una linterna a Alejo, si es que de alguna dispone, cuando advierte la *presencia*. Sí, no se equivoca; igual que en el piso de Madrid. La oscuridad no presenta ningún perfil, ninguna alteración, pero repara en que no está solo en aquel recinto.

Ahora advierte cómo un mensaje intenta abrirse camino en su cerebro. Imagina conceptos, ideas que no se asientan —como si visionase fotografías muy desenfocadas o tomadas con filtros que distorsionan los objetos— hasta que van tomando perfiles definidos. Alguien procura comunicarse mentalmente con él. El contacto se concreta: entiende que su emisor considera innecesario utilizar reclamo espectral alguno dada ya su presencia. Excitado, ansioso pero lúcido, desea preguntar y preguntar y preguntar, sin que alcance a articular palabra como era su intención. Y en ese estado se desliza el tiempo, con suavidad y muy lentamente, como si se dilatase para ampliar su capacidad de asimilación, para permitirle ir habilitando estantes donde situar nuevos saberes.

De repente es conocedor de un amplio contenido de información; de improviso es consciente de que ya tiene satisfechos casi todos los interrogantes, no con la secuencia de su cuestionario casi sin formular, sino en conjunto, de manera global, panorámica. Un archivo al que puede acceder para despejar incógnitas. Como que los *emisarios* —como luego los denominará— se comunican entre sí a través de un canal superior compartido donde acumulan información; de ahí que su contacto con uno de ellos en Madrid sea conocido por todos los demás. De hecho, comprende ahora que su conexión telepática no es individualizada sino más bien conjunta. O como conocer que los *emisarios* no son espíritus, no son seres inmateriales, sino que se regulan energéticamente mediante el contacto con fuerzas naturales. «Bueno, es lo que hacen los seres vivos, y también las máquinas, en última instancia todo se nutre de energías que proceden de la naturaleza», comenta para sí. «Pero, ¿cómo captan la energía: devoran seres orgánicos o se conectan a un enchufe?», se pregunta irónico. Tal precisión no va incluida en la respuesta que se le proporciona, al igual que en otros interrogantes. Y al profundizar en la información recibida, se da cuenta que genera más dudas que certezas, que no es tan amplia o precisa como le pareció en un primer momento, que no dispone de la mayoría de las claves que se necesitan para realmente comprender. Y ya no es posible exponer nuevas dudas al *emisario* pues, como si ya hubiera ultimado su trabajo, si no tuviera más que decir, ha cortado la comunicación con él.

En cualquier caso, el conocimiento adquirido, si no tan amplio como le pareció inicialmente, es extraordinariamente significativo. Tan relevante que incluye un mensaje que le deja asombrado: un increíble enlace entre nuestro pasado y nuestro futuro. Y que señala la razón de la presencia de los *emisarios* (de ahí el nombre que les da). En un principio el mensaje no se le hace evidente como un todo, hasta que engarza las ideas parciales, lo completa con ayuda del comunicante, y es entonces cuando se le muestra en toda su profundidad. Es inquietante, turbador. Nadie lo aceptará como cierto. Únicamente él, que está un paso por delante de los demás, será quien no dude. Y de súbito es consciente de que el bagaje de conocimientos adquirido es el resultado de un intercambio. Para recibir información ha necesitado ofrecer (o le han imbuido a que lo

haga) un compromiso lógico, consecuente, de interés para sus interlocutores, que se siente obligado a cumplir.

Han transcurrido más de dos horas. Alejo, ocupado en el inventario del vestíbulo y de los salones de la planta baja, no cae en la cuenta hasta este momento de que Víctor no regresa de su incursión por el pasillo. Y se acuerda del Aula 4. Al buscarlo allí, lo encuentra sentado en el suelo con la espalda apoyada en el marco de la puerta, inmóvil, absorto, con la mirada desenfocada. Permanece medio minuto a su lado, hablándole, sin que reaccione, totalmente ajeno a su presencia. Le toca el brazo y Víctor da un brusco respingo, como cuando alguien se despierta repentinamente de un sueño profundo. Mira desconcertado alrededor, hasta que gira hacia lo alto la cabeza y fija su mirada en Alejo; entonces se levanta y se sacude el polvo que mancha sus pantalones.

—¿Te ocurre algo? Estás como ido —le pregunta, preocupado por su aspecto.

—No, estoy bien. Sí, estoy bien. Me duele un poco la cabeza, eso es todo —responde algo aturdido, aún con un cierto descontrol de su cuerpo.

—¿Te has encontrado con el espectro? No te he visto correr —intenta bromear el amigo, volverle a la normalidad.

—No, no he visto ningún espectro. Pero sí está el *emisario* —responde con tono serio.

—¿Qué emisario? ¿De qué hablas? Aquí no hay nadie.

Víctor fija su mirada en Alejo. No tiene ningún interés en intentar convencerlo, y menos de discutir con él. Ahora no, en todo caso no es este el momento. Está bastante desconcertado.

—Me lo pareció. No lo entenderías. ¿Te marchas ya? Yo sí he terminado. Estoy muy cansado. Gracias por darme la oportunidad de venir.

Y sin más se dirige a la entrada. «Realmente no hay quien lo entienda, sigue igual de raro», piensa Alejo, que ve cómo su silueta al contraluz se aleja por el pasillo, sobrepasa la escalinata y desaparece. Poco después surge un estallido breve de luz al abrir y cerrar la puerta principal, junto a un golpe seco.

Al finalizar la jornada laboral, Alejo se dirige a su casa con el pensamiento fijo en el modo de comportarse de su amigo. Está molesto con él; no le parece amistosa la manera de abandonar la

Mansión de los Robles, sin aclarar lo del emisario, sin decir nada de lo sucedido, pues algo le ha trastornado para sumirle en el estado casi catatónico en el que lo encontró esta mañana. Entiende que le debe una explicación, por más que sólo sea en agradecimiento a permitirle la entrada en la casona que tanto le interesaba. Con esa idea lo llama por teléfono, y quedan en verse aquella misma tarde.

Relajados, sentados mirando los faros de la bocana del puerto, Alejo intenta que Víctor le acerque a su secreto, pues algo sorprendente tiene que existir tras su anómala manera de comportarse. Ahora ya no va a negarle con empecinamiento —como cuando entraron en el caserón hace década y media— que los fantasmas vistos por el sensitivo sean delirios absurdos; está dispuesto a escuchar e, incluso, a realizar un esfuerzo para asumir la posible existencia de esa realidad en la que no cree, un amigable y voluntarioso intento de abrazar, siquiera parcialmente, la fe en apariciones del más allá.

—¿Me vas a decir qué te pasó esta mañana?

—Siento haberme comportado de manera tan desabrida contigo. Estaba confuso y trastornado. Necesitaba estar solo. Sufrí una fuerte conmoción allí dentro. Si bien la esperaba, la impresión me resultó muy intensa. Estuve alterado bastante tiempo. Al menos así me pareció.

—¿Una conmoción? ¿Por qué?

—El *emisario*. Lo que me dijo.

—¿Lo que te dijo un emisario? ¿Viste alguien dentro? Yo entré después y no había absolutamente nadie.

—No, no lo vi. No se los ve.

—¿No se los ve? ¿A cuántos? Si no los ves ¿cómo sabes que están? ¿Los oyes? —a pesar de su buena disposición, Alejo no puede reprimir una sonrisa de suficiencia al realizar las preguntas. Y a continuación añade— ¿Por qué no se los ve? Claro que en el Aula 4 no había luz, y no abriste las ventanas.

—Aunque haya luz no se los ve. Se mimetizan totalmente con el medio. En la casona posiblemente hubiera sólo uno. Pero al estar conectados entre sí considero que mi comunicación es múltiple.

—¡Estás de coña! ¿Verdad?

—Te estoy hablando totalmente en serio. Querías que te dijera lo que me había pasado esta mañana ¿no?

—Está bien. ¿Y te comunicas con ellos? ¿De verdad? ¿Y en qué idioma hablas? —el esfuerzo de Alejo por atribuir veracidad a las palabras de Víctor es cada vez menor, y la ironía se va abriendo paso al enunciar sus preguntas.

—Telepáticamente. Mi comunicación con ellos es mental. No sabes el enorme esfuerzo que me supone.

Alejo se mueve inquieto en su silla. Da un trago de cerveza. La historia está yendo demasiado lejos. Una cosa es que se comporte amablemente, que le deje relatar su experiencia como mejor le parezca, y otra muy distinta es que lo considere un estúpido. Pero sigue sin poder evaluar el grado de sinceridad en lo que narra.

—Ya. Telepatía. —Y le mira a los ojos por si ve un indicio de burla o engaño—. Y esos *emisarios* que dices, que no se los ve y se comunican telepáticamente contigo ¿son almas en pena o qué son?

Víctor reconoce que no es fácil para cualquiera que lo escuche, y menos para aquellos que tienen el escepticismo muy arraigado, admitir sus explicaciones. A él mismo le cuesta asimilar la información recibida. Y qué decir sobre los *emisarios*, las dudas que generan, la necesidad de verificar su existencia real. Ha de ser, pues, comprensivo. Aceptar sin enfado que su interlocutor no borre su continua sonrisa despectiva.

—En absoluto. No son seres de ultratumba. No existen tales seres. Precisamente son ellos los que los conforman. Mejor dicho, son los que inducen en algunas personas la percepción de fantasmas.

Alejo está asombrado. Es insólito. Estaba incluso dispuesto a escuchar que se había enfrentado al mismo espectro de aquellas otras veces. Pero no esta nueva historia. Necesita realizar un esfuerzo de contención para mantenerse en actitud digamos seria, tolerante, y no lanzarle que no cree ni media palabra de todo el cuento.

—¿Quieres decir que tus *emisarios* viven en nuestra propia realidad, en nuestro mundo? ¿Y qué son como productores de las películas que ven las médium, las videntes?

—Sí, eso quiero decir.

—Pero, ¿qué son? ¿Qué hacen? ¿Qué buscan?

—Buscan personas con capacidad telepática. De hecho, las supuestas apariciones espectrales son un reclamo. Intentan atraer a

hombres o mujeres sensitivas con las que contactar. Piensan que es el grupo humano que mayor probabilidad tiene de desarrollar esa aptitud.

—Y cuando lo encuentran, como dices que es tu caso, ¿qué sucede?

—¿Suceder? Nada. ¿Por qué tiene que suceder algo? —responde sorprendido Víctor, cuando cae en la cuenta de nuevo que en el Aula 4, sin ser muy consciente, abrumado en aquel momento por la tensión y el estupor que le suponen su conexión telepática, efectivamente había asumido un compromiso que casi tenía olvidado. Pero se trata de un tema delicado del que, en absoluto, debe dar noticia. Y para evitar que insista de nuevo en el tema, decide dar por concluido el encuentro. Mira el reloj—. Bueno. Se hace tarde.

Y diciendo esto llama al camarero, paga y se despide del amigo hasta otro día de ignorada fecha, pues ha finalizado ya su semana de vacaciones y regresa a Madrid. Antes de dirigirse al aparcamiento, echa una última mirada a los veleros que se apelmazan a lo largo del pantalán, cómo van perdiendo su individualidad hasta fundirse en una mancha gris que se diluye en la noche. Las imágenes del puerto catalizan los recuerdos diurnos de la Mansión de los Robles que lo trasladan a emociones adolescentes de indagación y desconcierto, de hallazgo íntimo y de angustia e incertidumbre. «Ahora la situación es muy diferente», se dice. «Sorprendentemente, sin pretenderlo, he accedido a las claves que desvelan la naturaleza de las apariciones del inframundo. No sólo eso; también las del futuro, aunque no sé si hubiera preferido ignorarlas.»

Alejo, de pie, ve marchar a Víctor, y la distancia física la asocia —sin proponérselo y con pesadumbre— con la desviación de la realidad que sospecha sufre su amigo, al brote de locura que parece le ha incendiado el cerebro y le hace vivir en un mundo ficticio de hombrecitos invisibles, locura que debió iniciarse aquella primera vez, que hoy ha tomado fuerza y ya le domina por completo.

26

Al regresar a Madrid, de vuelta de la semana de vacaciones, Víctor envía un mensaje a Darío Vildas relatando su experiencia en la Mansión de los Robles.

Después de nuestra infructuosa visita a Mulasenda del Valle estaba ansioso. Deseaba confrontar las experiencias que viví en el piso de Castro. Quería saber si se volvían a repetir en alguna nueva aparición. La oportunidad me ha surgido recientemente. En el lugar donde sufrí —nunca mejor dicho— mi primera experiencia paranormal. Curiosidades del destino. Tomé unos días de vacaciones. Fui a ver a mis padres. En mi ciudad natal me encontré con mi viejo amigo Alejo. En la actualidad es administrativo en la Concejalía de Cultura. En esas fechas iba a realizar el inventario de bienes de la Mansión de los Robles, casualmente. Me permitió acompañarlo a la casona. Quería revivir aquel antiguo contacto. Con el espectro del tenebroso director del internado. Pero tenía el convencimiento íntimo de que no iba a encontrar nada, después de tanto tiempo. No pude estar más equivocado. Es cierto que no hubo manifestación visual alguna. Sin embargo sí detecté al menos una presencia, un emisario. Así los llamo. Como el de «nuestro» piso de Madrid. Finalmente pude comunicarme con él. Aunque con gran esfuerzo al principio. El contacto fue extenso. Me permitió obtener información que considero relevante. Como saber dónde contactar con ellos. Allí donde surge una aparición fantasmal hay un emisario. Y no se encuentran en aquellos lugares por casualidad. Son numerosos y

En este punto se interrumpe el mensaje. Darío espera ante el ordenador que Víctor reanude la información con un envío adicional, si bien no le llega ninguno.

Horas más tarde, Darío contacta por teléfono con el sensitivo, «¿o quizá llamarlo visionario sea más adecuado?», se pregunta. Este se disculpa por la interrupción del correo, «No, no es que hayan interferido los *emisarios*» —le dice, respondiendo a la broma—. «He tenido que resolver un problema urgente».

Darío busca en el ordenador el correo interrumpido. Y lee la última frase.

—Decías que son numerosos.

—Sí, claro. Los hay cuando se producen apariciones. En cada manifestación espectral. Ahí están ellos. En cualquier lugar. Y han estado siempre. Y seguirán.

—¿Pero qué son? ¿Cuerpos astrales de difuntos? ¿Espíritus malignos?

—No, nada tienen que ver con el mundo de ultratumba. Ni con seres espirituales, benignos o malignos —responde rápidamente el sensitivo. Pero lo piensa mejor—. Perdona, miento. Claro que tienen que ver. Son precisamente los *emisarios* los que nos hacen percibir los espectros. Ellos nos inducen la ilusión de estar en presencia de almas errantes, de espíritus sombríos.

Nada nuevo. Víctor sigue con su teoría: no hay aparecidos, no hay espectros, no hay en definitiva ningún tipo de manifestación de otra realidad; todo es ilusión, quimera, alucinación inducida. Darío no se convence. Es difícil admitir que todo ese mundo de ultratumba, tan persistente, sea engaño, sea apariencia, sea humo, sea nada. Y es entonces cuando se le enciende una señal de aviso: se contempla en su propio espejo jugando el papel que siempre ha asignado a otros; se ve como una persona que se resiste a abandonar su sistema de creencias, su conjunto de hipótesis organizadas con más o menos coherencia, en definitiva su espacio de referentes tomados como estables por repetidos, y en el que se maneja confortablemente. Se comporta de modo análogo y simétrico a lo que le sucede a la persona que se rige por el hemisferio cerebral izquierdo, lógico, racional: no admite que fenómenos inmersos en otra realidad, paralela, ajena a la razón, alteren su propia realidad; rechazan de manera sistemática

cualquier perturbación de este tipo. Y ahora es él, una persona digamos *sensible* o *emocional*, a quien le cuesta aceptar explicaciones que pueden considerarse lógicas —y que paradójicamente sí le serían fáciles de admitir a una persona *racional*— pero que contradicen la realidad paralela cuyas coordenadas conoce y en la que se desenvuelve con soltura. Se siente extraño e incómodo, desplazado de su ubicación habitual. En todo caso, lo primero es conocer más de esos supuestos nuevos entes.

—Comprenderás que la existencia de los *emisarios* de los que hablas me resulta difícil de admitir. ¿Y a qué viene lo de *emisario*? Pero siguiendo tu discurso, ¿con qué propósito nos inducen alucinaciones? ¿Por qué no se manifiestan directamente?

—*Emisarios*, mensajeros. Controlan e informan sobre el desarrollo de nuestra capacidad cerebral. Su interés es tomar contacto con mentes telepáticas. Aguardan a que la evolución del cerebro humano alcance a poseer tal capacidad de comunicación. Las apariciones son un reclamo para atraer a personas sensitivas. Consideran que son las más propicias a desarrollar telepatía; es su caladero, digamos.

Y es entonces cuando el periodista repite la pregunta que ya le hizo Alejo, y que ahora no puede eludir:

—Y cuando encuentran a alguien capaz de comunicarse telepáticamente ¿qué sucede?

Víctor se encuentra de nuevo con la dificultad de ocultar su compromiso con los *emisarios*. No es conveniente que se conozca; podría dificultar su aplicación. No obstante algo ha de explicar a Darío: como que le implican en la búsqueda de otras personas como él, dotadas de capacidad telepática, para propiciar su desarrollo. Sí, eso es. Suena convincente. Y así se lo expone. Y añade:

—De repente hemos dado un enorme salto en nuestro conocimiento del inframundo. Sabemos lo que hay en el paisaje de los muertos, me parece. Ahora conocemos que está vacío. Sin espíritus que lo habiten. Que en realidad no existe. Que el mundo de los espectros está basado exclusivamente en construcciones mentales. Muy poderosas, desde luego, pero artificiosas. Hablar de espíritus, de espectros, suena ya fuera de lugar ¿no crees?

Víctor habla con una seguridad que no deja el más mínimo

resquicio a la duda. La rigidez del converso. A Darío le parece exagerada esa postura. Después de todo, ni presenta algo sólido, ni hay nadie que corrobore lo que dice. No es que ponga en duda su sinceridad ni que no sean coherentes sus conclusiones a raíz de lo que dice ha experimentado en las sesiones de captación; la cuestión es si todas sus vivencias son precisamente una suerte de alucinación. Sin rechazarlas totalmente, se siente incapaz de aceptar las nuevas ideas. Incluso si se mostrasen evidencias de la veracidad de las afirmaciones del sensitivo, el proceso de maduración, de asentamiento, de aceptación, le requeriría un cierto tiempo.

—No vayas tan deprisa. La teoría de la alucinación inducida por los *emisarios*, aunque fuera aceptada, no explica todos los fenómenos parapsicológicos. Por ejemplo, ¿qué ocurre con la telequinesia?

—La telequinesia es un juego de gravedad-antigravedad; lo realizan con el mismo objetivo que las apariciones. Dominan una fuerza opuesta a la gravitatoria, la emplean como agente propulsor en sus desplazamientos. Hasta ahí me dejan saber; no sé cómo la generan o la captan. Y si me lo dijeran seguramente no lo entendería.

—¿Y, por cierto, los suspiros que oyó Ríguez también fueron inducidos? ¿Y cómo se enteraron los *emisarios* de la muerte de Silia o del director del internado?

—¿Los suspiros?, los *emisarios* son capaces de generar físicamente sonidos sin mayor dificultad: suspiros, llantos, ruidos, golpes... Y respecto a las noticias de las muerte de Silia o del director, con su capacidad mental, con su red de información, ¿te parece complicado que puedan conocer todos los datos que les interesan?

—Es posible que para ti la realidad de los *emisarios* y sus manipulaciones sea evidente, pero en absoluto lo es para el resto de los mortales. Estaríamos ante una revolución, la caída de hipótesis hasta ahora generalmente aceptadas, incluso de algunas creencias, pero no hay pruebas fehacientes de lo que tú percibes. Debemos ser prudentes e introducir el nuevo enfoque con cautela, no vaya a ser que nos tomen por lunáticos.

Víctor queda en silencio unos segundos. Si bien ha pensado con frecuencia en la dificultad de demostrar sus contactos con los

emisarios no por ello deja de molestarle la carga de escepticismo de las palabras del periodista, un profesional que realiza su labor en ese mundo de fenómenos insólitos. Un problema complicado de resolver. Sería posible demostrar la certeza de sus asertos comunicando algún descubrimiento científico proporcionado por los *emisarios* y desconocido por la ciencia humana como, por ejemplo, la antigravedad precisamente, pero no parecen dispuestos a proporcionar información llamémosla *sensible*, a transmitir conocimientos que puedan ir en contra de sus objetivos o de su seguridad; y claro, afirmar que la antigravedad existe, así, sin más, es un brindis al sol.

—Es tu labor. Desde luego mi prioridad no es que se me crea. Yo ya conozco lo que hay de cierto en este tipo de fenómenos. Y a ello me voy a atener. No tengo por qué hacer proselitismo.

—Pero dado que el intento de Mulasenda no tuvo éxito, sería conveniente procurar de nuevo que tú y algún otro sensitivo tuvieseis contacto con los *emisarios*, afín de poder contrastar vuestras impresiones.

—Darío, comprenderás que, conociendo lo que existe detrás de las apariciones, no tenga interés en realizar nuevas sesiones de captación. Al menos de momento. Aparte, si hasta ahora ninguna médium ha sentido la presencia de un *emisario* no va a cambiar su percepción porque yo me encuentre presente.

—Está bien. Otra cosa. Dices que no son espíritus, que no proceden del inframundo. Entonces, ¿qué son?

Víctor no dispone de más tiempo, o eso arguye, y de inmediato se despide del periodista prometiendo enviarle un correo con algunas claves más, necesarias para interpretar la información desconcertante que ha desencadenado el asesinato de Silia.

—Te enviaré un mensaje que recibí en la Mansión de los Robles. Un mensaje trascendental que me impactó sobre manera. Estando en conexión con el *emisario*, me surgió en la mente. No puedo quitármelo de la cabeza. Lo tengo presente de manera continua. Un mensaje muy simple, por otra parte. Desentraña la conexión con nuestro pasado y nuestro futuro. O al menos nos plantea un itinerario diferente a todos los propuestos hasta ahora. Nos habla del alfa y la omega. Nos propone una nueva teología. Te lo enviaré por escrito, tal y como lo percibí.

—Espera. Hablas de *emisarios*, pero ¿de quién? ¿De quién son mensajeros?

Pero la comunicación se corta. Y transcurrirá un año hasta que se produzca un nuevo contacto directo entre ellos.

27

Los últimos acontecimientos, y en particular su última visita a la Mansión de los Robles, han cambiado a Víctor. Nunca se sintió un hombre diferente. Ni siquiera en su adolescencia, cuando fue consciente de su capacidad de percibir entes que existen al otro lado del umbral de la muerte. Y si se creyó distinto en un primer momento fue en sentido negativo: como si su descubierta capacidad lo alejara del ámbito de lo normal, lo incapacitara para relacionarse con otras personas, como si los demás fueran a excluirle por visitar zonas prohibidas donde se ubican los muertos que intentan aproximarse a los vivos, como si fuera un débil mental o estuviera enajenado. Más tarde asumió su capacidad —en vez de como una lacra o un desafortunado azar— de modo favorable, positivo, un don, una aptitud adicional que lo enriquecía como persona, una cualidad que le permitía profundizar más en el grosor de la realidad, al igual que otros poseen la capacidad de componer música que subyuga, de pintar inalcanzables sueños, o de escribir libros que subsumen al lector. Pero ahora es diferente, algo ha cambiado después de sus últimas vivencias. Su capacidad telepática y su contacto con los *emisarios* le hacen sentirse un ser singular, especial, un ser elegido no importa por quién, con la convicción de que debe centrar su vida —o al menos parte de ella— en desarrollar el compromiso que ha aceptado, sabedor de que en el momento actual él es quizá el único capaz de llevarlo a cabo, y posiblemente esté en lo cierto.

Una vez en Madrid, Victor se pone en contacto con Rilena Campos, y la invita a cenar. Hacía tiempo que habían coincidido en el programa *Ausencias y presencias*, mas de aquel contacto no surgió afinidad alguna, sobre todo porque Rilena se puso de uñas con la exposición del sensitivo al cuestionar no únicamente

convicciones firmes que ella sustentaba, sino además la base de la que se nutre gran parte de su actividad laboral. No obstante, cuando recibe su llamada, recuerda a un hombre de presencia agradable, alto, joven, bien vestido y relativamente apuesto, al que no tiene mucho sentido rechazar por una primera impresión fría y distante —en el programa de Darío no habían cruzado una palabra directa al margen del saludo— y por sostener algunas ideas que la irritaban. Aceptando la invitación podría, incluso, discutir sobre su aserto relativo a las apariciones, en cuanto que no tenían existencia real sino que eran productos de la imaginación; «¡Como si yo no hubiera tratado varias veces con esas presencias! ¡Si incluso he tenido que sufrirlas!», se dice, al recordar las ideas vertidas en la sesión radiofónica.

Llega el día en el que acordaron reunirse. Es una noche de julio especialmente calurosa —si bien despliega una ligera brisa que mitiga algo el sofoco—. Rilena va a encontrarse con Víctor, que la espera a las puertas del restaurante en el que se han dado cita. Se acerca moviendo con gracia una figura esbelta subida en altos tacones, caderas de buen diseño aunque no rotundas, y pechos puntiagudos que la blusa no disimula y el sujetador casi sin sostener envuelve amablemente. Se presenta casi irreconocible a los ojos de Víctor, sujeto al vago recuerdo que le queda de ella: al conocerse tenía el pensamiento tan ocupado en la nueva realidad que estaba descubriendo que la joven apenas fue destino de su atención. La mujer, tres años menor que el hombre, tiene una cara poco singular, enmarcada por una melena corta color miel —como sus ojos—, sin rasgos acusados que la individualicen especialmente, pero cuyo conjunto resulta agradable, incluso atractivo, máxime cuando a la sonrisa trazada en rojo encendido —que contrasta con una blanca y regular dentadura— se incorpora la profundidad que a los ojos proporciona la sombra beis y verde, y el beneficio en volumen que el cosmético presta a las pestañas, como puede observar con detenimiento el acompañante sentados ambos ya a la mesa.

El contacto es positivo para los dos. Rilena se congratula de haber aceptado el encuentro: le agrada la presencia de Víctor y su aparente modo de ser, y no va a tardar en imaginar un vínculo más sólido que una simple relación intrascendente. Se suceden citas

cada vez con más frecuencia. Los sentimientos de ambos se van estrechando entre sí, a la par que los cuerpos. El único punto de fricción continúa siendo las interpretaciones contradictorias que da cada uno de ellos a las apariciones espectrales, por lo que deciden eliminar el tema de sus conversaciones; Víctor comprende que Rilena no capta lo mismo que él, que su capacidad de percepción alcanza no más que un primer nivel —como él mismo con anterioridad— y es difícil convencer a alguien de lo que va en contra de sus vivencias.

Enamorada, volcada cada vez más en su pareja, Rilena no consigue, de otra parte, que convivan juntos, por la negativa tajante de Víctor de que uno se inmiscuya en la vida del otro, postura que no comprende y es incompatible con su idea de un futuro compartido, con la formación de una familia, pero no se atreve a confrontar con él su parecer y deseo por temor a ahuyentarle. Después de varios meses de relación decide, como estrategia para vincularlo más a ella y con la aquiescencia de él, liberalizar por completo sus encuentros sexuales, hasta el momento impedidos artificialmente de poder fructificar. Sin tardar mucho tal táctica da resultado, y la noticia llena de alegría tanto a la una como al otro. No obstante, aunque complacido con el éxito de su interacción con Rilena, Víctor no cede, una vez más, al ofrecimiento y ruego que le hace de convivir ambos en el pequeño piso donde ella reside, y mucho menos, desde luego, donde él sienta sus reales: la libertad de disponer de su cotidianidad y, más aún, de su independencia es un valor que para Víctor no admite discusión. De modo que la futura hija no logra vencer su resistencia a emprender una vida en común, y Rilena se arma de paciencia pensando que la niña una vez nacida puede ser la palanca que lo consiga. Sin embargo, por el contrario, el progreso del embarazo va acompañado con un paulatino enfriamiento de su relación forzado por Víctor, que se hace patente no sólo en el aumento de los intervalos de ausencia bajo pretexto de viajes profesionales a distintos puntos de la Península, sino también en que se ejercita en ir adelgazando su fibra sentimental, como si estirase una goma sin capacidad de recuperación, intentando su rotura.

Durante ese tiempo Rilena acude un par de veces a la llamada de Darío, que le ofrece tomar contacto con unos casos de presuntas

apariciones. Así conoce el periodista la relación de la vidente con Víctor, y trata de convencerla, sin éxito, para que acudan y realicen ambos las sesiones de captación; mas el sensitivo mantiene su propósito de permanecer al margen de esa actividad.

Pasados unos meses, Víctor ejecuta la decisión tomada tiempo atrás; es preciso que sea antes de que nazca la niña, no quiere vincularse afectivamente a ella. Ese día expone a Rilena lo que esta ya sabía inevitable y que se negaba a reconocer. Y ella no comprende su proceder: no han existido, por parte de ninguno, cambios de actitud que deterioren su convivencia; por más que se lo demande, no consigue que le diga qué ha cambiado en él o en ella para ese progresivo distanciamiento emocional, ese aparente cansancio en la relación, ese desamor a los pocos meses; si es culpa de ella o ha aparecido otra mujer, circunstancia esta última que Víctor niega tajantemente. El llanto, los gritos, los improperios, la pena, el dolor, hacen mella en el hombre, que comprende y acepta lo que con tanto furor le lanza a la cara Rilena: la ruindad de su comportamiento; pero se mantiene firme en su decisión de romper la relación, aun renunciando a ver alguna vez a su hija como le amenaza su ya expareja. La separación es traumática para Rilena, y desasosegante y tensa para Víctor —y sin disimulos, dura por dolorosa también, a pesar de los ejercicios de distanciamiento emocional que ha realizado con insistencia—, que todo lo supedita a cumplir con el, digamos, compromiso inducido por los *emisarios*, y autoimpuesto en última instancia. Con la ruptura, Víctor cambia de domicilio, y se muda a un apartamento en una ciudad dormitorio de la capital.

28

Ha pasado poco más de un año desde la ruptura con Rilena cuando Víctor contacta telefónicamente con Jelia Renán. A diferencia de con la primera, la aproximación a la segunda no le resulta fácil debido al roce dialéctico que tuvieron en la visita a Mulasenda del Valle, y que Jelia no olvida. Insiste una y otra vez, y se disculpa otras tantas, pero Jelia no accede a tener una primera cita con él. Decide entonces solicitar a Darío la dirección particular de la vidente, pero este, que ya conoce su ruptura con Rilena —antes del nacimiento de su hija Lida—, se niega a dársela aduciendo que no quiere implicarse en absoluto en su actividad sentimental; en cierto modo se siente incómodo por haber propiciado el contacto entre ellos, con resultado negativo, de ahí que en un intento de que reconsidere su actitud le informa de su paternidad por si quiere tomarla en consideración, provocando una respuesta fría y cortante. Ante la negativa del periodista, Víctor acude a Ribio de los Descalzos en busca de la información que le interesa, y que finalmente consigue.

Durante unos días se dedica a frecuentar la calle donde vive Jelia, sin atreverse a llamarla o subir al piso después de su reciente negativa a un encuentro; no quiere violentarla. La mujer lo ha visto por allí más de una vez, inicialmente con sorpresa por la coincidencia, después desconcertada por la reiteración en su merodeo, cuya causa le cuesta aceptar que sea su persona a pesar de las varias llamadas telefónicas que ha recibido de él. Lo cierto es que su actividad como vidente es un muro infranqueable para los hombres, que sólo lo sobrepasan cuando quieren aprovecharse de ella; ninguno se le acerca con intención de establecer una relación que pueda tener continuidad. Pasan y pasan los años, y sin ningún tipo de ligadura familiar alcanza ya los cuarenta, si bien el tiempo no marca apenas tal edad ni en su rostro ni en su figura,

recompensa al cuidado meticuloso y constante que se infringe. Y aunque la experiencia la hace ser desconfiada, con Víctor puede ser distinto: también es sensitivo y no debe existir negatividad para la relación en ese aspecto. Y para qué negarlo, en la etapa de la vida en que se encuentra, considera halagador el interés de un hombre varios años más joven.

Como no está convencida de ser el foco de atracción del deambular del sensitivo por aquella zona, continúa dándole esquinazo sin ser vista por él, o a lo más, cuando ya está entrando en el portal o se pierde al final de la calle. Dubitativa a la hora de definir su actitud con Víctor, toma una decisión no habitual: tirar las cartas para escuchar la energía telúrica, lo que siempre se había negado a efectuar por temor a que el resultado perturbara su estabilidad anímica —si se le revelaban malos presagios—, e incluso económica —si obtenía augurios favorables y se embarcaba en negocios ruinosos, o bien al contrario, si dejaba pasar oportunidades prometedoras—. No obstante, es cierto que hace algunos años y para problemas puntuales (como es el caso) se echaba las cartas, sobre todo con fines predictivos en juegos de azar o con alto grado de incertidumbre como las apuestas deportivas; los resultados repetidamente nulos la obligaron a desistir de tales prácticas convencida de que esas actividades carecían de energías capaces de excitar la sensibilidad de los videntes —lo que explicaba que hubiera tantos en activo en vez de estar retirados con la cartera repleta, aunque, quizá, la razón habría que buscarla más en los numerosos ineptos, farsantes y embaucadores que desprestigian el oficio, se decía—. En relación con la quiniela razonaba que, posiblemente, si acudía al estadio fuera capaz de determinar el resultado final del partido (1,X,2) —hipótesis que no tuvo curiosidad por conocer si era cierta—, pero, claro, era imposible acudir a todos los encuentros que figuran en el boleto (en algún momento le surgió la idea transitoria de formar un grupo o red de videntes que se repartieran por los distintos campos de fútbol a fin de elaborar una apuesta conjunta, mas le pareció imposible por la dificultad de conseguir pronósticos válidos de profesionales poco fiables, como son la mayoría que conoce y que compiten con ella).

Pensando en la cuestión que ha de formular —la conveniencia deestableceruna relaciónconVíctor— Jelia cierra los ojos unos

segundos —necesita máxima concentración para jugar simultáneamente el papel de tarotista y consultante—, mira los naipes, baraja, corta en tres partes el taco, toma el tercer grupo y comienza a desplegar las cartas: una; dos y aparece La Muerte. Cesa de inmediato el movimiento de la mano que ya no coloca el tercer naipe, se le tuerce el gesto, el cartón del esqueleto con armadura predice un cambio en la vida, pero un cambio dramático; no, no le importan las otras dos cartas —la anterior y la próxima—, no le gusta nada la que ha salido, «pero es que no lo he hecho bien, no he barajado apenas, y además he mezclado las cartas mecánicamente, con el pensamiento disperso y no fijo en el dilema; sí, así es, no es fiable la tirada, tengo que barajar más, y estando más concentrada echarlas de nuevo» se dice, interesadamente auto convencida. Baraja de nuevo, ahora casi un minuto, después de cortar vuelve a colocar sobre la mesa tres cartas, entre ellas no se encuentran ni La Muerte ni El Colgado: bien, no hay dramas ni sacrificios; sí figuran en la mesa, seguidas, después de la primera (carta del pasado a la que no presta atención), La Sacerdotisa y Los Amantes —con su ángel flamígero y alado protegiendo a Adán y Eva—: «Hay que tomar una decisión en relación con formar una pareja, y la decisión debe basarse en el instinto, en el corazón» se receta en voz alta; «muy bien», se contesta satisfecha, jugando el papel de consultante.

La información obtenida con el tarot y la insistencia de Víctor reducen su desconfianza y le generan expectativas, por lo que al día siguiente se hace la encontradiza y permite que consiga abordarla. Se citan. Salen juntos. Se acuestan. En el intercambio de apuntes biográficos llegan a la conclusión, con gran sorpresa y humor, que Jelia fue —Darío mediante— quien proporcionó consejos a un adolescente y desconcertado Víctor, cuando pedía ayuda al reconocerse como sensitivo.

Jelia ha actuado en alguna ocasión como médium, pero su actividad principal, con la que sufraga sus gastos, se mueve entre adivinadora, psicóloga-consejera y aun profesional de la salud —o al menos es lo que se desprende de sus actuaciones en los espacios contratados en distintas emisoras de radio—. Con gran capacidad de persuasión, se defiende de manera notable en el desempeño de tales papeles pues, además de la baraja de tarot para sus artes de pitonisa, dispone de algunos libros de autoayuda y de artículos que

tratan de salud y nutrición recortados de revistas populares, de los que extrae sus consejos, recomendaciones y diagnósticos *sui géneris* en casi cualquier ámbito: personal, laboral, moral, espiritual, dietético o de salud. Y en otro orden de cosas y muy especialmente, se vale de la utilización de diversas tácticas, como la *pesca* —lanza a modo de cata preguntas indirectas para obtener información del cliente que luego muestra como fruto adivinatorio, afianzando así la fe del consultante en su videncia—; y el *escapismo*, que utiliza la tergiversación o la manipulación como burladero para protegerse de ridículos en los que con alguna frecuencia cae —como cuando se lanza a adivinar padecimientos de los clientes y yerra—, táctica mediante la cual nunca ha dicho lo que sí ha dicho, o viceversa: «Lo has interpretado equivocadamente»; o valida sin dudar la predicción errónea, por más que no se haya cumplido en plazo: «Las cartas me dijeron que los tendrías, y si aún no has tenido problemas estomacales ya verás cómo aparecen más temprano o más tarde. En todo caso puede que haya un desfase, sobre todo si es que has comenzado a cuidar lo que comes; ten en cuenta que la predicción se ha realizado en base a tu comportamiento previo».

Ese mundo de apariencias, fantasmagorías, picaresca, engaño y credulidad infantiloide en el que vive Jelia —y que le confirma por completo las dudas que tuvo de ella en Mulasenda— lo soporta con dificultad Víctor a pesar de que procura mantenerse alejado de él, pero ineludiblemente contamina su relación personal, y será un argumento poderoso que justifique su alejamiento posterior de la vidente. En cualquier caso, el itinerario que el sensitivo recorre junto a su actual pareja es similar en líneas generales al romance que tuvo con Rilena, si bien ahora el vínculo afectivo es casi inexistente: así, pocas semanas después del primer contacto consolidan su relación —si bien mantienen la independencia de domicilio— y con ilusión diseñan un proyecto de futuro que incluye la búsqueda de descendencia, sin que ello implique ceder en la autonomía individual que él propugna. Sin embargo, cada vez con más frecuencia se producen discusiones motivadas tanto por las actividades adivinatorias de ella, como por el modo de llevarlas a cabo: a Víctor le parece que es aprovecharse de la credulidad de la gente en la mayor parte de los casos, mientras Jelia afirma que, por un lado, en muchas situaciones las cartas le permiten vislumbrar

una pizca de futuro —como una cortinilla que se abre y se cierra rápidamente— y por otro, las más de las veces imparte consejos y prescribe remedios que consuelan y tranquilizan a personas atribuladas. Sea como fuere, la polémica va corroyendo la convivencia dando lugar a un distanciamiento que cristaliza en la ruptura. Víctor se separa de Jelia, ya en avanzado estado de gestación, y aunque su vínculo afectivo apenas ha tenido consistencia, no por ello deja de sentir una desazón interna, un cierto disgusto consigo mismo, como si hubiera utilizado el engaño en su relación, como si incumpliera alguna promesa —que en verdad no ha realizado—.

Meses después de romper con Jelia, Víctor se inscribe en un par de páginas web de contactos buscando pareja. Sin saber muy bien dónde se mete, por precaución, figura con nombre y dirección falsos. Por el contrario, se describe sin engaños tanto física como intelectualmente, y hace hincapié en dos aspectos: su búsqueda de una relación de pareja seria — aunque actualmente la palabra seria tiene para él un significado diferente al que habitualmente se le asigna en ese contexto—; y en segundo lugar, pero más esencial por ineludible, el que la mujer sea sensitiva, como lo es él.

Evidentemente, su juventud, buena presencia, estabilidad económica y propuesta de seriedad lo hacen ser objetivo de primer orden para muchas de las mujeres inscritas en aquellas páginas de contactos, incluso superado —supongamos que con veracidad— el filtro de edad de 18 a 40 años, por más que el requerimiento de «sensitiva» o bien lo pasan por alto debido a desconocimiento o estrategia, o lo confunden y entienden al modo que mejor les conviene. Así, unas lo asocian a un carácter sensible, a sensibilidad espiritual y romántica, o por mejor decir, a sensiblería empalagosa, que produce piezas infumables como la que, con autorización del receptor, se incluye a continuación ocultando la remitente:

> *Mi querido amor. Este comienzo del mensaje sé que no es real todavía, pero mi corazón me dice que pronto lo será. Siento que tú eres el HOMBRE DE MI VIDA, el que siempre he estado esperando. Tengo el pálpito de que eres el hombre con el que quiero emprender una vida llena de felicidad, con el que compartir los deseos y las ilusiones*

llenándonos de amor el uno al otro. Me imagino el despertar de cada día abrazados en el lecho, cuando el sol nos inunde de luz y de ilusiones, y por la noche la luna bañe nuestros besos de entrega amorosa, y la alegría de estar juntos nunca cese, y el contento nos haga superar cualquier dificultad, que con nuestro amor y nuestra entrega mutua nos parecerá mucho menor. Por eso no podemos desperdiciar esta ocasión de conocernos para comenzar una relación que estará llena de nuestro amor.

A otras comunicantes les parece que el término «sensitivo» está conectado con sensualidad, con la sensibilidad del cuerpo y, con mayor precisión, sensibilidad al tacto, desencadenando una cierta avalancha de deseosas de placer, o más exactamente, de oferentes de deleites eróticos, en mensajes como el que seguidamente se muestra con el visto bueno del destinatario. Al texto acompañaba una foto de medio cuerpo de mujer, en la que el argumento es sin duda lo que deja libre a la mirada un generoso escote, cuya potente orografía induce visiones no lejanas de la realidad desnuda:

Hola guapo, tú y yo haremos una pareja perfecta, no vas a encontrar una mujer más sensitiva que yo, soy muy sensitiva además de donde tú ya sabes en todos los rincones de mi cuerpo, búscalos sólo tienes que excitarlos y sentirás el fuego de un volcán inagotable, besos sensitivos.

Ante este panorama, Víctor tiene que espulgar con cuidado todas las propuestas, y ha de recorrer cientos hasta dar con alguna que se ajuste a sus requerimientos. Finalmente se decanta por una mujer que vive en la costa, después de comprobar que efectivamente tiene cierta fama en su entorno de visionaria. Concierta con ella una cita de la que sale medianamente satisfecho. Pero continúan encontrándose. Y se repite el guion de sus precedentes parejas, como si —para un observador externo— fuera incapaz de llevar adelante una relación sentimental más allá de unos pocos meses, como si tuviera una tara afectiva que le impidiese madurar un compromiso estable.

Después vino una cuarta mujer; tras ella una quinta… Y en algún momento comenzó a sentirse vacío, hastiado, cansado de

aquel vivir.

29

Darío llama a Jelia para proponerle que participe en la investigación de un nuevo caso de apariciones en una vivienda de un pequeño pueblo gallego, que está causando revuelo entre los vecinos: hace unos meses ha muerto de viejo un hombre, solitario y gran fumador; poco después, desde la casa colindante, a veces se huele humo de tabaco que parece proceder de la casa del fallecido (se intensifica el olor en la proximidad de la ventana del comedor, como si alguien estuviera allí dentro con un pitillo encendido, lo que es imposible pues nadie ha podido acceder a la vivienda, totalmente cerrada). La médium se excusa aduciendo que tiene a su hija en la cama, con fiebre, y no puede dejarla sola. Y en la conversación, Darío descubre que el padre es Víctor, y que rompió con ella dos meses antes del parto.

En su despacho, sentado a la mesa de trabajo, el periodista juega con los rotuladores agrupados en una taza blanca que muestra un escudo universitario. Le sorprende el modo de conducirse de Víctor. Nunca ha dudado de su bonhomía, hasta ahora que la pone en cuestión. Le disgusta su proceder, máxime al considerar —sin razón — que en cierto modo se encuentra involucrado en lo sucedido al ser él quien puso en contacto uno y otras. De buenas a primeras Víctor abandona a Rilena y no quiere saber nada de su hija. Después actúa de modo similar con Jelia, repite la conducta, si bien las circunstancias no son iguales. La relación con la primera se establece poco después de que se conocieran. Aunque no tiene constancia de que así sucediera, con el primer contacto pudo surgir entre ellos una cierta afinidad que propiciara casi de forma continua su relación. No es el caso de Jelia. Transcurren dos años desde el encuentro inicial. Víctor la busca unos meses después de romper con Rilena; intenta hacerse con la dirección de la médium, a lo que él se negó —quería mantenerse al margen de los amoríos del

sensitivo—. O sea, dos años después de conocerse se empecina en entablar relaciones con la vidente, que no parece le hubiera atraído en un principio; tanto interés para luego abandonarla a los pocos meses de estar juntos. ¿Por qué tal empeño?

Se levanta Darío de su silla giratoria y da lentamente los pocos pasos que le llevan de un extremo a otro del pequeño despacho, ida y vuelta. No es la primera vez que le sucede: el movimiento favorece su ensamblaje de ideas, y es entonces cuando alcanza la respuesta buscada, o la que él supone que es la respuesta. Cae en la cuenta. Todo encaja. Idéntico patrón en ambos casos. El mismo comportamiento tiene que obedecer a igual propósito. ¡Eso es! Víctor lo ha engañado. No es cierto que busque personas con capacidad telepática, como le dijo después de contactar con los *emisarios*: que lo habían implicado en la detección de personas que poseyeran su *singularidad*. No, ese no es su objetivo, es otro sin duda; ahora lo ve con claridad.

Darío vuelve a tomar asiento. Y sigue rememorando. De modo casi automático, como apoyatura para incidir en aspectos relevantes, con un rotulador de punta fina escribe frases sueltas en un folio. Hace ya casi seis años que no tiene contacto con Víctor; desde que habló con él después de su última visita a la Mansión de los Robles. En aquella conversación el sensitivo se autoexcluyó de participar en futuras investigaciones, de ahí que no lo haya vuelto a convocar al programa radiofónico. No se han comunicado desde que recibió aquel perturbador último mensaje. Apenas ha sabido de él. Posteriormente Rilena le habló de su expareja. Le comentó lo seductor que se mostró al principio, y lo ilusionada que estaba con la relación.

Y cómo no, de su impresentable comportamiento posterior; de su irresponsabilidad. ¡Ah¡ es verdad. Ha tenido un contacto con Víctor más reciente: lo llamó para recabar la dirección de Jelia. Fue cuando le comunicó que tenía una hija, Lida. Fue la última vez que tuvo noticias de él. Por ningún medio. Al parecer cambiaba con frecuencia de lugar de residencia, de dirección, de teléfono, señal de su interés en no dejar pistas fáciles para su localización.

Sentado en su sillón de oficina, con la vista desenfocada en el póster —que muestra La Vía Láctea en todo su esplendor— desplegado en la pared que tiene enfrente, Darío evoca el contacto

que tuvo con el sensitivo en el verano de hace casi seis años. Se demora en el recuerdo, aún fresco pese al tiempo transcurrido, de lo comentado por Víctor después de su estancia de unos días en su ciudad natal. Se había encontrado con Alejo, su amigo de la infancia, quien a la sazón era funcionario local. Por motivos de trabajo disponía de la llave de la Mansión de los Robles, lo que propició que el sensitivo volviera a la casona. Allí pudo realizar un nuevo contacto telepático, fructífero según decía, pues le permitió corroborar, en otra localización y en lo que podía considerarse un salto temporal, la presencia de *emisarios*, como los designaba. Y conocer algunas respuestas.

Y sí, no olvida el último mensaje que le envió por *e–mail*. Lo tiene firme. Y sin vacilación alguna transcribe sobre el papel que tiene delante lo que el sensitivo le comunicó:

> *Hace mil millones de años ELLOS vinieron y fecundaron la Tierra.*
>
> *Hace cincuenta mil años ELLOS acudieron de nuevo, y diseminaron emisarios sobre el planeta.*
>
> *Cuando los humanos contacten mentalmente con los emisarios habrá llegado el momento.*
>
> *Entonces ELLOS volverán otra vez.*

Incómodo, el periodista cambia de posición, gira su sillón ciento ochenta grados y se queda observando, a través de la ventana que tenía tras él, en lo alto, ¡ya es casualidad!, ¡qué oportuno!, un hermoso altocúmulo lenticular de mediano tamaño. Y se desgranan, como tantas veces, todas las interrogantes que le colonizan el pensamiento desde aquel mensaje. *ELLOS*. La gran cuestión. La incógnita primera. Los nuevos dioses desconocidos. Los hombres; su caída del pedestal. Somos semilla; la evolución de un germen. *ELLOS* lo trajeron. Su propósito. El futuro. Curiosidad. Inquietud. Negación. Rechazo.

A partir de su lectura aquella primera vez, su mente fue un torbellino. Incógnitas y más incógnitas. Preguntas y más preguntas que volvían siempre a la raíz, a la cuestión primera. Todo eran dudas. En algún momento tuvo la intención de llevar el mensaje de Víctor a discusión en la sección *Diálogos* de su programa de radio,

pero, bien pensado, aquello podía asemejarse a proponer como tema de opinión una página de un libro de ficción científica. Después de todo, se trataba de un mensaje que decía haberlo recibido alguien que hablaba de unos *emisarios* que no se sabe quiénes o qué son, con los que se comunicaba telepáticamente según decía, capaces de generar en los humanos alucinaciones de entes de ultratumba. Una ensoñación a la que no se podía dar crédito; el riesgo era alto: el ridículo, el desprestigio. No obstante, finalmente decidió que no debía ocultar el mensaje, que además recabar otras opiniones era positivo, y con todas las reservas —que expuso con claridad— lo llevó como tema de opinión a *Ausencias y presencias*. El rechazo fue casi unánime; no era creíble: desde el punto de vista científico por razones físicas, por la imposibilidad —en el marco de nuestro conocimiento actual— de implementarse un viaje espacial de tal naturaleza; desde la perspectiva parapsicológica porque admitir la existencia de los *emisarios* suponía indirectamente la eliminación del submundo de entes espectrales —a los que daban credibilidad—, generadores de tantos y tan variados fenómenos a cuyo estudio se dedicaban. Únicamente para los ufólogos, como era él, el mensaje conectaba con las teorías de apariciones arcaicas de ovnis y su contacto con terrícolas, por lo que, en ese sentido, no les resultaba sorprendente.

Pero Víctor vivía con tanta intensidad aquella revelación, con tal convicción, era para él tan *realidad* que no resultaba fácil desecharla. ¿Y si en algo fuese cierta? Su relato desbordante, fantasioso, increíble, resulta que es también coherente, y tan liberado de tópicos y creencias, tan descreído que es difícil considerarlo una ficción, elaborado además por un sensitivo de reconocida solvencia en su campo. Y el último mensaje es una vuelta de tuerca adicional, un giro que pretende dar luz a tanta incógnita, aunque introduce otras varias. Lo más curioso y desconcertante del discurso del sensitivo es que es tan inverosímil como posible, tan quimérico como racional.

Con el transcurso del tiempo al periodista se le fue apagando la excitación inicial. Cuanto más meditaba sobre la naturaleza de las apariciones espectrales defendida por Víctor sin más argumento que sus propias visiones —sin dudar de la honestidad de su relato, admitiendo que su percepción era cierta para él, que en absoluto

era engaño— más en cuestión ponía la validez de sus aseveraciones, su objetividad, y más proclive era a admitir que el cerebro del sensitivo le jugaba una mala pasada. Años después, incluso llegó a considerar la posibilidad de que su conducta con Rilena y Jelia pudiera así mismo tener como raíz una alteración mental que lo llevaba a ser tan inconsecuente. Lo cierto es que Darío seguía desarrollando su programa de *Ausencias y presencias* bajo los patrones de siempre, con temas habituales y episodios diferentes, sobre tipologías conocidas de sucesos inexplicables o explicados con argumentos parapsíquicos, pseudocientíficos, pseudoespirituales o directamente delirantes, y sólo de pasada, casi de modo anecdótico, se volvían a mencionar los *emisarios* de Víctor.

La conversación que el periodista ha tenido con Jelia ha traído a Víctor al presente: su testimonio, su información, su mensaje. «¿Quiénes son *ELLOS*?» martillea incansable la cabeza de Darío desde hace largo tiempo, sin respuesta, pero tan perseverante y sin visos de resolverse que ya constituye un fondo de pantalla mental. Y ahora, al descubrir la clave del comportamiento de Víctor con Rilena y con Jelia, y quizá con otras, no sólo vuelve a un primer plano sino que propicia que la segunda parte del inquietante último mensaje cobre aún mayor relieve. Y de inmediato le surge la necesidad de formular la nueva pregunta ineludible que guarda la frase final. No puede seguir al margen. Necesita respuestas. Es imprescindible contactar con el sensitivo.

La tarea no resulta fácil. Darío precisa acudir a un detective privado para obtener la localización actual de Víctor. Finalmente, por sorpresa, sin identificarse en la llamada, consigue hablar con él por teléfono. Se muestra incómodo, irritado por el contacto, que considera una invasión de su aislamiento o puede que de su intimidad. Al proponerle un encuentro se manifiesta huidizo, y aduce la excesiva carga de trabajo que soporta para justificar su rechazo. Darío, que sabe de su residencia en Madrid en la actualidad, se muestra tan insistente, agobiante casi, que consigue arrancarle una cita para el siguiente domingo en un conocido parque, donde podrán hablar con tranquilidad en un entorno agradable.

La dificultad de comunicarse con Víctor y su poca disponibilidad

al contacto personal lleva al periodista a tratar de obtener la máxima rentabilidad a la cita conseguida. Con ella persigue un doble objetivo: buscar las respuestas que pueda proporcionarle el sensitivo a las cuestiones que tanto le inquietan, y propiciar un encuentro de Lida con su padre —sobre lo que ha dudado mucho, preguntándose si debe inmiscuirse en un asunto tan privado sin consentimiento de Rilena que, por otra parte, nunca daría—. Por tal motivo ha elegido para la reunión la mañana del domingo en el parque, tiempo y lugar frecuentados por la médium y su hija los fines de semana.

Ya sólo le queda hablar con su mujer para que colabore en el proyecto. Que Nirma se cite con Rilena en el parque el mismo día y hora. El pretexto que puede aducir es el deseo de ver a Lida e intercambiar confidencias, lo que no es inhabitual pues hace tiempo que entre las dos mujeres existe una estrecha afinidad, amén de que el matrimonio se ha encariñado con Lida, como si ocupara en parte la ausencia de un hijo propio.

30

Llegado el día de la cita Darío padece una cierta intranquilidad, se encuentra ansioso, como si aguardara a conocer el resultado de una oposición administrativa incierta que va a determinar su porvenir. Y en cierto modo puede que así sea, o eso cree al menos. Desde luego no su devenir individual, pero sí, quizás, vislumbrar un posible desenlace que sobrepasa su peripecia personal, un horizonte más trascendente, el futuro de todos nosotros. Bueno, demasiado grandilocuente y arriesgado le parece tal enunciado con el débil soporte en el que se sustenta, con tan reducida base, tan hipotético todo; tiene que limitar su expectativa de averiguar algo más teniendo en cuenta que la única fuente de información disponible es Víctor, y no sabe hasta dónde llega su conocimiento. Pero es que la nueva incógnita ya no se le va de la cabeza y presiona por salir, convencido ya de que el proceso —siquiera el intento— de generación de mentes telepáticas ya se ha puesto en marcha. En efecto, los datos de que dispone son claros: Víctor con Ri- lena, sensitiva y embarazo; con Jelia, sensitiva y embarazo. Y habrá continuado. Víctor Deper en plena y diversa actividad genésica, creyéndose portador del «gen telepático».

Y entonces —según el mensaje—, cuando al fin se consiga contactar mentalmente con los *emisarios* de forma generalizada…

La mañana de abril se presenta espléndida. Un sol limpio de nubes estimula el brillo de tanto color diverso que ocupa los parterres. Los paseaderos principales del parque comienzan a protagonizar el deambular de los viandantes, y las atracciones infantiles inician el acopio de gritos, saltos y carreras. Víctor llega puntual. Darío lo está esperando. Después de un breve paseo se sientan en la terraza de un kiosco a tomar un aperitivo. Se intercambian información de sus respectivos itinerarios activos en los últimos años, si bien Víctor se ha vuelto en extremo reservado y,

de mala gana, sólo da trazos gruesos de sus andanzas. Darío sigue con interés las breves noticias personales del sensitivo: ha debido cambiar varias veces de lugar de residencia, marchar lejos de Madrid atendiendo a necesidades comerciales del laboratorio para el que trabaja; no ha realizado nuevas sesiones de captación ni, por consiguiente, tenido nuevos contactos con los *emisarios* «¿para qué?, cada uno tiene su función».

—¿Y qué es de tu vida sentimental? —inquiere Darío, con el afán de ver si se confirma su sospecha acerca del comportamiento del sensitivo.

—¿Por qué te interesa? No me gusta hablar de ese tema. Es muy personal —responde, visiblemente molesto.

Es cierto, no le agrada referirse a las varias relaciones amorosas que ha mantenido en los últimos años. No desea repasar su voluble desempeño en las mismas, pero la pregunta del periodista le suscita una catarata de calificaciones de su comportamiento como nunca antes le había sucedido, como si se evaluase para su propia mortificación, como si se reventasen las compuertas ya insuficientes para contener la riada de autocensura que le invade: relaciones de escasa afectividad, excepto una vez; asépticas, para minimizar daños; de caducidad programada; causa de dolor e inquina; sin implicación, la mínima necesaria; vacías de sinceridad; rutinarias hasta lo incómodo; con criterio colector, siempre. Trayectoria personal que en los últimos tiempos interioriza como involución emocional, como inmadurez vital; y que le genera agotamiento psíquico, hastío, y una pesadumbre sorda que le ensombrece el ánimo y trepa hasta alcanzar su rostro.

La mirada triste y gris de Víctor que acompaña sus últimas palabras es un ruego para que su interlocutor no insista. Atendiendo al mensaje, después de unos minutos de silencio dando tiempo a que pase la sombra que cruza los ojos del sensitivo, agotado el argumento personal, el periodista cambia de registro y menciona aquel último mensaje que recibió hace un lustro. Y pregunta:

—«*Hace mil millones de años ELLOS vinieron y fecundaron la Tierra*». ¿*ELLOS*? ¿Quiénes son *ELLOS*?

—*SERES SUPERIORES*, me dijo el *emisario*. Superiores a los emisarios claro y, naturalmente, a nosotros también. De hecho, les debemos nuestra existencia. No sé más. No sé nada sobre su

naturaleza. Ni sobre su procedencia —y tras una pausa—: No son de aquí; ni están. Todavía.

—¿Y qué interés pueden tener los *SERES SUPERIORES* en nuestra futura capacidad telepática?

—¿No procura el agricultor estar pendiente de lo que ha sembrado? ¿No se interesa en su crecimiento y maduración? —responde Víctor rápidamente, como si se hubiera hecho esa misma pregunta muchas veces.

—Sí, para luego recolectarlo. ¡RECOLECTARNOS! ¿Es eso, recolectarnos?—exclama Darío, con sorpresa y un punto de temor. Y sin esperar respuesta, como si hablara consigo mismo, continúa—: Y, ¡claro!, los *emisarios* son los sensores que miden nuestro grado de maduración, y es a *ELLOS* a quienes envían sus informes.

—Ahí tienes una respuesta. —Y tras una pausa—. Desconozco si es LA RESPUESTA.

«Recolectarnos. ¿Para qué? ¿Cómo va a ser ese nuestro futuro? No, no es posible. La respuesta tiene que ser errónea. La intención ha de ser otra», piensa Darío, dispuesto a negar la mayor antes que asumir ser cobayas a la espera de manipulación, intentando buscar una alternativa que reduzca su inquietud. En ese momento observa cómo, a la espalda de Víctor, se acercan Nirma, Rilena y Lida. La primera le ha dicho a la médium que su marido las está esperando en el kiosco; que le apetece estar un rato con la niña a la que hace un tiempo no ve.

Víctor está pensativo: «¿Por qué Darío ha supuesto una intención tan negativa de los *SERES SUPERIORES*? ¿Por qué un planteamiento tan pesimista? Si esperan a que alcancemos la comunicación telepática será porque quieren establecer contacto con seres más evolucionados, lo que no se compadece demasiado con intenciones dañosas para el hombre, sino todo lo contrario».

Ni Víctor ve a Rilena ni ella a él hasta que se encuentran muy próximos; es cuando Darío se levanta para el saludo. Ambos quedan bloqueados, atónitos, rígidos, mudos. Los urdidores de la sorpresa se hacen a un lado, dejan el escenario libre y quedan expectantes a la reacción de aquellos.

Rilena ya ha visto que Darío está sentado con un hombre que se encuentra de espaldas. No se le ocurre imaginar que sea su expareja, del que no tiene noticias desde que rompieron la relación.

Hasta que el hombre se gira. «¡Víctor! ¿Qué hace aquí? ¿Será una encerrona de Darío y Nirma? ¿Sabía que yo iba a venir? Parece muy sorprendido. ¿Cuál será su reacción?».

Rilena es la primera que se hace con el dominio de la situación y, salvada la sorpresa, con un tono gélido, a modo de saludo le dice:

—¿Cómo estás?

Por su parte, cuando ve que el periodista se levanta para saludar a alguien que se aproxima, Víctor hace lo propio, y al girarse se encuentra de frente con Rilena. Viene acompañada, mas enfoca su vista y su interés sólo en ella. «¡Qué guapa sigue! ¿Y cómo sabía que yo…? Ya, todo lo ha organizado Darío, sin duda. Para que nos encontremos. Y así conozca a mi hija. ¡Ah!». Y entonces se fija en la niña. «¡Qué bonita!». Y se le vuelca el recuerdo de los meses de relación con su madre. Tiempo positivo, sí, gratificante diría. Hasta que él se exigió romper el vínculo. Consecuencia de su compromiso con los *emisarios*: «Estás obligado a propagar tu capacidad mental. En ti se ha cumplido la mutación genética y eres el punto de inicio del proceso. El aumento de sensibilidad cerebral de las futuras generaciones depende de ti. Debes generar una masa crítica, un número mínimo de personas con esa facultad; después la manipulación genética acelerará el proceso», insistían. Al desarrollo del plan le ha dedicado ya casi seis años. Desconoce los resultados. Se siente fatigado. Y vuelve a enfrentarse a sí mismo. Su proceder. Nunca busca una relación afectiva normalizada. Todas son forzadas y falsas. Se inició en la senda programada con un impulso casi fanático que trituraba cualquier objeción ética o sentimental. Ahora, en cambio, se siente defraudado por su modo de actuar, un fracasado emocional. Y Rilena. Fue la primera. Quiso mantener frío el afecto para no obstaculizar su objetivo, mas lo cierto es que llegó a enamorarse de ella. Posiblemente con cierta tibieza. Y sin embargo, a pesar de los esfuerzos por agostarlos, al romper la relación debió violentarse para reducir sus sentimientos a un nivel testimonial. Quizá ahora, por Lida, debieran darse una nueva oportunidad. «Pero, ¿tú crees que después de dejarla, de desentenderte de tu hija durante cinco años, te va a aceptar, te van a aceptar? Nunca te has aproximado a la niña ni para observarla de lejos. ¿De qué estás hablando, entonces?», se dice.

—Estoy bien. ¿Y tú? Es preciosa la niña.

«Y ahora ¿qué debo hacer? ¿Debo decir a Lida que Víctor es su padre? Nunca le he enseñado una foto de él. ¿Y después qué? ¿Y si quiere seguir viéndolo? ¿Y si la niña le toma cariño? ¿Y si Víctor se ilusiona con su hija? ¿Y si luego pretende volver, y que vivamos juntos?». En ese momento acuden en tropel recuerdos de su relación, al principio, curiosamente, su enamoramiento y convivencia parcial de los meses iniciales — curiosamente porque lo último y doloroso, la ruptura, se llenó de aversión, de ofensas, de rechazo, que han permanecido largo tiempo como una piel que envolvía cualquier objeto, cualquier recuerdo, cualquier pensamiento conectado con Víctor, si bien comenzó a debilitarse progresivamente tiempo después del nacimiento de la niña, que también era de él, a la que dedicó sus afanes y su cariño, quizá en exceso, como si añadiera al genuino de madre la fracción no satisfecha por la pareja huida—, para después, en un salto, abocar al deterioro afectivo de él, a su frialdad, a su distanciamiento emocional, hasta el alejamiento definitivo sin el más mínimo escrúpulo. «Sí, aún lo quiero, pero no. ¿Y por qué me lo va a pedir? Olvídate. Pero, ¿y si lo propone? ¿Qué debo decirle? No lo sé, no lo sé. Qué digo, claro que conozco la respuesta: no, no es posible. Ya no. Pudo ser y no quisiste. No, no puedo volver a confiar en ti. ¿Cómo vamos a convivir si siempre estaré temiendo que salgas por la puerta y no vuelvas? No, no quiero sufrir de nuevo aquel dolor. Lo pasé muy mal. Y menos permitir que hagas sufrir a mi hija. No, eso nunca. Tú no tienes nada de padre». Y a continuación: «Sí, bien, pero Lida tiene derecho a conocer a su progenitor. No se lo puedo ocultar. Debo decírselo». Y la conclusión que alcanza la complace pues, sin querer reconocerlo, coincide con su deseo.

Rilena, que tiene a su hija cogida de la mano, se inclina un poco hacia ella y le dice:

—Lida, cariño. Este hombre es tu papá.

La niña mira a su madre, y a continuación desvía sus ojos — penetrantes, inquisidores— hasta fijarlos en los de Víctor.

—¿Me das un beso? —le pide su padre según se agacha hacia la pequeña, con el temor de quien pisa terreno desconocido, dispuesto a asumir una respuesta tímida e incluso desabrida de la niña. La cara seria de su hija, y sus pupilas bañadas de sorpresa y de interrogantes le hacen dudar.

Y mientras todos están expectantes a la reacción de Lida, Víctor escucha: «¿De verdad eres mi papá?». Pero la niña no abre los labios, no emite sonido alguno. «¿De verdad eres mi papá?» repite.

Y Víctor, mostrando una enorme sonrisa, una felicidad que le desborda los ojos, invadido por una alegría sojuzgada desde hace mucho tiempo y en una profundidad que desconocía, inmerso en una explosión vital en la que se superponen y potencian la paternidad, la abolición de su unicidad singular (la conexión mental con otro humano ratificará al mundo su capacidad cerebral, y con ella la validez de su controvertido testimonio), la auto liberación —que decide en ese mismo instante— de aquel forzado compromiso y, por encima de todo, la ilusión de alcanzar un objetivo, el éxito de una obsesión encarnado en esa preciosa criatura de la que es su padre, sin poder contenerse coge a la niña, la levanta en brazos, la besa repetidamente en una y otra mejilla, y finalmente la abraza, la estrecha fuerte contra su pecho a la vez que mentalmente le dice: «Si hija mía, soy tu papá, tu papá.»

Y la niña comienza a reír y a reír, a la par que le rodea el cuello con sus frágiles brazos.

CARLOS EFE nació al finalizar la Segunda Guerra Mundial en Nsork, localidad situada en el interior continental de Guinea Ecuatorial, cuando aquellos territorios eran colonia española. A los pocos meses su padre fue destinado al hospital de Akurenam, población situada también en plena selva ecuatorial. A los doce años vino a la Península a cursar estudios. Licenciado en Ciencias Físicas por la Universidad Complutense de Madrid, se doctoró en la Universidad de Granada, desarrollando su actividad profesional, docente e investigadora, en distintas universidades. Catedrático de Física Aplicada, es autor de varios libros de su especialidad científica. En la actualidad, con otros argumentos, tiene publicados los títulos Cuentos, historias y otras zarandajas (Verbum Infantil-Juvenil, Madrid, 2016), Conforme paso y lo vivo (Verbum Poesía, Madrid, 2016) y Más allá del otro lado (Verbum Narrativa, Madrid, 2018).